BOLETIN DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS ASTURIANOS

AÑO VII OVIEDO - AGOSTO 1953 N.º XIX

DE LA LUCHA Y DE LA GLORIA

ESTA VEZ ERA UN HOMBRE DE LAVIANA...

POR

C. CABAL

Calle de Maldonado, 25. Y en esta casa, una lápida. La han puesto, recientemente, un grupo de escritores y de artistas; nombra a Palacio Valdés. Su recuerdo, que se alza como un hito, en la insolvencia literaria actual; su figura, que surge ante nosotros con una inalterable juventud. Fué un homenaje en Madrid; calle de Maldonado, 25, y una lápida que dice:

—«A D. Armando...» (1) Su nombre... Y el de la Asociación que se la ofrece.

Allí vivió con su esposa, sus días más dramáticos de ensueño, y sus horas más duras de vejez. Le acompañó el ensueño a todas partes, desde sus años de niño, y hubiera sido vileza el dejarle de pronto, en abandono, frente a la realidad desesperada, cuando ya le cercaban por completo todos los males posibles. Allí vivió, con su esposa, cubriendo las oleadas de dolor y terror, y de odio y

(1)—«A don Armando Palacio Valdés. La Asociación de Escritores y Artistas españoles, 4 de octubre 1853-29 enero 1938».

sangre, que pasaban ante él, como en tormenta, con el polvillo azul de su idealismo, su ingenuidad, y su fe.

—Terminará todo esto, Manolita, y yo acabaré tal obra, que será la mejor de mi labor...!

Todo esto; todo aquello; el Madrid rojo... El odio enfurecido en torrentada, la destrucción rabiosa en oleaje, el hambre pavorosa en plenitud. Todo esto; todo aquello; el Madrid rojo; el Madrid aterrado, escarnecido, y destrozado en todas las torturas de pesadilla macabra que apenas le dejaron una brizna de músculo y corazón. Y aun él pensaba en su obra, que siempre le pusiera en el camino delectaciones profundas, porque tras la verdad, torva y sangrante, que tenía que cruzar en línea recta para llegar a su fondo, siempre encontraba él, fresca, y brillante, un agua de poesía... Y aun él pensaba en su obra, que entonces era más que agua, más que delectación, más que camino, que entonces era refugio donde se aglomeraban con espanto, envueltas por la tragedia que las acorralaba sin sosiego, las pobres ingenuidades, y las claras ternuras de su espíritu...

Esto fué aquí, en esta casa, tan vulgar, tan sencilla, tan corriente, que se llenó por acaso de significación y transcendencia. Hasta ella se elevó la llamarada de desesperación y sufrimiento, de insensatez e injusticia, durante la tragedia de Madrid. Grupos enardecidos con la fiebre de todas las aversiones, turbas endurecidas con la saña de todos los extravíos, mujeres sin amor y hombres sin ley, entraron en esta casa con los puños en alto, la voz ronca, las manos ensangrentadas y el corazón encendido, en busca, en husma, en caza, en merodeo, solicitando presa a toda costa y con toda intimación.

—Y aquí quién vive...?

—D. Armando...

Él.

Un viejecito ya blanco, de ojos azules, de palabra ecuánime, que tras de cada párrafo que dice y cada mirada que echa, co-

loça una sonrisa como firma. El, eso es...! Un viejecito inútil...

Y se marchaban los grupos. Tornaban acaso luego, no sabiendo qué hacer, dudando aún. Llegaban otros más tarde, en investigación aún más violenta, y así unas cuantas veces, muchas veces, mientras arriba, el viejecito inútil de las novelas gloriosas, se acurrucaba en el refugio cálido de la última novela que pensaba, que iba a ser la mejor de su labor....

Se marcharon los grupos; llegó el hambre. Llegó aquí, a Maldonado, 25, y subió la escalera poco a poco. Se sentó en el descanso unos momentos, y luego, llamó a esta puerta... Cómo luchar con él? Cómo esconderse? Cómo impedirle la entrada? Días de abatimiento incontenible, y de amargura infinita, y de desesperanza abrumadora...! El viejecito, en su refugio cálido, pero con hambre ya, vencido ya...

—Sí, Manolita, acabará todo esto...

Y Manolita, la esposa, llorando muy callada en un rincón..,

Dejaba el viejecito en su refugio, que revolara su ensueño por todos los espacios de su vida con pródiga libertad. Y es cierto que tuvo afanes que ilusionaban su espíritu de popularidad y de renombre; pero es cierto también que estuvo siempre por encima del concepto de la vanagloria estúpida, y jamás se acercó con sus ofrendas a su ara de sacrificio.

—Sí me agrada el aplauso de las gentes,—le confesaba al lector.— Me agrada, pero nunca viví de él...!

En esto, se iba con Séneca. Podía ser muy feliz sin el elogio y sin el homenaje, y sin la mirra.«—La gloria es una cosa preferible, no una cosa necesaria.»—Necesario, el trabajo, y el afecto, y la salud, y la paz... Necesario, el tener un mundo propio, lleno de figuras propias, enriquecido de ternuras propias, donde crear belleza, y echar vida, bajo deslumbramientos repentinos de resplandores de sol. Sí le agradaba el aplauso, y aun pensaba con tristeza que nunca iría a aclamarle, ante su casa, en una noche de triunfo, una multitud ardiente, a la que hubiera dado la belleza de una de

sus creaciones, un momento vital de exaltación. Sí, le agradaba el aplauso, pero cuando llegaba derechero, con espontaneidad y con cariño que no reclamaban nada, ni una claudicación de complacencia, ni una contribución de servidumbre. Agradábale puro, ingenuo y claro, rico de fraternidades de toda intensidad y plena gracia, que en cada pensamiento que dijeran con emoción cariñosa, vinieran a decir esta verdad:

—Estamos a tu lado por tu obra, por tu vida, y por tu espíritu...!

Y en la intranquilidad de su refugio, él llevaba su ensueño libremente, por su obra y por su vida.

EL CORAZON DE LA ARCADIA

Su vida surgió en Entralgo, rincón gozoso de la Arcadia astúrica, pueblecillo de río y de campiña, de floresta y de horizonte. Su vida surgió en Entralgo,—el día, el cuatro de octubre, y el año, el cincuenta y tres. El puente que enlazaba el pueblecillo con el camino que lleva a la Pola de Laviana, tenía una longitud interminable. Lo armaban unos cables infinitos, unos barrotes sobre ellos, y unas tablas que unían los barrotes. Al pasarlo, vibraba con temor...

He aquí la aldea perdida: es este pueblecillo, es este campo, es esta pomarada, es esta iglesia. Y son los pueblecillos aledaños esparcidos por el valle, y escondidos por el monte. Cuando Palacio Valdés no era más que Armandín en esta aldea, en vez de puente, había barca, y en la hoguera de víspera del Carmen, repletaba esta barca la figura del gaitero de la Pola, con la lamentación del «xiringüelu» y el bufido del roncón. En cuanto que sonaban los cohetes que anunciaban esta gesta, cruzaba por todo Entralgo un estremecimiento de placer. Dejando a medias la cena, se escapaban los niños del asiento, y salían a la puerta los mayores «con el bocado en la boca».

—«Ya están pasando la barca!»—gritaban unos y otros con afán.

Entralgo, la Asturias típica; unas cincuenta casas en un grupo, situado entre el Nalón y un su afluente que procede del Villoria. «Parece sepultado como un nido» en medio de la arboleda, y va de callejuela en callejuela a la casa de «D. Félix». A esta casa de «don Félix», los «cándidos aldeanos» la llamaban palacio, en otro tiempo. En «La aldea perdida» se la llama «La casa del capitán». Es un gran edificio con un piso, tajada su fachada de aberturas, unas grandes, otras chicas,—puertas, ventanas, balcones, y corredores diversos. Semejaba esta casa «hecha a retazos y por generaciones sucesivas». Los corredores estaban engalanados con pámpanos, entre los cuales maduraban uvas qne eran para «D. Félix» más preciosas que «las niñas de sus ojos». En esta misma casa de «don Félix» nació Palacio Valdés. Por sus grandes estancias se arrastró, a sus dos corredores se asomó, y fué amigo entrañable de las vacas que pasaron por su corte. En su novela «El Señorito Octavio» pinta asimismo esta casa, y recuerda una vaca, la Cereza. En otra de sus obras regionales, «El idilio de un enfermo», hay un niño que grita amargamente, cuando saca sus vacas la Justicia:

—No me lleven la Cereza...! No me quiten la Garbosa...! No me cojan la Salia, por favor...!

Y cuando vuelve del monte el ganado de «D. Félix», en «La aldea perdida» hablan los niños:

—Miá la Cereza, que gorda...!

—Miá la Garbosa, con cría...!

—Fijaivos en la Garbosa, como i mete los cuernos a la Salia...!

En esta misma casa de D. Félix nació Palacio Valdés. En ella se le abrieron, aun muy niño, sus instintos de belleza, oyéndole a una anciana cuentos de hadas, y recogiendo el secreto de las revelaciones del paisaje...

UNA AVENTURA
EN EL POLO

Se llamaba su padre D. Silverio, y era hombre extraño, pero bueno y rico. Le importaba muy poco el qué dirán; aun le importaba menos la indumenta, que en su vivir de costumbre, era generalmente estrafalaria. Cierto capitalista bilbaino que hablaba con un amigo a quien acompañaba D. Silverio, le miraba con lástima, una vez...

—Este que ve V. aquí,—advirtióle su amigo, al darse cuenta,—es el señor más rico del lugar...

Y el bilbaino enmudeció de asombro.

A Armandín le dejaba D, Silverio una libertad extrema. Que fuera al campo; que corriera al río; que bajara al establo con las vacas; que marchara a la hierba con las mozas... Que gozara del aire, y de la vida, y de la infancia, y del mundo, con tal de que llegara a su casona a la hora de oscurecer. Amigos, los de su agrado, siempre que fuera buena su conducta, y planes, los de su gusto, siempre que no implicaran un desastre. Acongojaba al niño, sin embargo, el que en cuanto soltaba una palabra de ingenuidad o de error, ya D. Silverio le atajaba así:

—Cállate, no seas idiota...!

Y después, en monólogo terrible:

—Pero qué idiota, Dios mío...! Pero y cómo este niño es tan idiota...?

Y esto acongojaba al niño como una pesadilla a cada instante.

La madre se llamaba doña Eduarda, y era generosa y dulce. La anemia, que por fin acabó en tisis, y que la fué apagando poco a poco, durante largos años de zozobra, de extenuación y de angustia, daba a su carne palidez contínua y prestaba a su espíritu agudeza de ternura excepcional. Gran señora de antaño, hilaba mucho, e iban a acompañarla sus vecinas, con sus husos y sus ruecas. Don Silverio viajaba a cada instante, y al retornar a su casa, contaba las pasmosas aventuras que le saltaban al paso. Era hombre

afortunado en este punto, y apenas cruzaba el puente, en lo de tropezar con aventuras dejaba chico a Amadís. Cuando las relataba en la casona, su imaginación ardiente se lanzaba a inventar a trochemoche, y donde hallara una pulga, como si para él no hubiera infierno, no ya ponía una mula, ponía tres.

Fué una mañana a Noreña, y halló un gitano que llevaba un oso, obligándolo a bailar. Esto fué todo, en resumen; y la imaginación de D. Silverio, se lo contó a la noche a las mujeres con elocuencia inefable:

—Ay, Dios, yo nunca, vi otra...! Llego a Noreña, ando un trecho, y de repente, paf... un oso bárbaro, blancu como los copos de la nieve...! De altu, lo menos dos varas, y con los dientes así, y con las uñas así, y con las ganas de morder así...

En la tertulia se elevaba un grito:

—Dios...! Y qué i asocedió...?

Y D. Silverio, entusiasmado ya:

—Cómo, no quiero acordarme...! Veme el oso y alzase, tó fué uno. Alzóse, soltó un bramidu, arregañó los caniles, y dióme un manotazu con la izquierda que si no me escapo, fiéndeme...!

Y acotaba de pronto doña Eduarda:

—Ay Silverio, paez mentira! Hay que ver, esas cosas tan terribles...! Pero entonces, tu engañástenos...!

—Quién yo...? Pero, hombre, Eduarda, engañar yo...?

Y ella, con dulzura máxima:

—Pero si al marchar dijiste que no ibas más que a Noreña, y resulta que fuiste al Polo Norte...!

LA TRAGEDIA DE AQUILES DE MARDONA

Esto, lo heredó Armandín; esta imaginación de D. Silverio, que hallaba en todas las cosas un largo senderillo a lo invisible, y esta ingeniosidad de doña Eduarda, que sabía aderezar todas las cosas, aun las de mayor hondura, vertiendo en su interior frecuentemen-

te una gotita de sal. A los seis meses de vida, fué Armandín con sus padres a Avilés; al cabo de seis años, volvió a Entralgo. Ya supo entonces de Nolo, que había de ser el Aquiles de «La aldea perdida» memorable, y cuyo nombre auténtico y oscuro era Manuel de Mardona. Había sido criado de «D. Félix», abuelo de Armandín, gran caballero, que fuera de la novela, se llamara realmente don Francisco. Gran caballero, generoso y noble, los que le conocieron decían de él:

—En la novela está justo...!

Y Armandín no alcanzara a conocerle.

Manuel de Mardona, Nolo, fué el esclavo o fué el perro de Armandín. El iba con el niño a todas partes, y él procuraba hacer de providencia para todos sus antojos. La gran belleza «imponente», la gran ligereza típica, la gran arrogancia clásica que en «La aldea perdida» le convierten en personaje simbólico, no eran realidad, no obstante. Manejaba él el palo con destreza, con arrojo y con vigor; y por cariño, primero, y por poetizar aun de este modo sus recuerdos de la infancia, y por necesitar enaltecerle, para hacer de él un Aquiles de verdadera Iliada campesina, todas las demás virtudes, Armandín se las dió de añadidura. Con el tiempo, además, se hundió entre sombras su inteligencia ya débil, y aún le espesó las sombras totalmente una sordera tenaz.

Ay, que terminó en mendigo...! Tras largas vicisitudes, abandonó el palacio de los suyos la familia de «D. Félix» y unióse Nolo a sus piedras, y quedó como piedra en su antojana. La tierra tiraba de él; las puertas le llamaban como bocas, y los ojos de los huecos que llenaban de luz el interior, se clavaban en él a cada paso con fascinaciones súbitas. Irse de aquel lugar, pero y adónde...? Y cómo seguir su vida, cuando toda su vida se agarraba con multitud de raíces, a la casona desierta, a la calleja sinuosa, a la ería acabada de sembrar...? Se quedó como piedra en la antojana, y fuese luego a recorrer la aldea en busca de caridades, pidiendo a cada puerta en un gemido:

—Una limosna po 'l amor de Dios..!

La respuesta era siempre complaciente:

—Ah, cómo, Nolón, yes tú..?

Y nunca le faltaba la limosna.

Llegaba en sus andanzas de mendigo hasta los pueblos lejanos, y llegaba a la Pola de Laviana con frecuencia excepcional. Llamó una vez, en la Pola, a una puerta de reja de jardín. Y esperaba a la puerta, quietamente, su mendrugo de costumbre, cuando un caballo que arrastraba un coche se desbocó cerca de él. En vano le dieron gritos: en vano le hicieron señas: en vano pretendieron ayudarle... Firme le tuvo su sordera trágica, y ni advirtió caballo ni vió coche hasta que se encontró bajo los dos...

El Aquiles de Entralgo murió así... Pero vivirá en la Iliada de «La Aldea perdida», que es tan suya, porque él, guerrero de palo y heroico paladín de romería, cuando era más ardido y más famoso, encontró con su Homero, niño aún, y se fueron los dos a cazar grillos.

EL CORO DE LA TRAGEDIA

Tornó a Avilés Armandín; tornó para entregársele del todo, con júbilos y con risas, con sueños y con impulsos. En cuanto le era posible, se escapaba a la aldea, sin embargo. Avilés—no había duda, era la gloria; pero también le agradaba el irse alguna vez a los jardines del paraiso terrestre. Aquellas vacas, tan lindas..! Aquellos recentales, tan graciosos..! Aquellos campos, tan suaves, y aquellas pomaradas, tan espesas..!

Y luego, un coro de amigos, que le iban deslumbrando con sus gestas de diáfana sencillez. El exquisito Celso, el gran Bartolo, el artificioso Quino, el generoso Jacinto, el mirífico D. Lesmes... En la obra que los descubre como personajes épicos, con estos nombres se les dió derecho a establecerse en la gloria. Celso se llamaba Sixto, y es una de las figuras en que puso Armandín más devoción. Fuera efectivamente a Andalucía en años de juventud, y había

Siguiente

vuelto añorando los gazpachos, y queriendo amoldar todas sus frases en pronunciación, en voces, al estilo especial de aquel país. Su abuela, paisana pura, tenía que reprenderle a cada instante:

—Que me pidiste..?

—La hoz!

—Güeno, y qué ye la hoz, que yo me entere..?

—Pues eso que cogió usté.

—Esto llámase la foz..!

—La hoz..!

—La foz..!

Y trapatiesta al canto.

Celso no tuvo suerte, con el tiempo: perdió la aldea también. Acabó por marcharse de Laviana, buscando mejor fortuna que la de consumirse sobre el surco, y al cabo afincóse en Mieres, y fué en Mieres sereno celosísimo.

Bartolo no era Bartolo: se llamaba Jerónimo de Entralgo. Era hombre fuerte, y plácido y jovial. Por la menor quisicosa, soltaba el chorro a la risa, y ya no se ocupaba de cerrarlo hasta no agotar su fuerza. Su madre, la tía Jeroma, tampoco era Jeroma, que era Irene, y cuando le recordaban a Jerónimo de Entralgo sus grandes aventuras de odisea a lo largo de este libro, no podía contener las carcajadas, que se le desataban en tropel... Al terminarlas, comentaba así:

—Coses de D. Armando..! Era el demontre!

Pero ay, que en su odisea hay un borrón..! En un momento de riesgo, se dice de Jerónimo de Entralgo, el Bartolo inmortal de esta epopeya, —se dice de Jerónimo de Entralgo que se hundió en un tonel casi de golpe, con su temblorcillo y todo, y que se estuvo en él, sin un respiro, mientras que la tormenta enfurecida se desataba en bravuras. En «La Aldea perdida» esto se dice, para recordar al hombre que la naturaleza le hizo débil, no obstante el ímpetu ardiente que llena a cada paso sus hazañas..! Y se gozaba Jerónimo, cuando alguien le trataba de las suyas, tan grandes y tan copiosas, pero se incomodaba, y con motivo, en cuanto que la en-

vidia y la miseria, confúndalas Dios al cabo...—como si no le dieran importancia, sacaban lo del tonel.

—Miá que lo del tonel..!

Y una sonrisa.

—Miá que metete en el tonel, corriendo, casi casi de cabeza, cuando viste que Firmo iba por tí..!

Y aquí una carcajada casi siempre.

Había que ver a Jerónimo...! Cesaba de reir, se ponía grave, alzaba la voz heroica, y con todos los fuegos de su alma, tan ecuánime y tan fina, Jerónimo de Entralgo hablaba así:

—Coimes, me caso en tal, eso ye falso...! Eso fué D. Armando que lo dixo pa tentame la pacencia, y al que lo repita, mátolu...!

Firmo,—en la realidad Fermín Fernández, fué hijo del mayorazgo de Rivota. Quino—Silverio González, se escapaba de Entralgo con frecuencia a pasar temporadas en Oviedo con un hijo suyo, Luis. Jacinto,—Jacinto Alvarez, que era efectivamente de Fresnedo, se casó con su «Flora» tan amada, que se llamaba Ramona. El Regalado, mayordomo ilustre, llamábase Cayetano, y él le inspiró a Armandín un cuento célebre.—«Solo», se titula el cuento, y el gran Fresnedo, pescador de truchas, que va a un pozo por ellas con Jesús, era en efecto Cayetano mismo. Su habilidad en tal arte le había dado una fama extraordinaria, y el pozo de «Tresagua» de la obra, era en la Cuanya un remanso, al que iba muchas tardes con el niño, que es Jesusín en el cuento, y en la verdad histórica, Armandín. Bajo el nombre de D. Lesmes, el autor ocultó a un don Feliciano, hombre de bolsa repleta, que dejó al fallecer treinta mil duros. Toribión,—Juan de Pedro de Llorío—, era ciertamente un Hércules.

D. Prisco, el cura párroco de Entralgo, tenía una debilidad. No se la esconde el autor: habíale esclavizado la baraja. Hombre de mucho celo, buen talante, corazón generoso y vida ingenua, en cuanto que avistaba una baraja se le acababa el sentido. Es el don Marcos que resurge, luego, cuando habla el autor de Entralgo, al contar sus recuerdos de niñez. Ya entonces se le fuera su fortuna

en las jugadas de azar, y diéranle a Armandín una perrita, la «Peseta», por apodo, y aun cuando la mimaba tiernamente, he aquí que se le escapó... El cuenta la aventura con congoja: iba por esta causa gemebundo, y tropezó con D. Marcos...

—Ay, D. Marcos, qué desgracia..! Ay, que se me escapó por allálante..!

—Quien, niñín..?

—La Peseta..!

—Bueno, bueno..!

Y concluyó, filosófico:

—Ay, hijo mío, si supieras cuantas se me escaparon a mi..!

LA APARICION
DE PLUTON

Y así la aldea, de alegre, de placentera, de viva, con estos tipos sencillos, de candor sustancial y alma dichosa, agrupados de día junto al surco, para arrancarle el pan a todo trance con el sudor de su frente, y apiñados de noche en el escaño, para escuchar la plática del viejo y la aventura del mozo, la oración de los labios de la madre, y la voz de la llama del hogar; así la aldea, de alegre, con sus exuberancias deleitosa de vitalidad fecunda y sus saturaciones permanentes de sosiego cariñoso, que se escapaban del agro, que se lanzaban del bosque, y que se remontaban del callejo, para envolver el espíritu; así la aldea, de santa, cuando Armandín aseguraba de ella con íntima convicción:

—Esto es el Paraíso terrenal!...

Y llegó «Plutón», de pronto. Era cobarde, rencoroso y ruín. No había nacido en Asturias. Se presentaron un día en las minas de Barruelo solicitando trabajo, dos tipos de desperdicio, que ya habían recorrido muchas leguas de caminos polvorosos. No era agradable su traza; no hablaba en su favor su catadura... En la oficina, preguntóles alguien:

—Cómo se llaman ustedes...?

Respondieron los dos, casi a la par:

—Yo, Máximo.

—Yo, Manuel.

—Y son hermanos...?

—Sí, señor, hermanos...

Máximo, es decir, «Plutón»; Manuel, es decir, «Joyana». Eran hermanos, efectivamente, y a poco, los echaron de Barruelo. Fuéronse a Turón entonces, y también los echaron enseguida. De Turón se pasaron a Laviana y así se presentaron a las puertas del Paraíso de Entralgo. Ya no más paz, ni más gozo, ni más delectación, ni más blandura. Ellos introdujeron la navaja en las cuestiones más leves, y con ventajas rastreras de pura rufianería, ellos apuñalaban por la espalda a los mozos más bravos del lugar.

Fué su primera víctima el vecino con quien fueron a vivir. Al regresar, una noche, de un campo de romería, le cogieron los dos contra unos bardos y le hirieron gravemente. Otra vez que pasaban por Laviana, toparon un viejuco en un sendero, e hiciéronle varios cortes, por el solo placer de oír sus gritos. Buscaban la pendencia por costumbre, por satisfacción, por gusto, e iban a cada paso a la taberna para avisar a los mozos:

—Aquí ya no se bebe ni otra gota...!

Y en la bolera después:

—Aquí ya no se tira ni otra bola...!

Y el que bebiera la gota o el que tirara la bola, tenía que acuchillarse con los dos.

El dueño de esta taberna era José Loredo, «Martinán».

Y he aquí a Pepe Fernández, de Canzana, que viene de Santa Rita. Fuérase a Santa Rita con su esposa, en romeraje de promesa entrambos, y he aquí que Pepe Fernández se paró con su suegro unos momentos, al tropezarle, de pronto, delante del lagar de La Pedrosa. Ya llegaba cansada la mujer; ya estaba sediento el hombre, y el suegro les pidió con insistencia:

—Vaya, pasai y sentaivos...! Está buena la sidra, y ya ye hora, vais a tomar un vasín...!

Estaba Máximo dentro, y vió a la mujer de Pepe, que no se

despojara todavía del hábito de promesa, y se le acercó curioso. Fingió estupefacción; se acercó más. Juntó enseguida las manos, alzó los ojos, y rompió a reir... Pepe vió su intención en el instante, y díjole a su mujer:

—Anda, sal, que yo quiero despedime...

Salió la mujer, ya inquieta, y a los pocos momentos salió Pepe. Le acompañaba su suegro, e iban por la Nozaleda, cuando oyeron tras ellos una voz:

—Eh, José, ven acá, dame esa mano...!

Máximo que los seguía...

Era su frase de burla. Era la que lanzaba de costumbre para dar la puñalada. Al volverse José, ya le vió encima, el brazo presto, la navaja abierta.

Y no se inmutó José; sólo le respondió con sequedad:

— Máximo, qué me quiés? A qué viniste? Yo no me meto contigo!

Máximo avanzó con ira. El saltó atrás y repitióle aún:

—No me comprometas, Máximo. Miá que yo voy en paz, haz el favor...!

Pero al ver que avanzaba nuevamente, ya todo rojo de furia, abrió Pepe una pobre navajita y dispúsose a la espera. Tiró Máximo un corte, y le falló; lo esquivara José, ya cara a cara, a la vez que agarraba, duramente, el brazo criminal de escaso brío, que le buscaba el estómago. El filo de la navaja obligóle a soltar, con rabia ya; y cuando el brazo, de nuevo, se echó hacia atrás para herirle, clavó José su pobre navajita en el pecho de Máximo, de golpe, con toda destreza rápida y con toda la fuerza de su puño, mientras su suegro, por el filo mismo, y aún cortándose los dedos, sujetaba la navaja que intentaba otra vez apuñalarle... Máximo cayó de pronto. La sangre que manaba de su herida, manaba del corazón. Cayó de pronto, mascullando aún:

—José, dame esa mano...!

Y nada más.

De José, refirieron los vecinos a la hora de la Justicia, que se

debiera concederle un premio, como si en vez de suprimir un hombre, hubiera cazado un lobo. «Joyana» dejó el lugar, hizo vida de mina en otras partes, y terminó también sangrientamente.... Esto fué el fin de «Plutón». La justicia de Dios que armó una mano que deshiciera su pecho, tan indigno de la mina, que requiere nobleza y heroismo, porque entre sus infamias, sus ruindades, sus traiciones y sus crímenes, cometiera un pecado excepcional.

Había matado la aldea...!

UNA MADRE Y UNA NOVIA

Y el niño volvió a Avilés... Durante toda su vida, ya habían de ilusionarle desde entonces dos amores taumatúrgicos, que en sus horas más densas de inquietudes significaban la paz. El amor de Laviana, como madre, y el de Avilés como novia, fueron los sentimientos más serenos, más luminosos, más dulces, que acertó a conservar inalterables en el fondo de su espíritu. La madre, dióle lecciones de felicidad humilde,—en convivencia con los campos pródigos y las pomaradas líricas, con el remanso azul y el monte verde, con el hórreo cercado de panojas y el lar cubierto de brasas, y con la mociquina gayaspera y el rapazote gentil... De ella aprendió que no sirve para una dicha profunda el ensanchar ilimitadamente, conquista tras de conquista, unas necesidades materiales que «son sólo cuestión de hábito»...—y ella le indujo a parodiar a Kant:

—Yo no respeto la fuerza de esta entidad, de aquella institución; yo tampoco respeto a los lectores de aquel sabio o este filósofo... A quien respeto yo, con toda el alma, es a Xuanón de Piñera, que es un hombre felicísimo, porque después de privaciones múltiples, tiene una vaca de leche...

Laviana, madre, le enseñó estas cosas meciéndole en su regazo, besándole con sus brisas, metiéndole carne adentro la salud que manaba de sus surcos, y poniéndole delante todas las glorias de

sosiegos íntimos y de bondades alegres que emanaba la dicha de Xuanón...

Y el niño volvió a Avilés. La villa novia le acogió con gozo, y ella le enseñó el secreto de sus glorias de gracia y de belleza, de ensueño y de realidad... Las tantas romerías bulliciosas..! Las tantas ferias brillantes...! Las tantas fiestas religiosas célebres, en iglesias de piedras maceradas por varios siglos intrépidos, que les llenaban las naves de religiosidad y de oración...! Y luego, la ría henchida, como un pasador de plata que le prendiera el Cantábrico a una villa de plata y de cristal... Y los soportales plácidos, de sombra acariciadora, prolongación de llares generosos, que se abren sobre la rúa como unos brazos abiertos, donde la gran familia que componen todos los demás hogares, logra una sensación de hogar común. Y el aire de cuento de hadas que se mece en el ambiente, y que da la ilusión de que de pronto se va a levantar un hada de plata y de cristal de entre las rosas, para ponernos la rosa de todas las más grandes maravillas encima del corazón...

Y el niño adoró a Avilés.—Cuando de tarde en tarde la visito, —contaba, al fin de los años...—no hay rincón en Galiana, ni en Rivero, ni en el muelle, ni en la Cámara, que no se alegre de verme, como en los soportales no hay columna que no me diga con gozo:

—Reclínate en nosotras, ahora, viejo, como te reclinabas antes, niño...

Fué D. Juan de la Cruz maestro suyo, en esta infancia de encanto, y era D. Juan un hombre prodigioso, que armonizaba hábilmente el abuso feroz de la palmeta con la melifluidad de la palabra. Cuando se decidió que abandonase el paraíso segundo, de los dos paraísos de su vida, contaba Armandín doce años. Ya le reclamaba Oviedo: en la casa de su padre, ya se consideraba necesario que comenzara su lucha en persecución de un título, y en la casa del padre de su padre, ya hacía falta alguna risa, alguna travesura, algún estrépito, que la hicieran revivir. En Oviedo, el estímulo ambicioso, el cuadro de honor frecuente, las notas extraordina-

rias... En Oviedo, el decirse satisfecho, con un afán injusto de despique que era todo incompresión:

—Ah, no, no soy un idiota, mi padre no decía bien...!

Y en esto, a los quince años, un artículo. El paraíso segundo contaba con un notario a quien le entusiasmaba el verso bueno, aunque estuviera en latín. Se llamaba el notario, hombre excelente, pero poeta terrible, D. José Alonso Buján. El cual se cogió a Ovidio por su cuenta, vió el «Piramo y Tisbe» a mano, y de sus versos famosos hizo una pepitoria castellana... Fué una tentación diabólica que hubo de sorprenderle en un descuido... D. Florentino Mesa cogió el guiso, lo sazonó con su sátira, y puso que daban pena, tanto a la susodicha pepitoria como al sencillo notario, «poeta—según él—para reir».

Y Armando, quince años, eso..! No se puede extrañar que fuera débil, frente a la fuerza tremenda de otra tentación diabólica, también en relación con este asunto, y el pecado fué un artículo, Dios se lo habrá perdonado, que su misericordia es infinita...! En él defendió a Buján: dijesen lo que dijesen, Buján al cabo era un genio, «honra y prez de la villa de Avilés.»—La desgracia que tenía, era la de vivir entre pasiones de incomprensión absoluta, que habían de terminar por asfixiarle...

Y al fin, increpaba a Mesa:

«—Sócrates fué llamado el visionario», y a Cervantes tuviéronle por loco...! No se extrañe V. por ende, de que el Sr. Buján haga imposibles por conseguir estos títulos...!

TEMAS DE ROMANTICISMO

Luego, la vuelta a los libros, el retorno al Instituto, la nueva etapa en Oviedo... El Oviedo de ayer, la ciudad quieta, donde todas las piedras rezumaban un poco de tradición. La edad le diera recatos de casona solariega, con un viejo prestigio señorial. Un gran arcón de cruces y de mitras, y otro arcón de armaduras y de es-

padas... Había empezado su historia como altar y como trono, y el altar lo elevara en una cumbre, y el trono lo pusiera en un broquel... Los blasones que ganara, tenían todos sentido transcendente de religiosidad y de heroismo, y más que el ruido de máquinas y que la confusión de algarabías, el Oviedo de ayer quería el silencio, cuanto más hondo mejor. El valor del silencio era infinito para su vida de entonces, toda llena de nervio del pasado, siempre vuelta hacia el recuerdo, que en las noches de paz resucitaba sus intimidades todas como si fueran todas lucecillas que no quisieran morir. Quien se arrimara a sus piedras, en sus horas más densas de quietudes, aun podía entonces percibir su espíritu... Las piedras en esas horas tenían palpitación, daban fragancia y aún hablando de sus glorias con un dolorosísimo murmullo, desparramaban sensación de amor. Tras ellas sonaban alas que levantaban el vuelo, y el tiempo todo pasado parecía caminar entre las sombras, y se le sentía volver... El se iluminaba entonces, para bien del ensueño y paz del alma; y todo lo demás ya era crepúsculo, que es decir felicidad.

El murmullo de las piedras ya entonces no lograba sin embargo llegar a la juventud. La juventud entonces se exaltaba con varios romanticismos que rompían los sosiegos de la urbe con estrépitos frecuentes. Todas las llamaradas religiosas, literarias y políticas que se alzaban en el mundo, echaban sobre Oviedo un resplandor. Y la ciudad recoleta, de espiritualidad siempre jugosa y aristocracia profunda, sentía los resplandores que caían sobre sus piedras más santas, como manchones de sangre que se las pretendieran profanar...

Y en Oviedo, tres amigos: en cuanto comenzaron los estudios, ya los aunó el efecto: tres amigos de cátedra y de calle, de afán y de ensoñación. Uno, Leopoldo Alas, había nacido en Zamora, en el escaso tiempo en que su padre desempeñara allí el cargo de gobernador civil. El contaba el suceso de este modo:

—Me nacieron en Zamora...!

Le nacieran en Zamora y toda su pasión era de Asturias...

Se llamaba otro amigo Tomás Tuero, y había nacido en Arroes de Villaviciosa hermosa. Empleado su padre del Estado, había tenido que correr España desde la Ceca a la Meca, con su pobre familia tras de sí. En la Ceca de la Corte fuera a la escuela Tomás. Luego, en la Meca de Orense, Tomás había llegado a bachiller... Y después de estas idas y venidas arribó Tomás a Oviedo, y comenzó a estudiar todo el Derecho que encontraba por delante...

Y el otro amigo, él, el de Laviana, que era un Armandín aún. Un Armandín de condición inquieta, un tanto enamoradizo, que ya más que de estudios tenebrosos, procuraba llenar sus pensamientos de musarañas bonitas. El tiempo era además de agitaciones, de alaridos, de tumultos, y en Oviedo había Clubs, y había proclamas, y había discursos terribles, que reclamaban cabezas y que glorificaban la República. Decir «República» entonces, era decir temperatura loca de cuarenta y tantos grados, que de cada palabra y cada gesto, que querían enaltecerla, ya casi en este tiempo por costumbre, hacían una bufonada... Ahora, no eran resplandores de los incendios lejanos los que llenaban de matices rojos las piedras de la ciudad; ahora ya los incendios estallaban a la sombra de sus muros...

Los revolucionarios ovetenses formaron un batallón. Armando veía estas cosas con un entusiasmo irónico, que podía ser o no ser; Leopoldo las veía con fogosidad tremenda, que le llenaba de fiebres, y que por un esfuerzo apasionado le vedaba el criticar... Los revolucionarios ovetenses formaron un batallón. Y hacía este batallón a cada poco desfiles aparatosos, e iba en ellos Tomás Tuero con marcialidad heroica y con puntualidad indefectible, al hombro un viejo fusil... Leopoldo y Armando sonreían:

—Es simpático...!

—Es simpático...!

Tres eran tres, magníficos amigos...

Tres eran tres... Eran más. El grupo de inseparables abarcaba asimismo otros dos nombres: uno, el de José Quevedo; otro, el de Pío Rubín. Formaban «una pandilla» con aficiones idénticas, con

sentimientos análogos, con entusiasmos iguales... De la Universidad iban a veces al Campo de San Francisco y en un repajo de sombras, y de aromas, y de rosas, se ponían a leer literatura de romanticismo puro... De las mañanas de mayo, ellos hacían «mañanas de Espronceda»... Armando, a veces, recitaba así:

—Gorjeaban los dulces ruiseñores,
el sol iluminaba mi alegría,
el aura suspiraba entre las flores,
el bosque mansamente respondía...

Y le interrumpía Tomás:

—Cállate...! Han sonado besos...!

Esto es Pío Rubín quien lo refiere (1).

Espronceda fué siempre para Armando una figura intangible, y este su *Canto a Teresa*, la página más vibrante, más armoniosa, más viva, que toda nuestra lírica creó... Mañanitas de Espronceda, y mañanitas de verso, y mañanitas de mayo...! En ellas oyó el Campo la lectura de «Los Miserables» de Hugo, y no le pareció mal...!

El se hiciera romántico también.

TRES ERAN TRES,
EN MADRID...

Y si, todo esto era ritmo, y todo exaltación e intimidad... No era porvenir, no obstante. El porvenir con horizontes amplios y con caminos derechos, había que ir a buscárselo a Madrid... De esto ya hablara el grupo varias veces con desasosiego grande, porque ello significaba una definitiva dispersión: Les iba a costar trabajo a los que pudieran irse, el extirpar sus raigones en la gleba de Vetusta, pero aun acaso más el resignarse a la ruptura de un lazo que hiciera de sus cinco juventudes una sola juventud. Siempre que trataban de esto, era esta la apostilla de Tomás:

—Bien, bien, por mi podéis iros...! Yo he resuelto también hacer un viaje, pienso irme tras de vosotros...!

(1) «El Correo de Asturias», Oviedo, 8 Abril. 1906.

Era de familia humilde, para él significaba un devaneo una escapada a Madrid... Le hicieron reflexiones, y fué en vano:

—Pero bueno, y tú cómo...?

—Cómo sea...!

Aun no cumpliera veinte años... Fué a la ventura de Dios...!

Ya fuera Armando antes que él. Ya antes que él se marchara Leopoldo... También Pío Rubín estaba entre ellos, y volvió a formarse el grupo (1). Armando recordó siempre con poderosa nostalgia, el Madrid singular que encontró entonces, y que aún llenaba de lumbres en los últimos años de su vida, sus horas de evocación. Dios de Armando, «aquel Madrid»...! No se podía decir que fuera hermoso, sería un pecado mortal... Urbanísticamente era una birria, con calles tuertas, con barriadas pobres, con plazas de soledades y con casas de silencios... Pero ay, era tan simpático...! El tenía aire de vejez; y era a pesar de todo como un arca repleta de juventud! La madriñelita airosa, de mantón alfombrado y falda larga, recogida con salero, y de gracia a montones en los ojos, en la palabra, en la risa, y quizá, sobre todo, en el andar! El madrileño de capa, que parecía llevar a todas partes una sensación de garbo, y que esparcía el ingenio en todas partes como millonario de él..! La dama de gran belleza y de maravillosa gentileza, que daba a la Castellana una elegancia de ensueño, y que significaba poesía que se juntaba a la música y se acumulaba al canto en las noches fastuosas de la Opera...! Luego, la Patti y Gayarre, y la Kuppler y la Gárgano... Y luego Frascuelo y Cúchares, y Lagartijo y Guerrita... Y luego, los jardines del Retiro, y los sainetes de Apolo, y las comidas de Lhardy, y las cenas de Botín... Y luego...

Todo era grande..! Todo tenía el mismo impulso, la misma mocedad, la misma vida, de la pandilla de Oviedo que buscaba en Madrid el doctorado: Tomás, Armando y Leopoldo era en la calle de Silva donde habían encontrado, los tres juntos, su agujero de posada, y allí estudiaban los tres... No, los tres, no; sólo

(1) Armando fué a Madrid en el 70; Leopoldo el 71.

dos... En eso de estudiar, Tomás ni jota. Ni tenía modo de comprar los libros, ni tiempo para ir a clase. Allá de Pascuas a Corpus cogía el texto de un alumno, le echaba una ojeada, y no había más... En la clase, por Pascuas o por Corpus, era no obstante un asombro:

—D. Tomás Tuero...

—Servidor de V.

—La lección.

—Si, señor.

Y la sabía!

Armando le tenía mucho cariño, y ya antes de que Tuero fuera nadie, un poco de admiración. Salían juntos muchas veces, y hubo un tiempo en que la Corte se quedaba mirándolos con pasmo. Armando no tenía culpa ninguna, todo cosa de Tomás..! Era simpático, cierto; viveza en la expresión, ojos azules, y rubio el cabello, y rizo... En su color, sin embargo, se acusaba pobreza de salud. Se iban los dos por la calle, y exclamaba la gente, a lo mejor:

—Anda, pero si es Gayarre..!

Gayarre, Tomás..! Así!

Y el yerro tenía disculpa. Pepín Quevedo recordaba de él:

—Se parecía muchísimo a Gayarre...

Ay, pero sólo en el físico! La vida que se daban uno y otro! Gayarre un príncipe ruso, y Tuero un pobre bohemio, que continuaba pintorescamente la novela picaresca. El cuento de su hospedaje era un verdadero cuento de los Mil y una noche de un Rodolfo, de un Lázaro, o de un Guzmán. Desde la calle de Silva, pasó a la de Capellanes con sus dos compañeros de posada, pero después de eso, a ver..! Después de eso pasó «independizado» a cien calles diferentes, y ocupó cien posadas diferentes, pagando en todas «lo mismo..!» Ya comenzaba a escribir; ya condensaba en cuartillas la extraordinaria cantidad de ingenio que derrochaba en sus cosas; ya era alguien entre los tres... Pero ay, que lo que ganaba le alcanzaba a lo más para las once, si no las cargaba mucho, y

que se le quedaban en el aire veintitrés horas del día. El problema pavoroso de tales veintitrés horas, tenían que resolverlo fatalmente las patronas de Tomás. Con la décima que tuvo, se arregló varios meses sin peligro, pero subieron las cuentas, no había esperanza de cobro, y la patrona se cansó por fin...

—D. Tomás..!

—No me diga..! Ya lo sé..! Que le debo a V. tanto, ya lo sé..!

—Pero y entonces?

—Espere! Tengo que recibir dentro de poco varios miles de pesetas...

La patrona, una santa, esperó aún. Cuando se cansó de nuevo tuvo una gran trifulca con Tomás. Tomás acabó muy digno; terminó la cuestión con una frase, se inclinó en saludo homérico, y se marchó a la calle con desdén. Poco después llegó Armando, y encontró tan gozosa a la patrona, que se puso a hablar con ella. Ella le contó el asunto: D. Tomás, que por fin iba a pagarle toda su deuda de un golpe. Cuestión de unos momentos, eso es, don Tomás acababa de salir; aquella mañana misma había llegado inesperadamente su apoderado de Oviedo, y él, claro, las cuentas justas, porque comprenda V. que en una casa...

—Su apoderado!

—Eso es!

—Y le dijo su nombre?

—Si, señor. Se llama D. Juan Tenorio, y debe ser persona de importancia, porque a mi me suena mucho..!

LAS GENTES DEL BILIS-CLUB

Y los tres eran tres tenían tertulia de escritores y de amigos. Fué su primer «cuartel de operaciones» la Cervecería Inglesa, Carrera de San Jerónimo, y fué su «cuartel» segundo la Cervecería Escocesa, sita en la calle del Príncipe. En uno de estos «cuarteles» fué a sentarse una vez un hombre bueno, D. José Ortega Munilla,

cuyo talento, generoso y grande, le salía del corazón. El vió, y oyó, y bautizó:

—Esto debía llamarse el «Bilis-Club»!

El «Bilis-Club», sin embargo, pecaba de ingenioso, no de cruel. En todas sus cosillinas, podía más el afán de la agudeza que el amor a la barbarie, y no siendo de la casa, era ley general en las tertulias la de respetar al prójimo. Los tres eran tres, allí; y allí Eduardo Bustillo, madrileño, que había estudiado en Vetusta, y allí Eugenio Pallés, Marcos Zapata, Mariano de Cavia, etc. Luis Taboada era asíduo; Fernández y González iba a veces, e iba a veces Campoamor... Campoamor tenía cerca su refugio, Carrera de San Jerónimo, número 2, Librería, la Librería de Fernando Fe.

Tenía cerca su refugio, e iba al Bilis-Club, a veces, o para cruzar dos frases con el grupito de Oviedo, o para criticar a Núñez de Arce. D. Ramón despreciaba a Nuñez de Arce, y consta que Nuñez de Arce despreciaba asimismo a D. Ramón. Cuando el uno leía al otro, la exclamación fatal siempre era así:

—Bueno, nada, un poetastro..!

Y D. Ramón comenzaba, y no terminaba nunca de poner a Núñez de Arce muchísimo peor que en la picota. La elocuencia de su enojo le obligaba a hacer muecas impacientes, y tras un chorro de frases, alguna vez interrogaba a Armando, y alguna vez a Tomás:

—Eh, bueno, y tú que dices, queridín..!

La respuesta era idéntica en los dos:

—D. Ramón, el Evangelio..! Está V. predicando el Evangelio..!

E hízole a D. Ramón un buen retrato un pintor de buen sentido, y a D. Ramón le pareció un desastre. El aquella cara? Nunca! El aquellos ojos? Nunca! El aquella boca? Nunca! En cuanto que lo vió se puso verde y se marchó al Bilis-Club. Estaba verde aún, e hizo un discurso. Luego se volvió a Tomás:

—Y tú, queridín, qué dices..?

—Hombre, D. Ramón, no sé..! V. puede pensar lo que le plazca, pero el retrato es magnífico...! Como que está V. hablando...!

—Sí, sí...!

—Que sí, D. Ramón...! Está hablando V. mal de Núñez de Arce!

Con esto, no hay que decirlo, D. Ramón le adoraba o poco menos. Pero y al otro, y al otro, que también le llevaba la corriente, sin un ripio de conciencia...? Cuando leyó Núñez de Arce en el Ateneo «El vértigo», pasó una hora terrible D. Ramón. Miren que cosas, Dios mío...! Miren que entusiasmar aquellas cosas...! Miren que suponer que aquellas cosas pudieran ser poesía...! Se anunciara una lectura, y lo que se había dado era un concierto de música celestial...! Eh, queridín, tú qué dices...?

—De qué...?

—De eso de ese hombre!

Había cogido a Armando por un brazo para sacarlo a la calle, porque le interesaba su opinión... Y Armando, fingiendo asombro:

—Oh, D. Ramón, me pareció admirable...!

D. Ramón se quedó mudo; le habían dado un porrazo en la cabeza, matáranle las palabras... Las nuevas que le brotaron, después de unos momentos de silencio, fueron estas diez y seis:

—Caray, rapaz, que desdicha...! Te digo la verdad, me dejas bobo...!

Y Armando, ya compungido:

—No, D. Ramón, fué una broma, pienso lo mismo que V.! Ahí no hay más que palabras y palabras...

Y D. Ramón, con efusión vivaz:

—Vaya, si estaba seguro...! Con ese talentazo, queridín...!

Pues en el Ateneo, no se diga, también Armando campaba: cuando entró en él como socio, ya estaba terminando los estudios. Naciera el Ateneo con pobreza, que no se compaginaba con sus poderosímos afanes de vida y renovación. Quería llegar aguijando para sacudir modorras, y tenía muchas ansias de dar voces para deshacer silencios. Se encerró sin embargo en dos salones que podían ser dos cubiles, y que eran como sobras de una imprenta de Prado y San Agustín. Las voces que dió, no obstante, se conceptuaron demasiado altas, y lo clausuró la ley. Cuando se volvió a abrir, fué en un palacio, se empeñó el Duque de Rivas en propor-

cionarle el suyo. Eran Ateneo entonces un Bretón de los Herreros, un Mesonero Romanos, un Martínez de la Rosa, un Ventura de la Vega, un Espronceda, un Larra, un Escosura... Después, en otro episodio de peregrinación por los Madriles, fuese a la Plaza del Angel, para acogerle luego, a pocos meses, la calle de la Montera... — Los tres, lo hallaron aquí... En una casona vieja, atopadiza y famosa, que hizo del Ateneo hogar y cátedra, seminario y stadium, plaza y circo; campo de batallas míticas, y congreso de paces farandúlicas... Y allí más nombres ilustres, de colores diversos y aires varios, separados por doctrinas, y sentimientos, y gustos, —separados también por ambiciones, pero unidos casi siempre por el amor a la patria y por la aspiración a la verdad. Allí se gritaba el—No...! pero dejando libertades plenas a la réplica del—Sí...! Allí Castelar a veces, pero también Menéndez y Pelayo, y allí Núñez de Arce a veces, pero también a veces Campoamor. Armando llegó a sus salas cuando el ambiente, no obstante, había ya comenzado a ser confuso... Leopoldo iba poco allá. Leopoldo aun sacara de Vetusta el hondo fervor católico que la ternura santa de su madre le pusiera en la niñez. Su religiosidad, siempre acuciosa, aun podía recitar los versos puros que le escribiera a la Virgen, sin que le perturbara la sospecha de haberlos ya mancillado:

—Yo diviso en el cielo tus raudales,
y de sed abrasada,
corre el alma a tus límpidos cristales:
beber de ellos ansía,
y huye del mundo el árido desierto.
Tú eres sola, María,
fuente a mi sed, para mi nave puerto... (1).

(1) J. M. Martínez Cachero.—«Los versos de Leopoldo Alas» en «Archivum». Rev. de la Universidad de Oviedo. Enero-Abril 1952-T. II-Núm. 1-p. 101. El autor ha encontrado varias hojas de un libro que decía así: «Flores de María—Poesías morales y religiosas—Ofrenda a la Madre de Dios, tributada por Leopoldo Alas Ureña». Manuscrito que conserva doña María Alas de Tolivar, nieta de quien lo escribió.

No fué en el Ateneo, fué en la cátedra, con Salmerón y Camús, donde empezó a nublarse—poco a poco,—esta sensibilidad. En ella, y en las tertulias. El Ateneo, no obstante, también tenía a aquellas horas un retrato feroz de Sanz del Río, el apóstol embrolloso de las más estupendas jerigonzas que proporcionara al mundo una filósofía sabadiega. Puestas en nuestra lengua radiantísima por el genio de su apóstol, hicieron en España absurdamente fanáticos y bufones, y si Alas no fué ambas cosas mientras se empeñó en rumiarlas, fué porque siempre entró en ellas con el sentido despierto, y porque la ternura de su madre no se murió nunca en él.

Con Armando no era esta la cuestión. El tomaba las cosas más en frío, y no le inquietaba Krause. Estudiaba también filosofía,—él quería ser abogado, y literato y filósofo,—estudiaba también filosofía, pero aun no andaba en problemas que pudieran dañarle la salud...! El iba al Ateneo a hojear libros, a oir discursos, y a reirse un poco... De religiosidad no perdía nada, porque apenas tenía nada, ya la había ido dejando en el camino con toda frivolidad. Su grupo en el Ateneo tenía en su contra a los prestigios todos que se juntaban en él. Emilio Castelar, Gabriel Rodríguez, Juan Valera, Miguel Sánchez, Segismundo Moret, etc., etc., cuando se tropezaban con el grupo lo miraban de reojo. Otros prestigios menores aún iban más allá, no lo miraban. Pedían un libro reciente; querían una revista interesante; necesitaban ver un diccionario...

—Esto...

Y la respuesta así:

—Está servido ya... Lo tienen esos...

«Esos»; los chicos del grupo...

Y se desazonaban los prestigios, porque «esos», lo tenían todo: las revistas, los libros y la risa.

Pero la situación se hizo violenta, hubo que pegarle un corte. «Esos», mejor dicho, «ellos», se cansaron al fin de la tiesura, de la sabiduría y del desvío que tropezaban a diario, y decidieron, unánimes, responder al desdén con el desdén. Había en el Ateneo un cuarto lóbrego, donde se arrinconaban desde siempre todos los

trastos inútiles. Un cuarto con dos balcones que soportaban la angustia de no poder mirar al exterior: tenían ante sus pies un patio sucio que se chupaba con ansia todas las claridades macilentas que se esforzaba en captar. «Ellos» entraron a saco por la trastera medrosa, sacaron los muebles rotos, arrojaron al patio las basuras, limpiaron las telarañas, fregotearon las paredes, y a fuerza de escoba y puño, y hasta pudiera ser que de estropajo, purificaron de roñas hasta la última tabla carcomida del tillado vetustísimo... A esto siguió el saqueo en los salones; «ellos» entraron en ellos lo mismo que los bárbaros del Norte, suevos, vándalos y alanos—entraron en la España de otros siglos: atropellándolo todo; robando un cuadro aquí, y allí una lámpara; cogiendo un cesto acá, y allá una alfombra; rapiñando una mesa en una parte, y en otra parte un sillón... Todo fué botín precioso de los bárbaros del Norte, en esta jornada heroica—que convirtió una estancia de tinieblas en una mansión de luz. En la estancia, las alfombras, y las mesas, y los cuadros, y las lámparas, y el diantre...

La invasión se hizo en momentos en que no estaba nadie en el local. Fué una invasión de sorpresa. Uno de los capitanes, D. Armando del Norte, esto es, de Asturias, les presentaba a la noche esta mansión de luz a los prestigios, que no salían de su asombro:

—Nuestra Torre de marfil..!

D. José Moreno Nieto, el bibliotecario ilustre, de extensa ciencia y de virtud intensa, en cuanto que vió la «Torre», se llevó a los dos ojos las dos manos y soltó esta exclamación:

—Jesús, que cacharrería..!

Y ya por todos los siglos, la «Torre» se llamó «Cacharrería» en la Historia Universal..!

Bien, pero falta un detalle: los prestigios no advirtieron la enorme transcendencia del asunto, y lo tomaron a broma. Cosas de la juventud..! A cada cual lo suyo, han hecho bien! Y como a cada cual lo suyo todo, allá les remitieron el retrato de D. Julián Sanz del Río, el filósofo profundo, que del Krausismo, de por sí tan serio, hiciera un pozo sin fin. Los cacharreros se volvieron locos,

cuando llegó D. Julián. Su «Filosofía Analítica» constábales que era libro de jeroglíficos sabios, y acogieron con júbilo al autor. Lo colgaron así solemnemente de una pared de la estancia, y también solemnemente, extendieron las manos y juraron:

—Juramos que jamás de los jamases leeremos ninguno de nosotros la «Filosofía Analítica»..!

Y Armando, allí, capitán.

Leopoldo, a aquellas horas, ya comenzaba a oscurecer el alma con soledad y tristeza. Le acongojaban saudades de algo más que el hogar y que el terruño, que el «Campo» y que el «carbayón»... Habláranle ya dos voces que habrían de resonar constantemente, durante su vida toda, en las profundidades de su espíritu: una de ruin fariseismo untuoso, que era la voz de Renán; otra, de suave obcecación sincera, que era la voz de Giner. Entre las dos, poco a poco, le afirmaron la duda en el cerebro, que era un inmenso dolor.

LOS COMIENZOS DE LA LUCHA

Pues fué en la Cacharrería donde Armando y Leopoldo leyeron una vez la seccionceja de «Política menuda». La daba—espanta el decirlo...!—la daba «El Siglo Futuro», y era sección de gracia chabacana y de agudeza punzante. Se publicaba sin firma, y a los dos susodichos les gustó.

—De quién será...?

—No lo sé.

Lo averiguó Leopoldo, que leía la sección pertinazmente. Era de D. Antonio de Valbuena, crítico pequeñuelo, escritor agrio, que utilizaba la pluma como aguijón de carcoma para desmenuzar todas las famas que no lograra alcanzar. Era él un hombre en un pozo, y no tenía otra delicia que la de tirarles piedras a los que caminaban por las cumbres. Leopoldo y Armando, en este tiempo, ya tenían pluma también; y esto de que Valbuena les gustara, parecía mala señal...!

También la Cacharrería fué el lugar de la escena extraordinaria que sacó a Armando a la luz. El estudiaba, eso, sí. Además de los libros obligados, todos cosas de Derecho, continuaba tragando con deleite libros de Filosofía. Se pudiera creer en un milagro de más o de menos dura; ahora necesitaba ser filósofo, le entrara la seriedad. Tenía sobre la mesa varios libros, y las narices en uno; estaba en profundísima abstracción. En esto, una voz que dice:

—Joven, así se estudia, así se hace, así se aprovecha el tiempo. Conque Filosofía...?

—Sí, señor.

—Y no le gustaría escribir algo en la «Revista Europea»...?

—Hombre, si V...

—Sí que sí! Navarro..., Luis Navarro, me comprende? Soy Luis Navarro, editor. Entre Medina y yo, ya V. lo sabe, además de los libros, la Revista...

Bien, a qué más? Trato hecho.

Y Armando aun no cumpliera los ventiuno.

En la «Revista Europea» publicó sus «Semblanzas» humorísticas, donde ya dejó ver clara y potente la savia de su raíz. Ay, los prestigios «aquellos», Emilio Castelar, Gabriel Rodríguez, Juan Valera, Miguel Sánchez, Segismundo Moret.. etc., etc...! Los socios ateneístas es seguro que nunca sospecharan en el «señorito Armando», la raíz del paisano de Laviana que los iba a retratar. Nada de montera; hongo; y nada de faja; cinto; pero la intención y el genio, y la entonación, y el aire, y la expresión y el mohín, todos los que introducen en el alma con el rodar de los días, las grandes contradicciones de una tierra de mimo y de rudeza, y de galerna y de orbayu, y de montaña y de hondón... Todo es grave en las «Semblanzas», y a la vez nada es grave en las «Semblanzas»... El autor las presenta por delante, sudando sabiduría, vestidas de etiqueta y con bandines, y cuenta que eso es verdad; las figuras son así... Sólo que añade, muy quedo, que él las vió por la espalda en un descuido, y que es verdad también que estas figuras llevan atrás una maza.

Todo ello es muy peligroso. Significa volar hacia las nubes para coger una estrella, y de repente recoger las alas, y dejarse caer en cualquier parte donde se haya visto un vidrio. Implica frecuentemente el hacer gala excesiva de una monedita de oro, para cambiarla cuando más se ostenta en moneditas de cobre. Vale inducir al ensueño, y cuando ya el ensueño está iniciado, imponer el despertar... Tiene dos riesgos muy grandes: dentro de todo humorismo, sea de la clase que sea, es esencial la gota de sonrisa junto a la gota de lágrima... Un riesgo es que la lágrima se seque mientras que la sonrisa continúa, y otro que la sonrisa se haga risa, y que la lágrima acabe por desaparecer o por morir. El humorismo de Asturias se ha formado con siglos de esperanzas y con siglos de dolores. Armando supo absorberlo cuando lo convirtió en misericordia, no cuando lo trocó en sátira; y cuando empezó su lucha, entre estas dos propensiones de la misericordia y de la sátira, la sátira podía más...

Ya entonces Leopoldo era «Clarín», Leopoldo empezara muy temprano su carrera literaria. De niño escribía comedias para representar con los amigos, y de niño «hizo a mano» un semanario que titulaba «Juan Ruíz»... «Juan Ruíz» también fué el pseudónimo con que ya entonces le aceptaba versos «El Cascabel» de Frontaura, mientras que en el «Gil Blas», de Luis Rivera, los publicaba sin firma. El año 74 publicó D. Antonio Sánchez Pérez,—cronista, cuentista, crítico, autor dramático, etc.—un semanario que llamó «El Solfeo». En él entró Leopoldo, que se firmaba «Zoilito», y que pasó a «Clarín» poco después... Todos los redactores de «El Solfeo» integraban una «banda». Cada uno era un instrumento, y el que «encarnó» Leopoldo, además de meter ruido, es posible también que recordase al «Clarín» de Calderón. El personaje de «La vida es sueño» había proclamado ya:

...«Y que si tal «Clarín» suena,
podrá decir cuanto pasa...»

Diciendo cuanto pasaba en el mundo literario, con más sátira

que crítica, pronto logró «Clarín» significarse, para mal y para bien.

Ya después viene a Oviedo con frecuencia, lleno de virus Krausista, pero sin conseguir que se extinguiesen en su intimidad más honda, los ímpetus de fe que la llenaran en años de excelsitud. Mecánicamente, a veces, iba a la catedral a los sermones, guardándose en las penumbras. Alguien se lo echó en cara, como en broma:

—Pero, hombre, D. Leopoldo, a qué viene ese empeño en ocultarse...?

Y él, como en broma también:

—No quiero dar mal ejemplo...!

En Madrid o en Oviedo, sin embargo, siempre continuó indeleble su amistad con Armando y con Tomás. Aun en cuestión de doctrinas, si no a los tres el krausismo, ya empapara a los tres hasta las cachas el naturalismo ardiente que hacía poco que entrara en las tertulias, y ya Armando amaba a Zola, Leopoldo lo veneraba, y Tomás lo traducía... Incluso hicieron trabajos de colaboración entre los tres: uno de ellos, «Rabagás». Les impresionara a fondo el «Rabagás» de Sardou, pero su «Rabagás» no tuvo suerte, sólo vivió cinco números. Ahora, en el 81, la colaboración es de dos nombres, «Clarín»-Palacio Valdés. Ya son los dos conocidos, y ya con los nombres juntos reúnen en un volumen las opiniones que entienden que deben perdurar, entre las suyas, acerca de los autores y acerca de las obras de su tiempo (1), Todo lo funden aquí: personalidad y juicio, técnica y gusto y acritud y sátira. Lo que hay de humorismo en ambos, aquí se diferencia claramente, por el tono y por el fin. Cuando ambos se ponen graves, «Clarín» da sus pensamientos para que todo el mundo los comparta, y Palacio Valdés dice los suyos para que no se le olviden; cuando el humor manda en ambos, «Clarín» propende a congregar las gentes alrededor de sus víctimas, como si imaginara que sus burlas pu-

(1) «La literatura en 1881».

dieran justificarse con las risas que producen, y Palacio Valdés tiende a hacer víctimas, casi, casi que al desgaire, como no dándose cuenta, y por reirse o sonreirse él solo...

Después de esto, se separan; tienen humores distintos, sigue distinto rumbo cada cual. Palacio Valdés, más tarde, dice que no cree en la crítica, —asegura que tiene la desgracia de no creer en la crítica. Ya en plena ancianidad cuenta igualmente que «Clarín» no fuera crítico—, afirma que más que crítico, fué un escritor satírico admirable... Se separan, después de esto, aunque no en la amistad, en la labor. «Clarín» se mete en Vetusta, y Palacio Valdés se acoge a Entralgo... El uno sigue en la «sátira», y el otro va a empezar con la novela...

Y en el mismo 81, una novela, «El señorito Octavio», que a pesar de los pesares, tiene mucho de sátira también.

LOS CAMINOS DEL AMOR

Mucho de sátira, sí... Aun en su título mismo, parece percibirse un dejo irónico que afecta al protagonista. El señorito Octavio es poco menos que un señorito de aldea, cuyas extraordinarias pretensiones destruye la realidad... La calificación de la novela es más irónica aún; se trata de una novela que según el autor mismo, no tiene pensamiento transcendente, y esto con que se principia, y la carta que la acaba y que le escribe a un su amigo que ejerce en el Ateneo un cargo literario transcendente, D. Homobono Pereda, ya dicen que el autor tiende a burlarse de los «sabihondos profundos» que querían encontrar la metafísica en la literatura y en la sopa...

En «El señorito Octavio» todavía Trèverret halla otro fin: el de poner en ridículo el ideal amoroso que preconizaba entonces, con indudable falsedad nociva, la novela de Feuillet. (1) También es-

(1) A. Trèverret. La Litterarure espagnola contemporaine en Le Correspondant. París-1885-CXXXIII, p. 1.110.

te propósito es seguro: una burla de sabios metafísicos y de sentimentales apacibles. Lo malo de esto, no obstante, es que «El señorito Octavio» no conoce más tipos que los tipos de amoralidad innoble, que se reparten la crueldad y el odio, la desvergüenza y el robo, la sensualidad y el crimen... Duele el que en un paisaje de pureza, de belleza y de grandeza, que ha penetrado de lleno la sensibilidad del novelista, se junten almas tan ruines para representar un melodrama... Es el paisaje el que absorbe en «El señorito Octavio» toda la cantidad de poesía que tenía el autor entonces para desparramarla en las personas, y sólo cuando recuerda las veladas de las hilas en la casona de Laura, deja que palpite en ellas un sentimiento cariñoso y limpio, porque aunque las desplaza a otra casona, estas hilas que describe son las de la casona de su madre,..

Y la obra, un boceto sólo, tras el que se adivina un gran pintor. El pintor, veintiocho años nada más. El había de decir, muy adelante, que comenzara demasiado pronto... (1)

En el 83 dió otra novela, la llamó «Marta y María». La acción en «Nieva»-Avilés. Toda la novela dice que el autor la basó en las realidades que vió en Avilés de niño. Frente a la casa de Ponte, había un niño—una vez—de ojos azules y de cabellera blonda, que echaba a los pilluelos de la calle, desde el balcón de su casa, por medio de una cañita, pompas maravillosas de jabón... Cuando se cansó, a la postre, abandonó la cañita, y comenzó sus muecas de costumbre... Las muecas las dirigía contra la casa de en frente, donde hablaban, de costumbre, también en un balcón y por las tardes, una mocita preciosa y un muchacho simpático y marqués. Esta vez no atendieron a las muecas, ni hicieron caso del niño, había un dolor inmenso entre los dos... (2) El nombre de este niño era Armandín... Cuando de este dolor, tiempo adelante, él es-

(1) Dedicatoria de El idilio de un enfermo. Obras completas, 1922, pág. 11. «Me arrepiento, en primer término, de haber comenzado demasiado pronto...»

(2) «Marta y María». Obras completas, II, 223.

cribió una novela, a la mocita la llamó María, y nombró al mozo Ricardo.

Y aquí el ambiente es otro, el tono es otro, los caracteres son otros... Aquí ya vive el hechizo de la figura grácil de Martita, que es una raza de sol. Aquí la observación honda y certera, que persigue uno a uno y paso a paso los movimientos más leves de las reconditeces del espíritu y que la hace seguir agudamente el proceso psicológico que va llevando a María desde el balcón de su casa, hasta la puerta del claustro en que habrá de encerrar su juventud. Este proceso, no obstante, lo corta el novelista a última hora, transfigurando a María con un arrebato místico que no requiere observación ninguna... La observación del proceso se cierra de este modo bruscamente, y la mano que mete, bruscamente, en el convento a María, lo hace con escepticismo, no sabe hacerlo con fe. Para la novela toda, es decisivo este instante; la oscuridad que surge de este instante, llena todos sus capítulos...

De esta obra escribió «Clarín». La tacha de que es muy larga, tiene muchos capítulos de más. Los primeros sobre todo, no logran en su concepto «la vigorosa savia de los últimos», y eso hace que en la novela se tarde en despertar el interés. Le reprocha al autor ciertos descuidos que descubre en su sintaxis, e indica que no puede hablar a gusto,—dándole rienda suelta a la alabanza, porque hay por el medio cosas que no importan al lector... (1) Los caminos que llevaban el novelista y el crítico, en la literatura por lo menos, ya no podían encontrarse. En la vida sí, aun sí. Este año de esta novela, Armando escribióle esto a Leopoldo:

—Te espero a mi boda. Ven...!

Invitación semejante, se la escribiera Leopoldo a Armando en el año 82:

—Ven, que te espero a mi boda...

Conociera en Candás, de veraneo, a una damita de figura excelsa, pero de nombre feísimo. Cojeaba además, un poco; cojeaba un

(1) «Paliques». Madrid. 1885-124...

poco, y se llamaba Onofre. Mas su belleza era dulce, y penetrante, y graciosa, y había en sus ojos negros y profundos una claridad suavísima de aurora de primavera, que esparcía luz y paz en derredor. Era fina, y era rubia: tenía ritmo y terneza en la palabra; y tenía muy hermosos horizontes en su espiritualidad. Se encontraba en Candás de veraneo, Onofre García y Argüelles, la vez primera que la vió Clarín. La gentil impresión de su figura le dominó en el instante y sintió renacer con toda fuerza sus sueños de la niñez... Volvió su hora de gloria ilusionada, y se dedicó a esperar...

—Iba la Virtud huída
buscando digna mansión:
al verte, vió su guarida,
y voló de gozo henchida
derecha a tu corazón.
Para tí deben de ser
las notas de mi laud,
pues unidas llego a ver,
en una sola mujer,
el amor y la virtud...!—

El amor, en Clarín, se hizo absorbente, se llenó a muy poco de ímpetu. Un disgustillo de nada que tuvo una mañana con su novia, le hizo creer que se acababa el mundo. Su desasosiego inmenso le tuvo paseándole la calle,—la calle Oscura, en el Oviedo típico,—le tuvo paseándole la calle hasta que no pudo más. Subió entonces a su casa,—número 20, aun persiste,—y llamó con repique de aldabón... No dió tiempo para abrir: abrió él de un empujón, se encontró dentro, vió que acudía su novia a toda prisa, y se le arrodilló, juntas las manos, para decirla su angustia:

—Onofrina, es que te adoro...!

Congojosa tragedia la de un hombre que escribía en naturalista y que soñaba en romántico...! Al mismo Zola le ocurría lo mismo.

Y al fin, el aviso a Armando:

—Ven, que te espero a mi boda...!

Ahora era Armando quien mandaba aviso y quien le invitaba a él... Una historia un poco larga, en que el amor se mantuviera oculto, sin dejarse sentir, sin revelarse y sin saber que era amor. Esto también fué en Candás. Veraneaban en Candás entonces Felipe Polo, Félix Aramburu, Palacio Valdés, Clarín... - Clarín vivía en Guimarán, pero se les juntaba a cada paso.—Y Palacio Valdés vino a Vetusta, de su casona aldeana, y halló en Vetusta a Aramburu, que llegaba de Candás. Para Candás iba Armando, y allá tornaría Aramburu en cuanto que arreglara unas cosillas...

—Iremos juntos?

—Sí.

—Pues yo te espero.

Pero le esperó Armando inútilmente, las cosillas eran muchas...

No le importó: se fué solo. Y tropezó en Candás a Adolfo Alas, que desde Guimarán diera un paseo para hacer una visita. Adolfo creyó a Armando un poco mustio, se encontraba solo aún.

—Qué es eso, te aburres, no...»

—No, hombre, no, qué he de aburrirme...!

—Mira, voy de visita, ven conmigo... Voy a ver a un señor Prendes, astur-americano, gran persona... Te gustará conocerlo...

Una gran persona, sí. Culto, discreto y simpático, y que tenía una hijita de cristal. Niña más linda, imposible...! Criatura más tierna, más sencilla, más candorosa, más dulce, imposible también, lo pensó Armando. Serían quince años los suyos, y su trenza de pelo era preciosa... El le preguntó su nombre:

—Cómo te llamas?

—Luisa Maximina.

Salió encantado de allí. Mientras estuvo en Luanco, volvió Armando a su casa varias veces, a platicar con el padre, y a bromear con Luisa Maximina, más tímida cada vez... La familia de Luisa Maximina tenía su casa en Gijón. Y allá tornó al poco tiempo, con lo que Armando se cansó en Luanco y volvió a dar en Vetusta.

En Vetusta otra vez la algarabía, la distracción, el estudio, el hacer planes, el tomar apuntes... y el repetirse a veces con deleite:

—Tengo que volver a verla..!

Y fué a Gijón, debía ir... Corvera, un amigo suyo, tenía que ir a Gijón precisamente por diferentes razones, y le incitó a acompañarle... Una tarde de descanso. Quizás alguna sorpresa, y en todo caso indefectiblemente, aire puro de la mar. En Armando, un deseo cohibido, que se agachaba confuso, alegó mansamente otra razón:

—Tienes que verla, ya sabes..!

Y él se dejó llevar, dijo que sí...

Llamó a la puerta nervioso, sintió unos pasos chiquitos, adivinó a la niña que llegaba, y se quitó la chistera... Ay, llevaba chistera, iba a aturdirla..! La niña se quedó atónita.

—Ah, pero V..! Es V..!

El, que charló a todo pasto, y que no se cansaba de asombrarse. En el tiempo transcurrido, se había perfeccionado la belleza con un brillo melancólico, y en el color moreno de la cara se había aumentado el rubor. La niña era niña aún; aun su ingenuidad graciosa, su expresión blanda, su sonrisa límpida... Ya era una niña, no obstante, que se hiciera capullo de mujer. Cuando después de verla muchas veces Armando se sintió preso, y encontró en la mirada de la niña una ilusión candorosa, hablóle a su padre así:

—Yo quiero a Maximina, Sr. Prendes, la quiero para mi hogar..!

El padre puso reparos:

—Pero, hombre, por Dios, Armando, si es una colegiala todavía..!

Se casaron a muy poco. Tenían treinta años él, diez y seis ella... Y él habría de escribir, tiempo después:

—Sentía un amor intenso, mas tranquilo... (1)

---

(1) «Maximina». Obras completas. VI-11.

LA VIDA DE LAR-
CALIENTE...

Y ahora la vida en el hogar caliente, con el amor como lámpara y con los ojos de ternura inmensa de la perfecta casada, que reciben su luz del corazón. Quietas todas las pasiones, calmadas todas las luchas, iluminados todos los caminos... Poco después o poco antes de esta felicidad de dulcedumbre, apareció «El idilio de un enfermo», que equivalió a un paso atrás. Una novela incompleta, en que todo ha quedado a medio hacer. Los caracteres, borrosos, al interés, macilento, la trama, pobre, la moral oscura... Y otra vez las figuras de la farsa se afirman en el paisaje con los mismos derechos que las bestias, sin otra ley que el instinto y sin otro ideal que la bazofia... La única gran figura, en este caso, es el paisaje potente, que tiene realidad, que tiene vida, que tiene color y olor. El realismo anterior, ya aquí echa zumos de naturalismo agrio, y el ímpetu del paisaje fija una orientación determinista a los personajes todos que se revuelven en él.

De esta novela aseguró Galdós:

—Comienza el autor, en ella, a revelar su aspiración artística; es la de conseguir grandes efectos por medios elementales, cosa tan dificultosa, que «el intentarlo sólo es heroismo»... (1).

La sencillez,—esto es todo.

Y Galdós no dice más.

Ya eran buenos amigos, hacía tiempo, él y Palacio Valdés. Lo eran los dos, asimismo, de la Pardo Bazán y de Pereda. Con la «Revista Europea», había logrado Armando relaciones de extraordinario valor. Aun vivía por entonces doña Emilia en su terruño gallego, y cuando iba a Madrid iba a una fonda de la Plaza de Santa Ana. En uno de los viajes de Pereda, allá se presentaron los tres hombres, que admiraban su talento, para rendirla el tributo de su

(1) Pérez Galdós, «Arte y Crítica». (Obras inéditas). Madrid, 1923-43.

cordialidad y su adhesión. A la hora de despedirse, ella, espontáneamente, exclamó así:

— Qué lástima de fotógrafo...! (1).

«Clarín» la admiró también, «Clarín» la enalteció afanosamente, y formó un ídolo de ella, que él mismo arrojó luego del altar. E hizo otro tanto Pereda, y Palacio Valdés hizo otro tanto, sin que se sepa otra causa que la de las minucias de costumbre en gentes de un mismo oficio... Y Palacio Valdés esta novela que se dice «El idilio de un enfermo», y la Pardo Bazán esta novela que se titula «Bucólica»... Joaquín Rojas, en «Bucólica», va a Fontela de Galicia, porque tiene sudores, tose mucho, siente en el pecho opresión. Va a que se lo cure el campo, y en el campo tropieza a Maripepa, juventud rústica y fuerte, que le entra por los sentidos, lo mismo que al notario del lugar. Tiene él con el notario una algarada, que le significa un triunfo, y se monta la moza en su caballo y se va sola con él.,. El se propone reparar la falta, casándose con la moza, pero le advierten, y lo ve en efecto, que no merece la pena, y abandona el lugar, vuelve a Madrid... (2).

Falta añadir todavía que también Leopoldo habló en la prensa de la novela de Armando. No opinaba lo mismo que Galdós. Pensaba que su cariño hacia el autor de la obra no le debía cegar en el análisis, y que el autor precipitaba en ella la acción y los caracteres, por entender él mismo que el asunto «no merecía muchas páginas». Fuera después, o fuera antes la aparición de «Bucólica», sobre un asunto como éste, doña Emilia tenía el mismo criterio. Ella supo encerrarlo en pocas páginas, e hizo una «novela corta» con una medida justa en que todas sus cosas quedan bien... Fuera después o fuera antes, no estaría aquí la minucia que al fin se convirtió en un gran obstáculo para que consiguieran entenderse don Armando y doña Emilia...?

---

(1) R. Gullón. «Vida de Pereda». Madrid, 1944-47.

(2) E. Pardo Bazán. «Novelas cortas». Barcelona. Imprenta López, Librería Esp., s. a.

Cuando publicó «El idilio...» ya él tenía bien sujeta entre sus dedos toda la felicidad. La mirada, la ternura, la discreción de Luisa Maximina, eran en el hogar transfigurado una bendición de Dios...! El comenzó a escribir los «Aguas fuertes» con un deleite supremo, y a organizar su vida y su trabajo con método y rectitud. Acostumbraba a dormirse, fuera cual fuera la estación del año, con el balcón de la calle abierto de par en par. En el invierno había noches en que los copos de nieve se le iban a posar sobre la cama... Luego, madrugaba mucho. El levantarse a las siete, sobre todo en el invierno, no significa madrugar muchísimo...? Madrugaba, se arreglaba, se tomaba un sencillo desayuno, y se sentaba a escribir... Escribía de un tirón, sin borrador; y ponía un papel de calco debajo de la cuartilla, para obtener una copia por si el original se le perdiera. Comía poco y bebía menos; se hiciera vegetariano, y el agua misma parecíale mal.

—Tengo un amigo—contaba,—que hace ya unos veinte años que no bebe...!

—Bien, agua, no...!

—No, señor...!

—Pero beberá vino..!

—No, señor. Nada de vino tampoco. Todos los jugos precisos para poder hacer las digestiones, los tienen los alimentos...

Antes de comer, paseaba; después de comer, paseaba... La de las once y media de la noche era la hora de dormir. Estaba esclavo del método: en tal instante tal cosa y en tal instante tal otra, siempre con la mayor puntualidad. En la historia literaria, semejante rigor en el trabajo y orden tan duro en el hábito, sólo Kant los consiguió. Kant iba a la Avenida de los Tilos, indefectiblemente, exactamente, siempre a las dos y media de la tarde; daba ocho vueltas en ella, y acabadas las ocho volvía a casa. Siempre a la misma hora justa, se tomaba su taza de café; siempre a la misma hora justa, se sentaba a la labor; siempre a la misma hora justa, se retiraba al fin a descansar. Palacio Valdés, así; pero siempre además se hacía el calzado con el mismo zapatero, siempre iba al mis-

mo barbero para arreglarse la barba, siempre daba la ropa al mismo sastre...

En el año 84, publicó un nuevo libro, el de «Aguas fuertes». Luego, comenzó «José». Y en el año 85, cuando era el amor más hondo y la felicidad más poderosa, en una primavera harta de flores murió Luisa Maximina..!

Fué de agónía el dolor... La casa se llenó de soledades, y todas a un tiempo mismo, se apagaron las brasas en el lar..! No quedó cosa ninguna, después de la marcha de «ella», que no la recordara con nostalgia, como esperándola aún. Y entonces, más que alegría, más que delectación, más que descanso, se hizo el trabajo refugio en donde adormecer el pensamiento y apretar el corazón. El trabajo, cuartillas y cuartillas, que al tener que vivir de otras memorias, las hacían sobreponerse a las que recordaban la tragedia... El trabajo, cuartillas y cuartillas, pero bastaba un descuido para que en vez de salpicarlas letras, las humedecieran lágrimas...

Este año de esta tragedia, apareció «José», que es noble historia de claridades y amores. La escena es de Cudillero, —lo llama el novelista «Rodillero» — y hay personajes de allí; pero hay también personajes que encontró el novelista en otros sitios, principalmente en Candás. Al admirable hidalgo D. Fernando, de la gran casa de Meira, lo llevó a Cudillero de Vetusta. Tenía en el cerebro nubes; había aprendido un discurso en el que condensaba los prestigios de la gran casa de Meira, e íbalo repitiendo a cada paso, con esta presentación:

—Yo soy el mayorazgo D. Fernando, de la gran casa de Meira, meirísima, meirisísima, que domina en todas partes..!

También en la novela tiene nubes que le ofuscan el cerebro, pero si el corazón entra en sus cosas, el corazón puede más. En esta novela hay hombres de contextura espiritual magnífica, tan recia como su músculo, y hay mujeres que tienen peregrinos lo mismo el cuerpo que el alma. Surge en la obra la maldad también; pero ella no es la regla, es la excepción. Es la excepción que se ahoga entre la marejada de bondades, de noblezas, de purezas que

envuelve a José y a Elisa, y que no deja oir el bravo estruendo de las olas del Cantábrico, que tiene trenos profundos de religiosidad y de inquietud..!

El desenlace de «José» sonríe, es como un rayo de sol. Y hubo quien quiso ver tras esta obra la sombra de «Sotileza» (1), y lo que se ve, bien claro, son los ojos de Luisa Maximina.

RIVERITA Y MAXIMINA

Y he aquí que tras «Riverita», son también estos ojos los que están. Ya se habían apagado para el mundo, pero aún seguían alumbrando con toda su tiernísima hermosura, los pasos, las lontananzas, los pensamientos todos del autor. El se volvió peregrino; recorrió los caminos más diversos con la carga de sus penas, y llevó sus recuerdos como antorchas por las oscuridades más lejanas... «Riverita» y «Maximina» son una sola novela que su mucha extensión convirtió en dos. El autor las rumió por los caminos, con estos ojos delante, buscando empeñadamente la manera mejor de enaltecerlos, para decir su poder. «Riverita», un espíritu en borrasca; todos los vientos le empujan y todas las pasiones le zalean; todos los riesgos le acosan, y todas las bajezas le sacuden... Y de repente estos ojos; estos ojos humildes, grandes, garzos, de mirada profunda que contagia de inmensas serenidades, y que ante las borrascas son lo mismo que las playas ante el mar... La que lleva en su vida Riverita, ante estos ojos se aquieta, y se adulzura, y se tiende, para deshacerse al cabo con un largo murmullo fervoroso que le da gracias a Dios... El mundo de esta novela es mundo de almas minúsculas, que pretenden volar y que se arrastran; el mismo protagonista va subiendo en zig-zag, no sabe adonde, llevado

(1) A. Cruz Rueda. «Armando Palacio Valdés». Madrid, 1925, 115: «*Sotileza*, novela comparada con *José*, no ofrece identidad con esta en escenario, tipos ni costumbres; ambas se asemejan en ser narraciones de mar y de costa, solamente. Cada una siguió su camino de gloria. *Sotileza*, acabada de publicar, no podía ser remedada por *José*, ya eacrita.»

por el empuje de todas las ruindades que le envuelven. Y encuentra a Maximina en un recodo, y es ella, tan resignada, y tan tímida, y tan débil, la que le limpia el alma de impurezas, y la que con la gracia de sus ojos se la baña en plenitud. Ella, tan resignada, da quietudes, tan tímida, da energías, tan débil, da solideces, y en la humildad intensa de sus ojos la fuerza es tan poderosa, que no hay pensamiento malo que la mire a los ojos un instante, que no caiga de rodillas... El mundo de esta novela es mundo de almas oscuras, entre las que de pronto se levanta como si fuera una cumbre, un alma llena de sol.

Maximina surge así. Y llena la obra siguiente, que se llama como ella, «Maximina», para morir como surgió, de pronto, antes de que pudiera marchitarse maravilla ninguna de su espíritu. Toda la melancólica ternura con que apareció en la vida, llega con ella a la muerte, más nítida y más honda cada vez. Toda su intervención en la novela marca huellas de bondades, y difunde un sabor de poesía que no amengua, sin embargo, su calor y sabor de humanidad. La obra es toda un idilio luminoso que compensa la dureza de «El Idilio de un enfermo», y que si hizo en efecto verter lágrimas, fué porque nació entre lágrimas...

Esto no dice, no obstante, que sean estas dos novelas.—«Riverita» y «Maximina»,—un pedazo de historia del autor. Así se afirmó, y no es cierto. El autor escribió que en estas obras había querido apartarse del modo de sus obras anteriores. En estas, había intentado un ensayo de novela, sólo como «pedazo de la vida», y falto de «acción cerrada»—; pero el pedazo de vida que en ellas recogió con tanta suerte, ni fué de la vida propia, ni fué de la de Luisa Maximina, tan sagrada para él. Lo que utilizó de entrambas fueron sólo momentos relevantes, que vivificó al impulso de una sinceridad arrebatada y una sencillez caliente con sólo dejar libre el corazón. Lo que utilizó de entrambas, fué el alma, fué la figura, fué el carácter de Luisa Maximina, que él llevaba en el espíritu, para tranfigurar hechos vulgares, trozos de vidas ajenas, que ella ni vió ni compartió jamás...

—Me alegra que te guste «Maximina» —escribió su autor entonces, respondiendo a una carta de «Clarín».—Pienso lo mismo que tú: «creo que es mi gran marea», y que ya no he de hacer nada mejor... (1).

Por lo menos, no hizo nada que mejor respondiese a su doctrina de que en «lo bueno sencillo» está la poesía y hay verdad...

«Clarín», no obstante su carta, en la prensa habló mal de «Maximina». con habilidad sutil...

LOS TRAZOS DE UN AGUAFUERTE

Después. «El cuarto poder». Una historia de luchas enconadas de política rastrera, con la que se entrelazan los conflictos de las rivalidades, los rencores y las envidias de pueblo. Peseux-Richard la pone en Avilés: Peseux-Richard relaciona unas cuantas figuras de esta obra con personalidades de Avilés... (2). De pueblos, el autor cita dos nombres,—«Nieva», Avilés en efecto, y «Sarrió», es decir, Gijón. Figuras y acción, no obstante, es «Nieva» quien las reclama, y la malaventura que destruye todo el sosiego de «Nieva», sin duda que el autor la parangona con la que mató asimismo todo el sosiego de Entralgo... – Una es la Aldea perdida, y otra la villa perdida, y perdidas las dos porque no vieron que el progreso que consigue la felicidad dei hombre, es el espiritual, no el material...

En el Avilés remoto, de costumbres casi eglógicas, las ambicio-

(1) «Epistolario a Clarín...» Prólogo y notas de Adolfo Alas. Madrid, 1941-132. (Carta de 23 de mayo de 1887.) De «Maximina» aseguró su autor:

«—La conoce hoy todo el mundo. Su historia sencilla, escrita y publicada recientemente, ha hecho derramar muchas lágrimas.» («La Hermana San Sulpicio» Obras completas. IV-30.)

(2) Revue Hispanique. N.º CII-366: Doña Brigida—asegura——Doña Florentina Llanos; D. Mateo, D. Jorge de las Alas; Alvaro Peña, D. Ramón Ruíz Gomez... Le señala un papel a Fermín Mesa y otro a Florentino Mesa, y entiende que los dos bandos que mantienen la villa en la discordia, los formaban de un lado los Inclanes, los San Miguelistas de otro.

Todo esto pudo ser, pudo no ser ..

nes políticas se revelaban demasiadas veces como un factor de inquietud. Sus hombres de más empaque y de mayor apetito, pensaban tener mucho que decir. Antes que el magisterio, tan difícil, pretendían sin embargo el caudillaje, aunque fuera de pandillas, y para ponerse a tono con el progreso arrollador del mundo, fundan su prensa también. Su prensa cada pandilla, y los métodos idénticos: el de la alusión astuta, el de la insidia afilada, el del ataque sin freno y el de la injuria sin límite. Lo único que progresa, en este caso, es la angustia del espíritu. La villa que fué en un tiempo de intimidad contagiosa, queda así condenada a la tortura de los recelos constantes y de los odios frecuentes, que le llenan la vida de dolor. Todo esto no sería fácil, ni aun para la aptitud de un gran ingenio, que se pudiera convertir en vida, y hacerse calor humano, de no henchirlo el autor de una gran fuerza de humor y emotividad. Una rama seca, todo, a la que se infunden savias que acaban por hacerla florecer. El humorismo reanima las partes menos jugosas, y las partes más lentas de la acción. A partir de «José» se había apagado, titiritando cuando más apenas, en las obras del autor: ahora salta de nuevo, con más bríos, a veces hecho sarcasmo, para poner palabras de comedia sobre la tragedia humana... La tragedia, en esta obra, no es más que un breve resumen de la debilidad de varios hombres y el amor de una mujer. Otra majestad: Cecilia: otra mujer de amor, que puede mucho, e inmolado este amor inicuamente, de sacrificio, que lo puede todo. Otra mujer sencilla, clara, santa, que sube hasta la cima del martirio sin que en su llanto de angustia tiemble una sola gota de rencor; que sube hasta la cima del martirio, y que también en silencio, viene después a nosotros y se queda por siempre con nosotros... La realidad en la obra tiene muy varios matices: hay en ella crudeza y pesadumbre, y elevación y maldad... Pero las rosas de la rama seca tienen colores muy vivos, y cuando viene a nosotros esta figura de dolor humilde, viene apretando en los brazos los manojos de rosas más hermosas...

LA HERMANA SAN SULPICIO EN MARMOLEJO

Después, gracia de Sevilla, luz de Sevilla, aroma de Sevilla. Es decir, Gloria Bermúdez; mejor aún, «La hermana San Sulpicio».

—Yo siempre supe adaptarme—dijo este novelista justamente,—yo siempre supe adaptarme al medio en que me encontré. Tal flexibilidad me ha procurado dos ventajas en la vida: la de no aburrirme nunca, y la de haber podido hacer novelas de regiones apartadas y de ambientes sociales muy diversos...

Para D. Antonio Espina, biógrafo de Luis Candelas, a Palacio Valdés había que darle la Cruz del Mérito Agrícola, recogiendo después todas sus obras, para echarlas, con desdeño, en «la cisterna de la indiferencia», que es una cosa muy honda. El brillante cantor del Luis famoso no ama al pobre novelista y señala «La Hermana San Sulpicio»,—«esa patochada»—dice,—como la obra primera que merece que la cisterna la trague... (1). Esta proposición no es de extrañar. Siempre entre los grandes hombres los hubo originalísimos, y para D. Antonio es muy posible que eso del Mérito Agrícola signifique una hermosa distinción... A lo mejor, él la obtuvo, porque su «Pájaro pinto» debió de serle al labrador muy útil. «La Hermana San Sulpicio», sin embargo, es la obra del autor que ha conseguido mayor número de votos, y la figura de Gloria—genio vivaz, risa sana, espontaneidad fluente y donaire irresistible,—es la que va mejor en el contraste con la de aquella Luisa «Maximina»,—de genio dulce y de sonrisa tierna, toda profundidad enternecida y toda gracia sellada,—que vivirá entre cariños mientras que exista una mujer-mujer... Luisa «Maximina» y

(1) En «Religión y Cultura». Madrid, mayo, 1908-194. Recogía esta revista otras palabras sobre Palacio Valdés. Estas de Carmen de Abreu:

—No he leído nada suyo.

Y estas otras de Concha de Albornoz:

—No he leído ninguno de sus libros, ni pienso leerlos nunca,

Al cabo de tantos años, nosotros no sabemos todavía quienes son estas señoras.

Gloria, las dos mujeres que mejor resumen a la española del Norte y a la española del Sur... (1).

Las costumbres, el paisaje y el cielo de Andalucía, no se hallaría andaluz seguramente que los pintara mejor; hay en las descripciones de estas cosas «sinceridad reflexiva» y «emoción apasionada»,—y esto es el P. Blanco quien lo dice. Los cuadros, en efecto, son magníficos; la vida está en ellos plena, y el color que rebosa salta en chorros. Cuando en Madrid apareció esta historia de «La Hermana San Sulpicio», se hallaba Alvareda en Londres, y consiguió no obstante un ejemplar. No lo leyó, lo tragó; y su opinión la condensaba así:

—En cuanto que vuelva a España, veré a ese paisano mío, porque yo necesito darle un beso...!

La historia es un noviazgo, nada más. Ella, Gloria, sevillana, y él, Ceferino, orensano. Dos grandes caracteres antagónicos de reacciones opuestas y de imaginaciones diferentes, que saben complementarse en una misma aspiración de amor. Todo lo demás, es gracia, es humorismo, es chispeo, es relámpago, y es luz. Abundan los episodios que parecen revueltas de camino, pero la marcha es segura, y las revueltas, al cabo, se ve que eran remansos convenientes, a veces imprescindibles, para vitalizar todo el paisaje.

Y en «La Hermana San Sulpicio», al hablar el autor de Mar-

---

(1) Todo el carácter de Gloria lo resume el autor en esta escena en que tras un disgusto con su novio, va a la reconciliación:

—«Isabel abrazó a Gloria y le dijo al oído algunas palabritas. Esta soltó una carcajada y la besó con efusión repetidas veces. Después, sin saber cómo, la risa se tornó en llanto; ocultó el rostro en el pecho de su prima y comenzó a sollozar perdidamente. Comprendí que aquellas lágrimas no eran de dolor, pero me apresuré a preguntarle:

—Qué te pasa, Gloria? Te sientes mal?

Sin levantar la cabeza me hizo seña con la mano de que me fuese. Yo, sin hacer caso, volví a preguntar:

—Estás indispuesta?...

Entonces, levantando la frente, con los ojos nublados de lágrimas y sonrientes a la vez, exclamó con rabia:

—Vete, payaso, vete! No quiero que me veas llorar».

molejo con palabras que atribuye a Ceferino Sanjurjo, cuenta que tiene paseos, dice que tiene jardines, pero de su arbolado testifica que no da sombra ninguna...— Fué aquí donde Ceferino encontró a Gloria por primera vez. La vió vestida de monja; pero supo de sus votos que sólo la ligaban por cuatro años que estaban al terminar. Y Gloria baila una tarde; baila en la intimidad del balneario, y baila a puerta cerrada, con la autorización un tanto absurda de la Madre Superiora. Su baile, el andaluz, de ademán limpio, de gentileza valiente y de donaire rumboso,—a la Madre y a la Hermana les cuesta un rapidísimo disgusto... Y los árboles, entonces, eran en Marmolejo árboles nuevos, no daban sombra ninguna, y el autor de la obra escribió así:

—Son nuevos y no dan sombra, pero ya crecerán, y volveré.... Volveré a recordar bajo sus copas estos días deliciosos...

Y con el tiempo volvió. Ya daban sombra en efecto, y pudo recordar hechos y días, bajo la suavidad de su frescura y al amor de su murmurio, con deleitosa nostalgia.... Allí no le olvidaran, le querían, le hablaban de gratitud...

—Y vea V., D. Armando,—le dijeron,—vea V. lo que son las cosas...! Años atrás—la historia se repite,—vino a tomar estas aguas una hermosa monjita de Sevilla, que en lo moral y en lo físico, era igual que la otra que V. vió. Es muy curioso, verdad? Pues bueno, hasta bailó como la otra...!

Y Palacio Valdés se echó a reir. Este detalle del baile se lo habían censurado muchas veces los que juzgaran su libro.—Hay en pasajes del libro un tono de ironía volteriana que reprueban de consuno la Religión y la Estética,—asegura también el P. Blanco, y el «bailoteo» de Gloria parece que le parece, a más de reprobable, inverosímil (1). Y es cierto que hay en el libro salidas de tono súbitas, pinceladas de negro inconvenientes, toques de ironía acerbos... Pero ya aquí el problema religioso no es en realidad proble-

(1) P. F. Blanco García, «La literatura española en el siglo XIX». Madrid, 1871-II-541.

ma—como los de Galdós y los de Alas, los de Hauptmann y los de «Eça», los de Rod y los de Zola;... – y el creer inverosímil el que baile en privado una «monjita» que aun no pronunció en la Orden sus votos definitivos, en un momento espontáneo de irreflexión o de júbilo, significa olvidar lo que refieren de las monjitas de España una porción de testimonios clásicos.

– Bailar una monja...? Bah...! Dónde lo habrá visto «él»...?

Y «él» lo vió exactamente en Marmolejo.

EL PROBLEMA DE «LA FE»

Se publicó «La Hermana San Sulpicio» en el año 89. En el 91 abrió «La Espuma» otra época del autor. Y también en «La Espuma» hay realidad. En esta, como en todas sus novelas, el autor se echó a la calle, buscó asuntos, cogió tipos, apuntó observaciones numerosas... Después entró en los salones con escalpelo y con látigo, para obligar a esos tipos a que se desnudaran totalmente y se dejasen hender. Esta vez el psicólogo no intenta el penetrar en las almas, intenta el sacar las vísceras. Ahora, dejó su región; ahora puso un quirófano en Madrid... «La Espuma» es la aristocracia, pero la aristocracia envilecida, de vidas turbias y de fondos negros, toda comida de vicio, y hundida toda en degeneración...

Aquí el naturalismo empujó mucho, y anuló la poesía que llevaba el autor en una mano para poder cubrir las desnudeces que revelaba la otra. Y en el cuadro sin duda que hay verdad: hay verdad como la hubo en «Pequeñeces», y la hay como en «La Montálvez»...»; una verdad entrevista, situada con frecuencia a gran distancia, y en la que al detalle cierto, que se ve como en penumbra, se le añaden detalles fabulosos que no se ven, se suponen. La disección, en todos estos casos, se trueca en carnicería... Y aquí el naturalismo empujó tanto, que según Fitzmaurice-Kelly, sin más que cambiarle el título, pudiera pasar «La Espuma» por obra traducida del francés... (1).

(1) «Litterature Espagnole». París. 1913. 441.

De «La Fe» dice lo mismo, también puede pasar por traducción. Es como un odre de vientos que fué el autor a recoger a Francia en un momento de crisis. Una «novela de tesis», en la que se desata el viento estéril de un naturalismo agrio, y en la que se revuelve el viento ardiente de una incredulidad desoladora.... Ello era la moda entonces; ello era en realidad la «marejada». La marejada hervía en los casinos, las tertulias, los periódicos, los liceos, los cafés.... La incredulidad, entonces, se tomaba por prueba de valor. Había que ponerla en alto, había que proclamarla a voz en grito, había que «sacarle el jugo» mientras que diera frijoles, y había que abandonarla a toda prisa pidiendo un escapulario, en cuanto se absorbiera un airecillo que hiciera toser dos veces. Eusebio Blasco fué el tipo que resumió mejor esta actitud. Era una de las plumas más frecuentes, más ágiles y más vivas, entre las que llenaban «El Motín». Y vió acercarse a la muerte, y se abrazó con ansias a una imagen de la Virgen del Pilar... (1). Entonces, la marejada... Y en «La Fé» influjos franceses e influjos de marejada, porque en «La Fé» tornaron a encontrarse las viejas aspiraciones, las viejas lucubraciones, las viejas filosofías que con diversa potencia, a flor de piel en el uno, y en la raíz del ánimo en el otro, habían juntado los pasos de los primeros años de su lucha por el triunfo y por el nombre, de Palacio Valdés y de «Clarín».

La obra se considera publicada el año 92. Lo fué en el mes de diciembre del año 91, y se adelantó su fecha porque ya estaba el año hacia el final. Antes de darla al librero, se la envió a «Clarín» el autor mismo, con la carta consiguiente.—Quiero—le dice en la carta,—que seas tú quien primero la conozca... Añade que esto «es justicia...»

Y justifica la justicia así:

—Y es que tú «casi tienes en la obra tanta parte como yo...» (2).

El año 91, Palacio Valdés dió un libro que llamó por antifrasis

(1) Pedro G. Blanco. «Armando Palacio Valdés», en La Lectura, 1906-I-275.

(2) A. Alas. «Epistolario a «Clarín», 148.

«La Fé». «Clarín» este año dió otro que llamó «Su único hijo», con intención sinuosa y volteriana... Era la última vez que se entendían, todo iba luego a cambiar... Dos libros, y dos pecados.... Y todo iba a cambiar seguidamente con dos arrepentimientos.

«La Fé», más naturalismo que le cuesta trabajo reasumir. No le sale de dentro, aquí se nota, esta vez se lo imponen dos poderes, el de «Clarín» y el de Francia. Contra toda su costumbre, esta vez, por otra parte, le deja a la inteligencia mucho mayor lugar que al corazón. «La Fé» es novela de clérigos; el autor se propuso utilizarla para «exposición» de clérigos, y hay en ella figuras definidas con trozos fuertes y con líneas firmes, como talladas en roca... En este caso, no obstante, no alcanza a comprender porque no ama, y en las figuras mejores, no ve más que los rasgos chabacanos y las posturas ridículas. Una exposición de clérigos: D. Miguel, don Narciso, D. Joaquín... Y luego, el P. Norberto, y luego el P. Melchor... Generalmente, «personas»; pero en su papel de clérigos, con frecuencia también, caricaturas. Una exposición de clérigos, y luego el P. Gil, místico bobo, a quien bastan cuatro libros,—uno, la «Vida» del Jesús absurdo, que inventó el Renán untuoso que «Clarín» colocaba por las nubes,—a quien bastan cuatro libros para sumirse en la duda y acabar con su fe de mentecato, y a quien bastan cuatro ardides de una beata histérica fogosa, para encontrarse envuelto en una infamia que calumnia su inocencia y que le hace llevar a una prisión. Ya entonces tiene el alivio del recobro de la Fé; pero arrastra la pérdida un proceso de polémica morosa, cuya argumentación, casi blasfema, de impiedad pseudocientífica, va enredando al lector no preparado, lo mismo que al Padre Gil; y en cambio, el recobro es súbito, de inspiración de providencia diáfana, en que las objeciones ya no cuentan, pero quedan en el aire por los tiempos de los tiempos sin que las neutralice cosa alguna,—lo que hace que el lector piense que eso de tener fe puede acabarse con cuatro libros «profundos», y que eso de recobrarla, —y aún eso de conservarla,—es una simple cuestioncilla hueca de arte de birlibirloque...!

En Palacio Valdés fué la medida preocupación perenne, y en esta obra la perdió.—La medida, a su ver, era la esencia, no únicamente del Arte, sino del mundo también. Y la perdió en esta obra, cómo perdió su lirismo, y como perdió el encanto generalmente piadoso, de un buen humor que recordaba a Dickens. Y es que detrás de esta obra,—sobre todo en su parte de polémica, estaban las opiniones y estaba la influencia de «Clarín»...

—Conste—decía el autor más adelante,—conste que de «La Fé» me he arrepentido con sincera contrición.

LA HISTORIA DE
«EL MAESTRANTE»

«La Fé» en el 91, y «El Maestrante» en el 93. La una se desenvuelve en «Peñarrosa»,—de otra manera, en Luanco,—y la otra tiene de escenario a «Lancia»,—que es como decir a Oviedo. Volvió el autor al terruño que le comunicara hasta «La Espuma» su mejor inspiración. Pero volvió cargado de tendencias que le iban oscureciendo con la complicación de sus recursos su pasión de idealidad. A él no le agradaba Zola; él hallaba en la vida cosas viles, cosas torpes, cosas feas; pero hallaba también cosas de encanto, y de sublimidad y de hermosura, y era más propio del arte el levantarse a las nubes, que el ensuciar sus alas en el lodo... Obra de arte la novela, del realizar belleza debe hacerse su objetivo primordial... Esto pregonaba él...

—Y lo demás—sostenía—a la obra se le da de añadidura.

A él no le agradaba Zola, y Andrés González Blanco aseguraba que con desviaciones abundantes, era el Daudet español. A él le llevó a una tertulia de literatos franceses Paul Margueritte en París. Y Paul lo presentó con esta frase:

—Tiene algo de Daudet, pero es más hondo...

Daudet, sí, naturalista, pero naturalista que cuidaba de no ensuciarse las manos, y que llevaba a las cosas, aun en la busca de detalles mínimos, que coleccionaba siempre, su sensibilidad de par

en par .. Y Palacio Valdés supo el secreto de hacer lo mismo en España, pero prescindió de él alguna vez. En la etapa de «La Espuma», de «La Fé», y de «El Maestrante», lo condenó a un olvido largo y duro... «La Espuma» es la aristocracia que encontró o que supuso más innoble, y «El Maestrante» es la espuma, según él, la aristocracia, en la medianidad de un escenario de proporciones más chicas, pero más evocadoras, y de esplendor de intensidad más leve, pero de más tradición. Esta es aristocracia de palacio, de blasón y de raíz. Y en el palacio se comete un crimen; pero la crueldad inmensa, de frialdad absoluta y aberración monstruosa que supone, en la novela no es fango que salga de él para manchar a nadie, y en la realidad no ocurrió en él.

Lancia,—ya se dijo,—Oviedo; la calle que se nombra en la novela calle de Santa Lucía, es la calle de Santa Ana, y la «gran fábrica oscura» que se llama en la novela «Palacio de Quiñones de León», es la Casa de Velarde. La del Conde de Onís ha sido siempre la Casa de Santa Cruz; y la finca de la Granja, posesión de la casa de Velarde, vendida luego y descepada luego, hallábase en Santullano. La vieja Cimadevilla,—la Altavilla de la obra,—tenía por el entonces dos cafés: el café del Risón y el del Casín... Por el entonces asombraba a Oviedo una anciana de ochenta años que aun guardaba calor de juventud. Vestía llamativamente, se cuidaba, se pintaba, se presentaba en las fiestas, andaba en los espectáculos, se recreaba en los bailes... Doña Luisa Tirí tenía dineros, era viuda de un francés...

Y la vió en Llanes un mozo que aun no llegara a los treinta, hermano de un doctor muy conocido que había entonces en Gijón. Y la vió que bailaba un pericote, y a poco, casó con ella... La cencerrada fué célebre... Jamás se dió otra en Asturias de mayor duración y más estruendo, y cuando huyendo de ella el matrimonio llegó a León, muy de oculto, la esperaba en León otra tan bárbara, tan larga, y tan estruendosa, organizada por Ramón Arango...

Ramón Arango, Altavilla, el café del Risón, Luisa Tirí. No hace falta buscar datos más hondos en la realidad de entonces, para ca-

lar por dentro «El Maestrante», que es un décimo exponente de los procedimientos del autor. Un «lugar de la acción» bien reflejado, dos palacios bien precisos, un hecho básico cierto, varios episodios reales, y diversas figuras positivas... Después, lo organiza todo como mejor le conviene, y coloca el hecho básico—que al parecer le sugirió el proceso de una tal de Castro Enriquez,—y coloca el hecho básico en el palacio más propio, y le atribuye a Fernanda, «la niña más preciosa» que había entonces en la Lancia de su libro, lo que le sucedió a los tantos años a doña Luisa Tirí... Todo esto es peligrosísimo, y aunque el procedimiento era corriente, en casos como el caso de esta obra, no obstante aceptarlo el arte no lo aceptaba la ética...

La crítica, sin embargo, al enjuiciar el arte vaciló. La obra consiguió crítica entusiasta, mas también la tuvo hostil. Andrés González Blanco la supone la de valor menos firme que hizo Palacio Valdés (1). Y es obra amarga, y es dura, y aun el humor que la salpica a veces, da una penosa sensación constante de tristeza y de acritud. Su mal radica en su asunto; la humanidad que hay en ella, la hace profundamente tenebrosa una mujer infra-humana, que acaba proyectando sobre todo su maldad de pesadilla. Y es obra amarga y es dura, pero de intensidad que va creciendo con graduación incitante, de vida que se refleja, cuando no con brochazo poderoso, con pincelada valiente, y de tipos que se logran con fidelidad tan clara, que aun resulta excesiva alguna vez...

En el 93, «El Maestrante». El salió de la imprenta, sin embargo, a comienzos de diciembre del año 92. Este año y este mes se murió Tuero. La intimidad que le uniera con Palacio Valdés, siempre tan fuerte, se había quebrantado ya. Su mismo afecto mutuo, ya a estas horas, vivía del recuerdo sólo. Ay, el Tuero bohemio de otros días, cuando su lucha era aspérrima, y ay, sus famosas andanzas de posada en posada de Madrid..! De dar un nombre, en algunas, daba el de su «apoderado», y por lo general cambiaba el

(1) «Historia de la novela en España...» Madrid 1809-433.

suyo. Cuando se adentraba en ellas, no era su voluntad, era el destino, quien tenía que resolver... Si se le presentaba el horizonte fementidamente negro, sin una sola peseta que lo iluminara un poco, su diálogo primero con el «ama» ya era un verdadero crimen. Ella:

—Y su nombre, señor..?

Y él, sonriente:

—D. Tomás Fernández.

Esta combinación no era un secreto que ocultara a sus amigos; por el contrario, se lo decía a todos para evitarse un fracaso. Fué un día al Bilis-Club Marcos Zapata con una noticia triste:

—Vengo de ver a Tuero, que está enfermo...

—Cómo, de qué..?

—No lo sabe..!

Y quiso averiguarlo a toda prisa D. Ramón de Campoamor, y dejó el Bilis-Club, y echó a correr... Con lo que valía Tomás..! Con lo que D. Ramón quería a Tomás..! Echó a correr, plantóse en la posada, dió apresuradamente al picaporte y apareció la patrona:

—Está D. Tomás Fernández..?

Y la patrona, candorosamente:

— No, señor, no vive aquí..!

Salió una voz del cuarto de Tomás:

—Tomás Tuero, Tomás Tuero, aquí soy Tomás Tuero, don Ramón..!

Esto quería decir que allí pagaba..!

Las «cosas» de Tomás siempre eran gratas para Palacio Valdés. Esta la contaba siempre... Pero después los separó la vida, Tomás continuó en la corte, y escribió una sección, «Literaturas», con perspicacia crítica admirable y «arte de hacer» asombroso, que le dió muchos triunfos en «Gil Blas».

—A tí te salva el estilo,—le dijo Pepín Quevedo, en una discusión sobre estos temas.

—Sí, —respondióle, —es verdad. En España, Pepín, todo es así: todo es cuestión de retórica.

Fueron de sus trabajos más famosos los «Retratos al carbón». Cuando publicó el de Cánovas, diz que habló de este modo Castelar:

—Me gusta mucho ese Tuero; entre los escritores que conozco, es uno de los mejores, en España y fuera de ella.

Retórica? Sí, también. Estilo? Sin duda, sí. Pero con estas cosas tenía otras de imaginación y gusto, y de donaire y espíritu, y de penetración y sutileza que el mismo Pepín Quevedo no se cansaba nunca de alabar. Hay que confesar, no obstante, que aun siendo tantas las dotes de su literatura periodística, aun eran más, en efecto, las de su conversación. En la esgrima del ingenio de la conversación, en las tertulias, era un maestro asombroso, lo dice Pepín también. Su frase, entonces, rebosaba brío; unas veces limaba, otras cortaba, unas era estallido, otras sonrisa... Pero siempre brotaba limpiamente, toda hecha, toda perfecta, aun más que como un agua, como un zumo... Tenía una cultura infusa y un buen gusto extraordinario, que en sus palabras de crítica siempre significaban el acierto.

Y él alcanzó nombre pronto, pero nunca cambió completamente su vida de privación. El periodismo le comió el ingenio y le consumió el espíritu. Sus ímpetus liberales le llevaron a «El País», y allí dió con Segovia Rocaberti, topó con Francos Rodríguez y encontró a Curros Enríquez... Los sueldos de periodismo significaban entonces una vida constante de inquietudes en lucha con la miseria, cuando no era camino que arribase, más o menos rectamente, a un establecimiento, siempre oscuro, de prebendas burocráticas. Para poder «tirar», de cualquier modo, puso en castellano a Zola, y tradujo comedias del francés En esta labor, tan pobre, fué Félix González Llana quien con más eficacia le ayudó... Frecuentemente «arreglaban», en vez de limitarse a traducir, y lograron varios éxitos, quizá el mayor con «Fernanda», uno de sus arreglos de Sardou. «Fernanda» fué estrenada en la Comedia, —el día, el 12 de enero y el año el 85. Le dejó beneficios importantes, y al menos por unos meses, —«Fernanda» pudo ser el bienestar.

Con Félix González Llana y con Pepín Quevedo, mano a mano, dió asimismo a la escena una comedia, «El matrimonio de Olimpia», original de los tres... Y no tuvo gran suerte «El matrimonio», pero lo tuvo «Fernández». «Fernández» fué otra comedia, también original del triunvirato, con la que esperaba Tuero mejorar su manera de vivir. Tampoco lo consiguió. Era este empeño muy duro, que no lograron nunca sus amigos, ni «Fernández», ni «Fernanda».

Tomás Tuero, en sus tiempos de más nombre

Y he aquí que González Llana se cansó de forjar adaptaciones, y he aquí que Curros Enríquez no tuvo más remedio que irse a Cuba, a la ventura de Dios. La ventura de Dios se le dió bien. En Cuba encontró la mano de un caballero católico, Director de un periódico admirable, el «Diario de la Marina». Era Nicolás Rivero, de Villaviciosa hermosa, de la misma gran tierra de Tomás. Vió a Curros expuesto al hambre, fué a visitarle él mismo, y le habló así:

—Yo no pienso como V. Pero venga V. conmigo, que no he de pedirle nada que se oponga a sus ideas, y sé que V. respetará las mías.

Y lo llevó a su periódico.

Ido González Llana y lejos Curros, Tomás se fué a «El Liberal». Fué aquí donde alcanzaron sus trabajos más próspera reso-

nancia, y donde publicó su «A vuela pluma», «Retratos al carbón», y «Hechos diversos». No cambió de pergeño, sin embargo. Barba cerrada y bigote; en la frente espaciosa un gran tupé... y después, sobre el cuerpo, cualquier cosa. Un chaquetón en mal uso, un pantalón con hilachas, unos zapatones toscos... Pues con todo y con eso, más que un príncipe! Paseaba una vez malhumorado, —recuerda Pepín Quevedo— y alguien que le encontró lo echó de ver.

—Qué hay, Tomás?

—Nada, hombre, nada! Que pasó hace un momento Canalejas, y me dijo a sangre fría:

—Adiós, Tuero..!

Y ya es el colmo! Como si todos fuéramos iguales..!—

Contaba treinta y ocho años cuando la enfermedad se lo llevó. Quiso morir en su tierra, llegó a Oviedo, abrió los ojos..., y los cerró en Oviedo para siempre. Fué un gran malogro tristísimo, y de él y de otros escribió «Clarín»:

—Es una pena que no dejen nada..!

Dejó el recuerdo penoso de haber dado su ingenio a dos periódicos de historia desapacible, que le hicieron a España mucho daño, y la convicción, no obstante de que España le quería porque siempre vió en él mucho de niño. La intimidad que le uniera con Palacio Valdés por tanto tiempo, en los últimos años de su vida ya no tenía fuerza alguna. A Palacio Valdés nunca le hablara de ninguna de sus obras. Y le llamó, ya casi moribundo, le atrajo con una seña, y al fin dióle sobre una su opinión:

—Armando, ví «El Maestrante», te felicito por él... Eso es de lo mejor que leí aquí... (1)

---

(1) Alfonso Camín, «Hombres de España». Madrid, 1923, p. 23, según revelación de don Armando. Con arreglo a esta noticia, pongo la aparición de «El Maestrante» a comienzos de Diciembre del año 92. Tuero falleció en Oviedo el día 19 de este mes. Hago constar, sin embargo, que había llegado el 18, y Palacio Valdés en esos días debía encontrarse en la Corte. Allí hubo de ocurrir, por consiguiente, este episodio con Tuero, que cuando salió de ella para Asturias, salió en efecto moribundo ya. En Oviedo vivió sólo unas horas, ansiaba morir en él.

UN PERSONAJE TRAS
DE DOS NOVELAS

Después, el 94, D. Armando publica otra novela... (1) Ha comenzado su crisis; la crisis de «Clarín» ya comenzara el año 92... Los dos caminaran mucho por la necesidad de encontrar «algo» que le prestara a su espíritu una seguridad definitiva en una paz absoluta, sin encontrarlo jamás. Lo habían tenido, no obstante, antes de que salieran por el mundo, cuando aun con presuroso balbuceo, les sonaban en el alma las palabras recogidas en las horas de luz de su niñez. Los dos habían hallado excelsitudes de religiosidad y de ternura al pie de los llares propios, y los dos aprendieran de sus madres a iluminar su conciencia colocando en su fondo una oración...

Fué su romeraje, el mal. Les dió su romeraje en el momento la soberbia de una «ciencia» que aunque vestida de andrajos, se imaginaban que arrastraba púrpuras. La oración que sacaran de sus llares quedó hecha ceniza toda, sin más que un punto de brasa que quería abrirse en llama inútilmente. Fueron los dos «de su época». La marejada los cogió de lleno. Se dejaron llevar, mundo adelante, por las doctrinas más vacuas—y hoy se puede decir que más estultas, y cuando se juzgaban acarados a un horizonte de lumbres, se encontraron envueltos en tinieblas. La época llegó a la postre a la desilusión y al desengaño, y «Clarín» sintió muy pronto que le dolía el espíritu. El puntito de brasa que guardaba como un tímido rescoldo, a cada instante entraba en vibración. Lanzaba resplandor súbito, ponía una claridad sobre sus pasos, y volvía a recogerse en la ceniza, casi, casi, con terror. E iba así de un extremo al otro extremo, sin acertar a pararse, cargándose en el camino de todas las doctrinas que encontraba, y vituperando ahora lo que creyera milagroso ayer.

Esto para «Clarín» fué una agonía que no le dejó vivir. Inten-

(2) «El origen del pensamiento».

taba asfixiarla con el ruido de discusiones frecuentes, sobre temas filosóficos que iban siempre a asomarse al más allá... No lo consiguió no obstante. Su espiritualidad, tan poderosa, llegaba a sentir a veces que el puntito de brasa se hacía hoguera, o se hacía remordimiento... Como quiera que fuese estaba vivo, por mucho que se guardara, y aun se asomaba a veces a sus labios, hecho otra vez oración. El hombre —afirmaba entonces—no puede vivir bien sin metafísica—y por fortuna, continuaba entonces, tomando a Rodó la frase,—y por fortuna, las ideas nuevas de la doctrina de un Nietzeche no lograrán imponerse, mientras haya en el mundo dos maderas con que formar una Cruz... (1) Luego volvía el puntito a amortiguarse, y tornaba «Clarín» a consumirse en las angustias tremendas de una meditación llena de dudas...

El iba hacia un mediodía, y se detuvo al cabo en un crepúsculo...

Fué también esta crisis, más tardía, más lenta, más persistente, la de Palacio Valdés. También en su escepticismo quedaba una lucecilla de la llama de lar de su casona, y aun se cayera una cuenta del rosario milagroso que rezaba a las noches en su hogar. Su reflexión, sin embargo, no llegaba a las fiebres de «Clarín»; era menos dolorosa; no le martirizaba, le inquietaba; sentía también el vacío de las filosofías pequeñuelas, y aun a veces de las grandes, pero más que a escaparse de la sombra, tendió por bastante tiempo a buscar en la sombra una rendija por donde captar la luz. Esta novela de «Mario», de «D. Pantaleón» y de «Moreno», parece que es la rendija cuando la empezaba a hacer. Obra de gentes modestas, cuya felicidad pide muy poco, y que tienen la desgracia de que un Moreno farsante, de sabihondez materialista pura, turbe a don Pantaleón. La sabihondez materialista pura, servida en dosis frecuentes de discursos pedantescos, esta vez enloquece a un pobre diablo, que acaba en un manicomio, desfigura la cara de una

(1) «Siglo pasado». Obra póstuma. Madrid, 172, y Prólogo de «Clarín» a «Ariel», de J. E. Rodó. Madrid, 1919, 15.

niña, que es hija del pobre diablo, y está a muy poco de matar a un niño, que es nieto del pobre diablo. Cuestión de frenología; el pobre diablo pretende agujerear un cráneo para ver donde nace el pensamiento. Todo una burla de la ciencia falsa, con un idilio en el fondo—«él» Mario y «ella» Carlota,—de una sencillez tan grande, de una melancolía tan humilde, de una bondad tan sincera, que da a toda la obra un vivo encanto de ternura y de emoción.

Y en esta obra, «Riverita», esto es, Palacio Valdés. También él es en ella un «personaje», que tiene cariño a Mario. Y aquí otra vez los discursos, las discusiones, las bullas sobre cuestiones análogas a las que en «La Fé» trastornan la menguada razón del P. Gil. Pero aquí no es la fe la que destruyen, aquí destruyen los sesos, y el tremendo mazazo de humorismo que descarga esta novela, va a dar sobre las doctrinas que el Moreno farsante desparrama con petulancia insolente y con pedantería incontenible. Moreno, por otra parte, es la contrafigura de D. Alvaro, el sabio de Peñascosa,—el autor dice de él que «se hizo sabio»—el «sabio» de Peñascosa que manaba ateísmo por los poros. Y el P. Gil, cuando «La Fé» termina, queda solo en la prisión; queda sólo, y recibe a dos señores, que van a medirle el cráneo, la caja ósea, el ángulo facial... Los datos antropométricos que estos señores consiguen, prueban que el P. Gil, que es un bendito,—aun cuando bobo, un bendito, tiene todos los rasgos peculiares al libertino feroce...!

Una rechifla, así es; pero esta rechifla enlaza esta novela del sabihondo ateo D. Alvaro Montesinos, hidalgo de Peñascosa, con la del sabihondo ateo D. Adolfo Moreno, de Madrid. Los dos sabihondos y ateos, los dos disputadores e invencibles, y los dos responsables del delito de emponzoñar dos conciencias. Por lo demás, la pifia frenológica de la novela del uno, la cometen también en la del otro, D. Adolfo, el gran maestro, y D. Pantaleón, el gran discípulo... Aparece esta pifia, que es tremenda, en el capítulo XII de la novela segunda, junto con otro lance extraordinario que les ocurrió a los dos. Llegaron ambos, efectivamente, a un pueblo que estaba en fiestas, de los alrededores de la Corte. Los invitó el

cura párroco a la manducatoria de su casa, y a ella se acercaron ambos, con otra porción de curas que habían intervenido, más o menos, en la función religiosa. Esta manducatoria fué un festín; no se encontraban, sin embargo, a gusto, y Moreno estaba torvo, entre aquel «elemento» aborrecible, «explotador de la ignorancia humana»... Y he aquí que se comió y que se bebió... Y he aquí que hablaron los curas, después de la bebida consiguiente, de cosas de metafísica, y que pararon, al cabo, en dedicarle a Dios unas palabras...

Moreno le tenía temor a Dios, no quería nada con El... Por ver de molestarle con más furia negábale la existencia, y en cuanto oyó su nombre dió un respingo. Prudentemente, no obstante, porque las circunstancias lo imponían, esta vez habló con tiento:

—Con permiso de V.—le dijo al cura que planteara el asunto,—yo pienso que la existencia de un creador de todo lo que existe, no es tan fácil de probar...!

La réplica estalló así:

—«Se prueba como dos y tres son cinco...!»

Y en esto, los argumentos en silogismos cerrados, con «ergos» como montañas y con latines atroces, que parecían escaparse de una ametralladora sin control... Después, observaciones, luego réplicas, después, voces, luego fieros, después, arremetidas, luego, gritos, y al fin tal confusión de bofetadas, de puntapiés, de porrazos, que cuando se acabó la trapatiesta con la intervención del ama, que también hizo lo suyo, para que levantara los espíritus, hubo que llamar al médico...

Y el médico estaba ausente, e hizo el veterinario su papel.

Alvaro, el discutidor; Moreno, el discutidor; «Clarín», el discutidor... Y al remitirle a su amigo antes de que la diera a librerías la novela de D. Alvaro, Palacio Valdés así:

—Es casi tanto tuya como mía...

Y cuando recordaba en confidencia la novela de Moreno, Palacio Valdés así:

—La batalla con los curas, la provocó «Clarín» en una fiesta a que asistimos los dos...

Ni Alvaro ni Moreno, sin embargo, eran el «Clarín» auténtico; pero la burla que envuelve las gestas y los discursos del Moreno susodicho, demuestra que el autor ya está de vuelta de la «ciencia» de esta clase, y que comienza a estarlo, de igual modo, de la amistad con «Clarín»...

EL ESTRENO DE «TERESA»

Después, al año siguiente, esto es, el 95, se presenta «Clarín» en el teatro... Siempre él había tenido esta afición. De niño, le obsesionaba, e iba por los doce años todavía, cuando escribió un drama en verso, el de «El sitio de Zamora». Luego, escribió una comedia, la llamó «Una comedia por un real»... En las representaciones, dadas en un teatrillo que a este fin «levantaron» en su casa unos amiguitos suyos, él hacía los papeles principales... (1).

El teatrillo «se cerró» muy pronto, y en cuanto le era posible, iba el niño a saciarse de emociones al teatro del Fontán. Aun cuando diera sainetes, el del Fontán era un teatro trágico. La artista que salía a escena con un mínimum de escote, estaba casi segura de acabar la función con pulmonía, y un espectador ingenuo que descuidase el abrigo, lo menos que llevaba a su morada era un catarro feroz. Nada de esto asustaba a Leopoldo, ni siquiera en la «cazuela»... como en Madrid, ya más tarde, cuando iba al Español a ver a Calvo, no le asustaban tampoco los riesgos de decir en la «cazuela» a quienes no le aplaudían, que eran unos grandísimos «pollines»...! Más tarde aún,—en el 78,—cuando dió Echegaray «Mar sin orillas», él fué el paladín valiente que acaso gritó más alto para defender el drama, en cuanto se inició la gran contienda de la noche del estreno. El lo juzgaba sublime. Su grito de combate decía así:

—Sietemesinos...! Hipócritas...!

(1) J. Antonio Cabezas. «Clarín». Madrid-1936-38.

Sietemesinos e hipócritas, cuantos no lo juzgaban como él.

Este choque no fué único. Por cuestiones de teatro, tuvo él algunos otros semejantes...

Con todo, a María Guerrero, aun entonces soltera, y ya famosa, la nominaba «la *gachi* del arpa». Ella tocaba el arpa, en realidad; le servía como música a su canto, porque cantaba asimismo con verdadera pasión. La nominaba «la *gachi* del arpa», y vino a Oviedo María, y ella y Galdós, que llegó aquí con ella, fueron a ver a «Clarín». La plática fué afectuosa, y en la conversación saltó esta frase:

Pero y V., Leopoldo, cuando piensa escribir para el teatro? Advierta V. que el teatro...! V. sabe que el teatro...! A V. también le consta que el teatro...!

Y él:

—Pues, sí, sí...! No está mal...!

Era su ilusión de siempre, que se le realizaba a última hora... La idea empezó a bullirle con pertinacia de agobio, y él se fué a realizarla a su retiro del Guimarán aldeano, que era como vivero en que encontraba los asuntos en tropel. De Guimarán conservaba un recuerdo indeleble, limpio y vivo, de juventud y de amor. Era él un rapaz aún; era un rapaz aún, ya vehemente, ya imperioso, ya romántico, y al servicio de su madre había una aldeanita prodigiosa, con todo el brillo de belleza pura de una manzana reineta... Los hizo el trato quererse, él no sabía ocultar sus sentimientos, y vió su madre el peligro. Su madre tenía afecto a la muchacha, pero no vaciló, la mandó irse...

—Ay, hija mía, es que ahora...

Ahora, las cosas se ponían muy malas, había que reducir gastos... O ahora tenía el compromiso de meter en la casa otra criada... O ahora...

En fin, una disculpa.

Fué muy grande el enojo del rapaz; lo fué su pena también. Mientras que le fué posible, allá se iba de oculto y con frecuencia al pueblo de la mocita, para gozar un momento de la gran mara-

villa de sus ojos... Después, corrieron los años.., Y se casó la mocita con poquísima fortuna, y prosperó el rapaz, llegó a «Clarín»...

Todo esto fué lo primero que a «Clarín» se le vino a la memoria como materia de drama. «Ella», la protagonista, y después la vecina, y el marido, y una rapazuela, y «él»... Ella, «Teresa», él «Fernando»... E iba «él» por el camino de Veriña, e iba leyendo una carta que le había remitido Echegaray. Echegaray hallábase en Marín; y llegara a Marín esta noticia de que Leopoldo Alas se animaba a escribir para el teatro, y él le alentaba también. Le entusiasmara la idea; el éxito sería firme, y él pensaba insistir contumazmente hasta su realizacion... E iba leyendo la carta, y alzó «Clarín» los ojos, tras un párrafo, y sorprendióle un saludo:

—Buenas tardes...!

«Ella», al fin...! Después de tanto tiempo, «ella» otra vez...! (1).

—Teresa...!

Y escribió el drama.

No necesitó más que doce días.

La obra tiene un solo acto, pero los doce días eran pocos para la inexperiencia de «Clarín». La técnica, además, precisa ahora, no era la que él manejaba cuando redactaba un cuento o cuando trabajaba una novela, y el que un novelista se hunda cuando intenta salir a un escenario, es casi ley general. Así Balzac y Gautier; así Zola y la Goncourt; así Du Camp y Daudet... Así en España Alarcón, la Pardo Bazán, Baroja... «Teresa» se estrenó el 20 de marzo con un fracaso ruidoso... La obra, en un pueblo de Asturias. Rita, que al parecer es una enferma de encefalitis letárgica,—duerme sobre la grava del camino. Palmira, una chiquilla de cinco años, la quiere despertar, le pide sopa...!

Y en esto, llega Fernando. Se desarrolla la escena ante la casa

---

(1) J. A Cabezas. Ob. cit. 207. Consta esto en una carta de «Clarín». El se la escribió a Posada, fecha 22 de junio del año 95, y el hijo de «Clarín», Adolfo Alas, se la comunicó al Sr. Cabezas. Posada la dió asimismo en su libro «España en crisis», página 190.

de Roque, que es hermano de Ritona y que se había casado con Teresa. El, un minero terrible, predicador constante de doctrinas de revolución y de odio, esclavo de la taberna, de la bestialidad, de la vagancia, y ella un espíritu digno, aldeana lindísima otro tiempo, que aun guarda de su belleza un profundo reflejo melancólico; en ese tiempo estuvo de criada en la casa de Fernando, y se amaron con ternura. Fernando va a verla ahora, y le da una peseta a la chiquilla. Ve un grupo y hace un monólogo... (1).

Dice en él que en el grupo llega Roque, que no quiere que le encuentre, y va a esconderse en la Foz; y llega Roque en efecto, que arenga a unos mineros infelices, y llega también Teresa y se ponen los dos a discutir. Roque lanza a lo lejos, iracundo, la peseta de Palmira. El con D. Fernando, nada! D. Fernando es al cabo un señorito como todos los demás... Y mientras él se larga a la taberna, háblale D. Fernando a su mujer. El lo sabe todo, el hombre. Sabe lo que a Teresa le sucede, y le recuerda el pasado, y quiere a toda costa «redimirla»... Hablan de todo muchísimo antes que vuelva Roque con los suyos, y entablan una larga discusión.

Teresa se dice al cabo:

---

(1) Este monólogo, así:

—«Por allí viene gente: un grupo. Serán mineros. Sí; Roque.,, y Teresa... y más serán. No quiero que me vean. Ahora no. La niña diría lo de la peseta; y ese Roque es altivo, creo. No querrá limosnas, de fijo. Además, le he visto mirarme con malos ojos. Tal vez sospecha. Pero yo he de verla, he de hablar con ella otra vez. Mañana, al ser de día sale el tren, y he de marchar, no hay remedio. Sí; hablaré a Teresa esta noche. Si puedo, aquí, a solas, cuando él salga, pues sé que sale; va a perorar a la taberna. Y si no, con un pretexto, entraré luego ahí, aunque esté Roque. Se acercan. Ahora, a mi escondite, ahí, en la Foz, entre los árboles, donde la contemplé esta tarde... tan triste, tan pobre, tan dulce en su miseria...! Perdida la lozanía... y más hermosa. Mi pobre ilusión del amor, humilde, puro, respetuoso... no desvanecido, no, transformado; deshecho en humo, no; convertido en dolorosa nube de ideal incienso, de imposible abnegación, de tristeza inexorable. Oh, realidad, maestra de la vida y de la muerte...! Poética en tus desengaños, como este crepúsculo en la aldea...!».

—«Silencio...! Ah, bueno fuera...! Sí, es él... Su voz: viene con otros... ya está cerca...» (1).

Pero no, no estaba cerca, todo fué que le oyeron de muy lejos, porque siguen disputando. Ella quiere que él se vaya: él que no quiere irse, se va al fin. Mejor dicho, se queda, pero oculto, en habitación distinta, y ve las brutalidades a que Roque somete a su mujer. Mientras Roque lo busca, ella lo echa. Y vuelve a lo suyo Roque, y se cae de embriaguez, de hambre y de rabia. Teresa abre de nuevo al señorito y tornan a dialogar. Ella le manda casarse. Que tenga alguien que le quiera, que haya alguien que acaricie sus angustias, y que no viva solo en este mundo...

—Pero, Teresa, y tú...?

—Yo no estoy sola.

El se resigna al cabo y se despide:

—«Tu único bien, pobre mártir, es que yo me marche. Adiós...!»

Y el señorito se va.

Y Teresa se queda junto a Roque, con resignación también:

---

(1) «—Silencio...! Ah, bueno fuera...! Si, es él: su voz; viene con otros... y ya está cerca... Pero cómo vuelve tan pronto...? Y ya están ahí... Señorito, Señorito!

—Pero qué pasa? Qué tienes...?

—Perdone D. Fernando, pero tiene que marcharse. No: y por ahí, de frente, no; daría con ellos...

—Con quién? Qué es esto...? Marchar! Por qué...?

—Sí, marchar y sin que le vean; no hay más remedio. Por Dios se lo pido! Por mí... por todos...!

—No te entiendo.

—Pues es bien claro: que viene Roque: que... no vendrá bueno; que no viene solo. Y no ha de verlo a V. conmigo; solos aquí, a estas horas...

—Esconderme...! Yo huir de tí como un criminal...? Nunca! Tú marido qué puede sospechar...?

—Y pronto, pronto. Sospechar? Nada. Todo lo dará por seguro: y con él los otros; y cómo vendrá...! Por ahí; por ahí; por detrás del carro, a la carretera, hacia la mina, arrimado al seto...

—Nunca...!

—Ahora mismo! Por la memoria de la Señora! No podría V. hacerme mayor daño que quedarse. Si no escapa le juro que estoy perdida. Por la señora! Por lo que más quiera! Oh rabia! Mísera de mí, qué culpa tengo yo...?—

— «Siempre aquí, junto al hombre de mi cruz...¡ Al pie de mi cruz... que sangra...!»

Se advierte, pues, que esta obra pudiera resumirse de este modo: el señorito se esconde: y sale, y coge a Teresa, y le insinúa cariñosamente:

—Ven conmigo...!

Y ella:

—No...!

Llega Roque de la tasca: y se esconde otra vez el señorito, y sale, y vuelve a Teresa, para entrar otra vez a repetir:

—Ven conmigo...!

Y ella:

—No...!

Pero en todo lo que hace y lo que dice da pena este señorito, y no hay un solo diálogo en la obra que tenga espontaneidad. Posada juzga a «Teresa» una «obra de cariño y de entusiasmo», en la que encuentra generosamente «una ternura exquisita» y «una tendencia íntima recóndita»—con un aspecto poco «distinguido», que no encajaba en un público que califica él «de guante blanco y camisola brillante»... (1). Desde este punto de vista, la discusión es inútil. Ello fué que el fracaso de la obra tuvo magnitud de escándalo, por la obra misma, primero, después, porque fué el boquete por donde se lanzaron a la calle todas las iracundias en atisbo y todos los rencores en espera que había ido desparramando por todos sus caminos de costumbre la sátira de «Clarín». El mismo hecho inconcebible de que María Guerrero le aceptase este acto de escena mísera, de borrachera nauseosa y de soflama rebelde, habla exclusivamente de temor.

Y Palacio Valdés no fué al estreno, se quedó en casa esta noche. Tampoco en trance tan grave se acercara «Clarín» a hablar con él. Se limitó a mandarle una butaca, no más que por compro-

(1) Adolfo Posada.—Escritos inéditos de Clarín—en La Lectura—1906. Año VI, t. III, p. 211, y en «Autores y libros»—p. 169.

miso, y después del fracaso corrió a Oviedo. Unos días después tuvo una carta de exculpación afectuosa. Palacio Valdés decía que no asistiera al teatro; vivía en casi absoluta reclusión. Cogiera miedo a los hombres y se alegró al día siguiente de no haber ocupado su butaca de la noche de «Teresa». —Aunque esto fuese herir las ilusiones que pudiera tener Alas, cree que hubiera sido una de la media docena de personas que habría «pasado mal rato.» El contaba dos clases de enemigos: los que no le debían mal ninguno, y los que le debían algún bien. Aparte ya estas dos clases, Alas tenía otra más, él sabía cual... No era posible la lucha. Además, el teatro no era un arte, en España era un oficio, que se debía dejar a truchimanes y prestidigitadores.

—Yo ignoro si tu obra—continuaba—es representable o no; pero esto en este caso importa poco: fuera mejor veinte veces, y tendría veinte veces peor éxito (1).

Aun cuando su amistad ya estaba fría, no era esta carta, sin duda, la que esperaba «Clarín.» Por su respuesta se nota que le debió llenar de irritación. Pero no fué su respuesta otra carta semejante, fué sencillamente un cuento que publicó en un periódico, y que más tarde recogió en un libro. —A él—contaba en este cuento,—a él le había enamorado la amistad. En ella ponialo todo, y se creía «nacido para ella...» Y había encontrado un amigo, en la adolescencia aún,—y partieran «el pan del entusiasmo y el maná de la fe en el porvenir...» La conquista del ensueño la habían emprendido juntos, y cuando el desengaño les dió en rostro, no separaron sus manos, que se estrechaban apretadamente... Vivían los dos para el arte, la poesía y la meditación...

---

(1) «Epistolario a Clarín». Prólogo y notas de Adolfo Alas, Madrid, 1941. 156.

Federico Balart no fué tampoco al estreno de «Teresa», aun cuando la Guerrero le invitó. Hallábase acatarrado y le mandó esta disculpa:

—Ya ve V. lo que pierdo, y si es derroche
para sacar a Sócrates de juicio:
«Niña boba», «Teresa», beneficio:
Lope y Alas y V. en una noche...!

Y luego, esta salvedad:

—El no era autor dramático, y yo sí.

El amigo susodicho—sigue también el cuento susodicho,—tenía los ojos «de un azul muy claro», y tenía «las pupilas muy brillantes»... Y dice quien lo refiere que se estrenó una noche un drama suyo, de esos que «rompen los moldes» y de esos en que se apura la paciencia de un público trivial... Fué un descalabro el suceso, y el autor y el amigo fueron juntos a meterse en un café...

La revelación, aquí. El autor vió de repente el rostro de su amigo en una luna, y sintió un escalofrío. Se decidió a mirarlo cara a cara, y «estaba como su imagen». Incluso había en el amigo no sé que de pasión «que no existía en la imagen del espejo, porque «estaba radiante» en realidad... Y vió en sus ojos la dicha, pero una dicha suprema, que relumbraba «con rayos que sólo son de la dicha, y que no cabe confundir con otros...» (1).

Cuando publicó esta historia para presentar al mundo como un envidiosuelo miserable a su amigo de la infancia, sin duda que se hallaba en mal momento la memoria de «Clarín». De «Clarín» escribió González Blanco, que apenaba el verlo hundirse «en pantanos de bajo criticismo», donde «la agresión punzante», donde «la insidia plebeya», donde «el ataque grosero con chistes de mala ley». De «Clarín» decía Unamuno que una de las figuras más conspicuas de nuestra literatura lo calificaba así:

—Es un hombre que conoce todas las clases de martirio qne hay: sabe herir hasta elogiando...!

Y el martirio «de bajo criticismo» se le aplicó muchas veces a escritores que empezaban con verdadera fuerza creadora, y el de «herir hasta elogiando» se lo aplicó de costumbre a su amigo del

---

(1) Fué el ilustre escritor y gran sociólogo Maximiliano Arboleya, quien advirtió la relación que existe entre este cuento, «Cristales», que dió en «Cuentos Morales» Leopoldo, y que «Azorín» reprodujo en «Páginas escogidas»—y la carta de Armando a Leopoldo en relación con «Teresa», que echó a la calle el hijo de «Clarín». Arboleya habló de esto a los amigos que íbamos a verle a Meres, y yo quiero recordarlo, y yo quiero que se sepa que atisbo tan sutil ha sido suyo.

pan del entusiasmo y del maná de la fé... Quienes hayan leído en el entonces su relato de «Cristales», sin duda que creyeron que, en efecto, el amigo del pan del entusiasmo le descubriera su envidia y le mostrara su gozo en la expresión de su cara, ante el revés que padeció «Teresa». Hoy ya sabemos que no; hoy ya sabemos que el relato todo de la cara y de la luna fué un alucinamiento de «Clarín»; y hoy ya que esta amistad de tantos años, tan efusiva y tan honda, estaba fatalmente sentenciada a morirse de dolor...

EL TEMA DE
LA MAJEZA

Luego, «Los majos de Cádiz», Palacio Valdés escribe la novela de los majos el año 96. En esta fecha, indiscutiblemente,—e indiscutiblemente por fortuna,—ya no había majos auténticos. Antes, llamaba la Academia «majo» al tipo que afectaba valentía en acciones y en palabras, *Blaterator* en latín (1). Hoy viene a decir lo mismo, pero sin el latín equivalente. *Blaterator*—charlatán. *Blaterare* es hablar a troche moche, es ser una taravilla, es soltar las palabras al tun-tun... Hay quien dice—y es seguro;—que es voz onomatopéyica, que equivale al *bla-bla* que hace el camello, rumiando sin ton ni son. El «majo», por consiguiente, sólo estaba a dos pasos del camello; *blataba* y tiraba coces...

Ah, no, la casta de majos que Palacio Valdés encontró en Cádiz, ya no era una casta así! Ya perdiera el *bla-bla* tan ingenioso de sus tantas frases célebres, que se lanzaban a la cara atónita de las personas legítimas, como perdigonadas en tropel:

—Es usté corto de *bestia*?

—*Asnotao* lo que te dije?

—Es usté *rocín* venío?

—Como ha estudiao usté *brutarinaria*, *macho* usté reir la mar...! (2).

(1) Dicc. de autoridades.—Pal. *Majo*...
(2) A. de Trueba. De flor en flor. Madrid, 1882-227.

En el 96 ya no había esto, ya había comenzado el majo a ser persona también. El Velázquez de Cádiz es persona; el Manolo de Cádiz es persona; la Soledad de Cádiz es persona Incluso hay que decir que este Manolo se trata con la majeza, pero es hombre corriente y generoso a quien domina el amor. Su amor es desgraciado, pero firme, y sabe de abnegaciones que acaban ennobleciéndole... En la obra hay dos palabras, sin embargo, que aun son un eco de majeza antigua: la «querida» y la «navaja». Con todo la novela no se sume en oscuridad ninguna, y se tiende sencilla, limpia y recta desde el principio hasta el fin. En su composición es armoniosa como una bailarina gaditana, hecha de carne y de luz... La «medida», en este caso, le salió al autor exacta, y la captación de fondo tiene aquí una pujanza excepcional. No habrá de extrañar, por ende, que Palacio Valdés pensara así:

—En lo que atañe a la técnica, yo creo esta de los majos la menos imperfecta de mis obras...

A veces, añadía aún:

—En esto reconozco, sin embargo, que se equivoca uno mucho...!

Entonces, había ya una gaditana de belleza y de donaire que había vuelto a trazar ante sus pasos un camino de ilusión. La conociera en la Corte, donde la tenían sus tíos. Se llamaba Manuela Vela y Gil. Desde que la encontró por vez primera, ya ella devolvió a su vida todas las claridades necesarias a una nueva plenitud. Los ojos, grandes y negros; el pelo, negro y copioso; el cutis, rosado y fino, y la palabra musical y dulce, con un halago tenaz. El viaje de Armando a Cádiz, fué sin duda este amor de gaditana el que se lo sugirió. Más tarde, ya en hogar propio, ya ella la esposa perspicaz y atenta, la conversación así:

—En esto reconozco, sin embargo, que se equivoca uno mucho...

Y ella, cariñosamente:

—No, Armando, no te equivocas, porque «Los Majos de Cádiz, de todas las novelas que escribiste es la que yo quiero más...!

LA ALEGRIA DE
SER BUENO

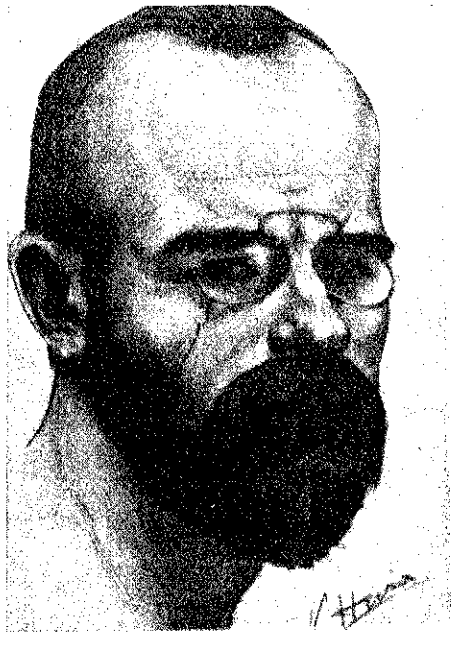
Luego, en el 99, surge el Capitán Ribot (1). Con más o con menos brío, en la obra de este autor vibra una nota que anatemiza los odios, canta las resignaciones, marca un sentido a la vida, y pretende enseñar a ser feliz. La realización más convincente de este tema o de este lema, es este capitán de pelo en pecho que tras vacilaciones dolorosas, acaba por darse cuenta de que todo el sentido de la vida se resume en el deber. Tiene un secreto de encanto toda la producción de este escritor; pero donde lo logra más a fondo y hace el encanto más puro, es en esta novela tan sencilla, tan espontánea y tan fácil. Parece una vena de agua de sutil transparencia de cristal: corre sin ningún esfuerzo y esparce gracia y frescura y transfiguración y poesía por donde quiera que corre...

Ser bueno es estar alegre, aunque el dolor enturbie el corazón. La bondad fecundiza los eriales, no ha sido jamás estéril. Y la bondad es ternura para todas las «cosas» pequeñuelas—para los pobres niños, que aún son ángeles, para los pobres gorriones que el autor liberaba de muchacho de las manos despiadadas, y para las pobres rosas que deshoja con furia el vendaval. Y la bondad es ternura para todas las almas indefensas,—las de todos los que sufren, las de todos los que gimen, las de todos los que claman por un poco de pan o de salud. Y la bondad es ternura que bajo las ruindades, los calvarios, las zozobras de la vida, capta una vibración maravillosa de poesía perpetua y una impetuosidad maravillosa de ansias de resurrección. La bondad es amor y hay que amar mucho, para comprenderlo todo y si es preciso renunciar a todo... El Capitán Ribot renuncia a todo, porque ha encontrado a Cristina, que es otra gran figura de mujer. Es esta gran figura de Valencia, y tiene ojos de fuego, de Valencia y sentimiento de virtud, de España... El Capitán Ribot renunció a todo porque esa virtud le

(1) «La alegría del Capitán Ribot».—Madrid. 1899.

admira, y aun lo sacrifica todo al afán generoso y limpidísimo de salvarle el porvenir... Después, torna a su barco, vuelve al mar... Lleva en su corazón la dicha santa de haber sabido ser bueno y ahora sabe también que las estrellas que relumbren en sus noches y los vientos que silben en sus jarcias, han de decirle en calmas y en peligros:

—Capitán Ribot, alégrate...! Has sido bueno, Capitán Ribot...!



Leopoldo Alas, «Clarín». Dibujo de Víctor Hevia

1901. Junio. 13. Muere en Oviedo «Clarín».

Sus últimas palabras fueron estas:

—Hasta mañana...!

Creía.

EL POEMA DE LA ALDEA

Luego la «Aldea perdida»... (1) La última etapa,—la tercera etapa— que Palacio Valdés marca en sus obras, hay quien entiende que comienza aquí. Donde en realidad comienza es en la narración del capitán. Toda esta tercera etapa viene a resumir la crisis que le impuso al autor por largo tiempo su hambre de espiritualismo: es una rebelión hecha novelas. Y podrá repetir, de vez en cuando,

(1) «La Aldea perdida». Novela-poema de costumbres campesinas. Madrid 1903.

lo mismo la anterior forma que la técnica anterior: pero cambiará la savia, que ya no dará nunca frutos tóxicos... Desde la narración del capitán, ya cada paso que daba, aunque con lentitud en el principio, en Palacio Valdés mataba dudas, era un paso hacia la Fe...

Y acaso fué esta novela de la Aldea perdida y requerida, donde el autor reconcentró más alma y recogió más deleite. Todo lo que puso en ella,—el escenario bucólico y los personajes rústicos, el lirismo incontenible y la emoción amorosa,—componía su tesoro de diamantes, ya escondido en su niñez. La novela de la aldea, para él significaba integramente la novela del recuerdo, y no existe recuerdo en cuyo fondo no haya una gota de luz. El la escribió para breviario suyo, y la consideraba justamente como una restitución.

—Qué libro escribió V. con más cariño...?—le preguntaban a veces.

Y siempre acostumbraba a responder:

—Todos se escriben con cariño igual... Mientras se trabaja en ellos, se pone toda el alma en cada uno.

El debiera a su aldea su carácter, su espíritu, y su salud. Las remembranzas más puras y las delectaciones más dichosas de su riqueza más íntima, tenían olor de tomillo, y estaban llenas de susurros de árbol. Cuando buscaba una nube sobre las lontananzas de su cielo, siempre era nube de orbayu la que se le antojaba más hermosa, y cuando se adentraba por su vida a la busca de diamantes, los mejores diamantes que encontraba eran gotas de su río...

Revolaba su vida inquietamente sobre escenarios diversos—Gijón, Avilés, Luanco... Valencia, Cádiz, Madrid...—Revolaba su vida inquietamente, siempre como ave de paso que dejara caer una canción. Y era precisamente el nido propio, donde las largas estadas y donde las preciosas añoranzas, el que no recibiera todavía su plena canción filial. El mismo se acusó de ingratitudes y se dolió de desvíos, y ofreció esta canción a su aldeita como quien cumple un deber. Con ella volvió a sus campos, a sus lares y a sus hombres, y volvió a hundirse, con ella, en las profundidades milagro-

sas de sus años infantiles... Y ella fué su canción de más dulzuras y de más serenidades, porque la concibió como caricia y la formó de nostalgias...

Alma, sí, en todas las obras, y alma con el cariño del momento... Tenía razón: era así... Pero en esta novela puso el alma con un cariño de siempre.

En «La aldea perdida» vive Entralgo, que es decir que vive Asturias,—en «La aldea perdida» vive Entralgo su patriarcalismo puro, que la hace Arcadia dichosa, donde las ambiciones son pequeñas y las bienandanzas grandes. Flores y frutas en la tierra plácida; cordialidad y amor en el escaño, y respeto y solaz en la costumbre... Las luchas son hacia fuera, —luchas de mozos y mozos, en que el orgullo de pueblo no consiente jamás la cobardía, y jamás saca navaja. Todo allí es tradición que cuenta siglos, y todo mira a las nubes, pero sin renegar de la raíz... El idilio, en Entralgo, tiene tonos de ingenuidad e inocencia, y en «La aldea perdida» hay un idilio con un desenlace trágico... Y es que se muere la Arcadia, porque de pronto apareció la mina, y con la mina Plutón....

Para contar estas cosas, el autor concibió sus personajes a la manera de símbolos, como en los viejos poemas que contaban empresas de los dioses. «Flora», mocita vivaracha y grácil, recuerda a Flora, la «mujer del Céfiro»; Demetria, amada de Nolo, personifica a Demeter, que es la tierra o «la diosa que alimenta», según la expresión de Homero; Regalado,—evoca a Pan; Plutón es el infierno, y es la mina, o si se quiere, la industria... Y Plutón mata a Demetria,—la mina mata a la tierra, y la mata en sus horas más radiosas, cuando la romería dice el canto de su ilusión más profunda, y hay músicas en el aire, y hay músicas en la boca, y hay músicas en el alma, y es fragancia la tierra, toda en flor.,. La mina mata la tierra, y se la arranca a Nolo, que la adora, y que es el sencillo Aquiles de esta sencilla Iliada de aldeanos... Demetria, la Tierra fértil; la agricultura que repleta el surco de savias inagotables, e hinche la gleba de espigas, y orilla los senderos de violetas; la agricultura que abarrota el hórreo, llenándolo de reservas para las

exigencias del invierno, y apoyando sobre él la confianza en la tranquilidad del porvenir... La agricultura que se sienta al fuego de las leyendas remotas, y da al carácter firmezas y regala noblezas al espíritu. La mina mata a la tierra con una puñalada de traición...

Hubo un error, sin embargo, en generalizar esta doctrina. En el progreso material es cierto que son grandes los peligros cuando no se procura que a su vera vaya también el moral; pero el caso «Plutón» fué caso insólito, constituyó una excepción. La mina, además, no hace hombres, la mina los recoge de la calle, y cuando Plutón fué a ella, ya empuñaba en la mano la navaja. El matón, además, que él fué en la mina, entonces, y por desgracia, era frecuente en la ciudad también; pero en mina y ciudad, también entonces, era ley general el hombre bueno que sabía alzar en sus manos las abnegaciones todas...

UNA LECCION DE SALUD

Y apareció «Tristán o el pesimismo» en el 906. Tras de «La aldea perdida», el autor no pensaba escribir más. Quería que la novela de su tierra fuera su novela última, para dar a su ofrenda en este caso sentido de sacrificio, haciéndola seguir de un gran silencio de plena renunciación. No lo consiguió, no obstante; a los tres años atajó el silencio, volvió a escribir otra vez.—En mi fué una pasión irreprimible,—contó después en un prólogo,—en mi fué una pasión irreprimible, no una esperanza de lucro, ni una apetencia de gloria, lo que en un tiempo tan áspero para las aficiones de las Musas me decidió a novelar (1).—Y habló, más tarde aún, con Pepe Buelta, gran periodista de Asturias, de esta cuestión de sus obras y de esto del esfuerzo que implicaban, y—No, no hay aquí esfuerzo—le contó.— Yo digo a veces, y es cierto, que robo lo

(1) Prol. al «Idilio de un enfermo». Obras completas, I.

que gano, en realidad. Todos los personajes de mis obras acuden a mi sin pena, todos bullen en mi mente, y todos vienen luego a las cuartillas, para irse colocando uno por uno en donde les corresponda. Mi dolor, si hay dolor, está en la técnica; pero tampoco me turba, porque yo siempre he escrito para mí. Después, mucho más tarde, decía aún:

—Yo confieso que he escrito mis novelas, como el gusano de seda elabora su capullo, sin que acierte a saber para qué sirve. Aun no habiendo podido publicarlas, las escribiría igualmente, sin que me desvelara el pensamiento de que corridos los años, las pudiera coger la cocinera para encender el fogón (1).

Así, «La aldea perdida», y a los tres años, «Tristán». «Tristán», —el triste, el amargado siempre; el que no se resigna a la alegría, y la analiza y la estudia, queriendo descubrirle a toda costa un reverso de desgracia; el que áun en los momentos más dichosos anda buscando las nubes que la puedan matar las claridades, es la antitesis de «Cándido», no quiere nada del Dr. Pangloss. Todas las felicidades que le han salido al encuentro—la de un amor sincerísimo y la de una amistad abnegadísima, la de un ambiente muy noble, y la de un hogar muy plácido, la de una posición de preeminencias y la de un arte de triunfos, él se las ha envenenado con verdadero empeño obsesionante, como si fuera su gozo el hacer de su vida una desgracia, y el hacer también desgracias de las vidas que tiene junto a sí...

Junto a sí tiene la vida de una mujer enamorada y buena: Clara Reynoso, se dice, y lleva el corazón tan por delante que se le ve palpitar. Junto a sí tiene la vida de un hombre digno y benévolo, que sabe ser feliz con sus ternuras y con sus misericordias. Guzmán Reynoso, se dice, y lleva el corazón tan en la mano como si lo quisiera repartir. El sólo veía dichas en las dichas, y cuando le agobió un dolor inmenso, de muerte desesperada, no vió alivio tras él, pero vió a Dios...! Vió a Dios, supo vivir, y tornó to-

(1) Album de un viejo, (Obra póstuma). Madrid, 1940-6.

do; contra la tentación del pesimismo, Germán Reynoso poseía la Fé.

También esta novela es un poema que enaltece la bondad. También en ella se suman las cualidades mejores de observación y de gusto, de poesía y de encanto, de sencillez y de gracia que pone en su labor este escritor. Pero hay además en la obra una exaltación fecunda del sentimiento cristiano que elevando el amor sobre los mundos, prescribe el perdonar y el comprender... Reynoso no concibe que se viva con un corazón que odie...! Cuando escribió esta novela, ya el autor, que volviera a arrodillarse, no lo concebía tampoco.

UNA LUCHA
DE NOBLEZAS

—Más que la admiración quiero el cariño—decía Palacio Valdés.—La admiración es voluble, y lo que hoy considera maravilla, pudiera ocurrir mañana que lo estime necedad. El cariño parece más seguro, y lo que hoy ve con deleite, no es fácil que mañana lo rechace...—

El consiguió las dos cosas: a lo largo de su vida, él tuvo la fortuna de hallar siempre cariño y admiración. Cuando los halló más vivos, más expresivos, más próximos, fué cuando murió Pereda (1). En la Academia Española, la muerte de Pereda dejó un luto de verdadero pesar. En la raza, un bloque menos: en la literatura, un hito menos: en la Academia Española, un nombre menos, de dominio amplísimo... Y hubo una propuesta entonces para que la Academia colocara como bloque y como hito, en el lugar del nombre de Pereda, el de Palacio Valdés. Fué idea de magníficos artistas y de grandes literatos y fué idea que acogieron, que extendieron, que impelieron todas las admiraciones y todos los cariños que impregnaban la vida de este escritor. Surgió, no obstante, inespera-

(1) Día 28 de Febrero de 1906.

damente, otra gran candidatura: la de Codera, el arabista insigne, cuya labor admirable pusiera tanta luz sobre la historia de los árabes de España... Palacio Valdés lo supo, con más satisfacción que malestar:

—Pero es que Codera...?

—Sí!

—Pero D. Francisco...?

—Sí!

—Dios mío, qué han hecho Vs... ¡Ah, no, de ningún modo, esto es absurdo, yo no puedo quitarle a D. Francisco un honor tan de justicia, me lo reprobaría la conciencia...!

Y escribió cartas y cartas para que se olvidara la cuestión. Y D. Francisco lo supo, y asimismo escribió cartas y cartas, para que desistieran de su empeño cuantos estaban con él. El, quitarle ese honor a D. Armando...! Ser él quizás un obstáculo para que se le hiciese una justicia que tenía tan merecida...? Interponerse él...? Nunca, eso nunca...!

Y ante D. Armando, él mismo:

—Por Dios, no insista, es inútil, nunca lo sentiría lo bastante...! Y yo, que sería el primero en votar si pudiera a su favor...!

Dos gentilezas en pugna, y dos admiraciones frente a frente... Codera era un viejecito que tenía un corazón noble y tenaz. Hubo por fin que rendirse, y Palacio Valdés fué hecho académico en Mayo, 3, del 906. Pero hubo que acordar antes que cuando hubiese otra plaza, sería premiada con ella la admirable labor del viejecito...

LOS PAPELES DEL DOCTOR

Y a esto sucedió un descanso... Cinco años de silencio recogido en plena vida interior... Cinco años de ascensión lenta y segura, quitando abrojos y arrancando jaras para llegar a la cima. Lograda la bondad integramente, ya la ascensión era fácil: en la bon-

dad no hay camino que no vaya a la cima de la Fe. Cinco años, y a su remate, estos «Papeles del Doctor Angélico», que son una confesión...

En los papeles del doctor Angélico no hay novela de figuras, de argumento, de paisaje: hay novela del alma nada más. Se adivina al autor por los caminos, buscando afanosamente, y queriendo escuchar la voz de Dios... Cada uno de sus relatos, es una pausa en la búsqueda. No hay trama ninguna en ellos que haga relacionarlos entre sí. Todas son piedras sueltas de la ruta en que D. Angel Jiménez,—esto es, el Doctor Angélico,—esto es, el autor del libro, se ha sentado en la marcha a meditar. El libro encierra problemas, da sentencias, guarda ensueños... Fuera del Intermedio y del epílogo, el autor acopió sus materiales en épocas muy distintas. Son los que él encontraba a cada paso, cuando todas las cosas le llenaban de inquietudes ambiciosas... Se imaginaba entonces saber mucho, y era ilusión inocente, porque nunca acertaba con respuestas de plena satisfacción. En este libro, ya sí...! Su epílogo y su Intermedio tratan compendiosamente de todas las razones que buscaba para la paz de su espíritu.

En sus obras anteriores, había logrado el hallazgo de que las emociones más profundas emanan de la bondad. Lo vió en Luisa Maximina, lo vió en D. Germán Reynoso, lo vió en D. Julián Ribot... Ahora ha logrado el hallazgo de que por la bondad se va a una ciencia que explica todas las cosas con idoneidad que basta para llenar el alma de sosiegos. Una bondad de acción y compasión, de hambre de verdad serena y de sed de pureza positiva, casi sin excepción lleva a la Fé. El mal del escepticismo venía a fundir en opinión de Wagner el mal todo que se hace al por menor Y este Doctor Angélico ha encontrado que es casi indefectible que al período de escepticismo de un hombre le preceda en efecto otro período de degradación moral. En estos joyeles de oro, que tienen forma de cuento, de confidencia, de diálogo, hace el autor su confesión cristiana. El ansiaba escuchar la voz divina y la buscó

en todas partes... Todo fué tiempo perdido, hasta que la bondad la alejó un poco del estrépito del mundo, y la oyó en su corazón.

EL TRIBUTO DE LAS LANDAS

Muerta su aldea de Asturias, fué a una aldea de Francia don Armando, en solicitud de paz. Capbretón en las landas rumorosas... El paisaje, de amor y de delicia. La ría azulina, plácida, se adentra serenamente por los pinares extensos, y se deja cruzar por los esquifes...

«Villa Marta y María», en Capbretón. Un nido entre los pinares; una casita de cristal y rosas, ceñida de las rosas de un jardín. Las ráfagas de sol que van al nido, siempre llevan disuelto un trino fácil en el polvo de su luz. No hay caminito en las landas olorosas de resina, que no se retuerza un poco—como si fuera un gusanillo verde,—por el afán de aproximarse al nido de rosas y de cristal. Todos los caminitos de la tierra son romeros de promesa, que van transportando a rastras sus grandes curiosidades sobre las extensiones infinitas. Los hay que se dirigen a las cumbres, y ascienden como con garras, y los hay que se vuelven a las simas, y bajan como con garfios. Los que se paran de pronto, y no van ni a las simas ni a las cumbres, es que no pueden ya con la fatiga, y se echan en el suelo a descansar. No hay un camino en las landas de este pueblo francés de Capbretón, que no venga corriendo hasta este nido, y que no se eche en el suelo a descansar junto a él. Les place a estos caminitos envolverse en perfume con frecuencia, y cubrirse de musgo con frecuencia, y acechar a las nubes con frecuencia... Y todos los de las landas, parecían expresarse de este modo, cuando se echaban aquí:

—Venimos por un poco de bondad...!

Un poco de bondad,—nube y perfume, musgo sedoso, y trino diluido en las ráfagas de sol...

Sí: «Villa-Marta y María». El ya casi viejecito que pasa en esta

villa sus veranos, también es como un pino, recto y firme, lleno de serenidades. A las mismas inquietudes, a las mismas amarguras y a las mismas conmociones a que asistieron los pinos acarados al lugar, asistió este viejecito con todas sus noblezas sobre el pecho. Las mocitas de las landas iban a su jardín a buscar rosas: los muchachos de las landas entraban en su hogar a buscar ímpetus. Horas de intimidades inefables, las que él pasó en el sosiego del hogar y del jardín, mientras alzaban los pinos que se desparramaban a lo lejos, la oración olorosa del murmullo, que es todo una bendición! En el nido, mucha paz; en el pueblo, mucha vida; y desde el nido hasta el pueblo, iban frecuentemente las zagalas con rosas del jardín entre sus bucles y rosas de su risa entre sus labios...

Todo se cortó de pronto. Llegó de los horizontes un inmenso fragor de cataclismo, con llamaradas de sangre y con trepidaciones de cañón. Ya las rachas de luz entre las nubes estaban turbias de lágrimas, y las conversaciones en el pueblo ya acababan en sollozos. Se suspendió el trabajo de repente, y sucedió que aun las manos avezadas a las rosas, tuvieron que avezarse a cortar hilas...

—Es la guerra...!

Era la guerra!

Ya entonces las mocitas que llegaban a la «villa» de la landa, llegaban para llorar. Ya entonces los muchachos que llegaban, llegaban con la alegría de su nerviosidad ineludible, para decir con calor:

—Qué quiere V. D. Armando...? Hay que dejar los pinos, y hay que irse, y hay que afrontar la muerte cara a cara...!

Y D. Armando contestaba a todos:

—Hijo mío, es el deber...!

Ah, sí que era el deber, no cabía duda...! Los mozos no querían irse, bajo la imposición de este deber, sin llevarle un abrazo al viejecito, gran huésped de Capbretón. Y para que nadie viese la profunda emoción que le llenaba, el viejecito les hablaba, a voces, de sus hazañas futuras.

—Qué diablos, porqué apurarse...? Además de dolor, la gue-

rra es gloria, y yo habré de contaros sobre el pecho las condecoraciones que ganéis...!

Tenía un pintor, por entonces, que le estaba arreglando la casita, y que también le habló así:

—Tráigole a V. una pena. La de dejarle el trabajo a medio terminar, como está ahora, porque me marcho mañana. Luego, cuando regrese, si Dios quiere...

Sí, cuando regresara, ya se ve...! Cuando regresara él... Cuando regresaran todos, con unas cuantas cruces sobre el pecho... Para las noviecitas que aguardaban, buenas rosas, estas cruces. Para las madrecitas que lloraban, buenas rosas, buenos bálsamos, buenos deslumbramientos jubilosos. Había que ir a la guerra, y que acosarla, y que henchirla de heroismos, y que volver con cruces al lugar... Al alejarse los mozos, miraban hacia atrás a cada paso, para decir con fervor:

—Hasta la vuelta...!

Una angustia...!

Sí, claro, hasta la vuelta, ya se ve...! El viejecito callaba. Pero los caminitos de las landas, a todas las despedidas parecían responder con el adiós...

Después, lo que la guerra dá de sí... No llegó al pueblo noticia que no significara una congoja. Las noviecitas dolientes encerrábanse en sus casas, y las madrecitas tristes se entregaban con ansia a la amargura. Todas las esperanzas cariñosas que fueran luz hasta entonces, comenzaron entonces a sangrar; y no hubo sendero alguno, de la inmensa maraña de las landas, que no se llenara entonces con un corte brutal de sus silencios, de sollozos de mujer. Historias a todas horas...! Y el fin de las historias, siempre el mismo:

—A Luis, matóle una bala... A Jorge, destrozóle una granada... A Henri, le atravesó un bayonetazo, defendiendo su cañón...

El pintor cayó a muy poco. Dos balas una vez, en un ataque,—quizás en una trinchera... Se supo en Capbretón en el momento, y

se logró oeultárselo unos días a sus padres viejecitos... El padre viejecito, con frecuencia, contábale a D. Armando:

— Cuando vuelva el rapaz, ya verá V...! Le terminará la obra... Le dejará la casa como un oro... Le complacerá sin duda. Ah, sí, ya verá V., él vale mucho...!

Y ya el pobre pintor no valía nada, en una fosa perdida...!

Ay cuántas fueron entonces las caridades que esparció este nido de la entraña del pinar! Las manos de D. Armando para todos los dolores encontraron entonces panacea. Las manos de Manolita para todas las negruras encontraron entonces claridades. Fué este dolor supremo de las landas el que los hizo enraizar en ellas, también lo mismo que pinos, y la literatura luminosa en que echó don Armando con frecuencia sus misericordias máximas, entonces se volvió acción. Los caminitos que llevan a la casita de cristal y luz, eran en aquel tiempo recorridos de gran número de sombras; las pobres madres de luto, que le llevaban la efusión caliente de sus lágrimas más puras:

—Ay, D. Armando, que quedé sin hijo...!

Las pobres novias de luto, que les comunicaban la tragedia de su más agobiante soledad:

—Ay, Manolita, que quedé sin alma...!

La pobre Francia de luto, que iba a la redención por el dolor...!

Y todas estas angustias, hallaron en estas manos el óleo generoso de consuelo y el remedio sagrado de merced. Cómo se lo agradecieron las pobres madrecitas enlutadas, y como se lo guardaron en la honda santidad de su memoria, las pobres noviecitas enlutadas de tierras de Cap-bretón...! Fué en estos tiempos de duelo, cuando Mister Bishop llegó a las landas, sin otro objeto de viaje que el de estrechar la mano a D. Armando. Se la estrechó con placer y salió luego un rato a pasear. Ay, que no contaba entonces con la agudeza terrible de sensibilidad y de recelo que provocaba la guerra, y que le detuvieron los gendarmes...! Pronto se unieron al grupo buen número de soldados, buen número de paisanos, buen número de chiquillos... Pronto se alzó del grupo este clamor:

—Un espía...! Un espía...!

Era la muerte!

Pero llegó D. Armando, y bastó que dijera estas palabras:

—Ah, no, un espía, no...! Es el Sr. Bishop, amigo mío...!

Los gendarmes se excusaron, los soldados saludaron, se prodigó la gente en atenciones, y ya el Sr. Bishop recorrió el pueblo también como amigo suyo.

Después, pasada la guerra y aun henchidos de lágrimas los ojos hubo fiesta en Cap-bretón. Hubo que se escondió toda la pena para que no se asomase ni a los ojos ni a los labios, y se dejó escapar la gratitud. Hubo que las pobres madres, todas vestidas de luto, y que las dolorosas noviecitas, todas cegadas de angustia, cogieron cargas de rosas,—una riqueza de rosas, una preciosa multitud de rosas,—y que se las llevaron de homenaje por los caminos de pinos a la casita que funde con el verdor de las landas, una nota de luz y de cristal.

Luego, el silencio otra vez... Cap-bretón ya quedaba ennegrecido para muchos años tristes, en la rumia tenaz de sus recuerdos. Le chupara la guerra mucha sangre y apagárale de pronto, con zarpazo y mordisco omnipotentes, la impetuosidad gozosa de todo su vivir de juventud...

Era otra aldea perdida.

EL CASO DE PASARON

A los «Papeles del Doctor Angélico» siguióles «La guerra injusta» en el 1917. Es un volumen de crónicas que se escribieron por amor a Francia cuando lucharon los mundos para dejarle paso al comunismo. Todos en esta guerra se decían generosos paladines de todas las cosas grandes, y por amor a Francia creyó en Francia y en quienes iban con ella... En este libro, eso es todo.

Pero volvió otra vez Angel Jiménez a aparecer en su ruta, y

Palacio Valdés publicó entonces sus «Años de Juventud...» (1) Fué ello en el año 18: antes de recogerlos en un libro los entregó a una revista. Más bien que los años propios, son los de sus amigos de otros tiempos los que recuerda el autor. Jiménez tuvo algunos de gran mérito, y aún cuando con un poco de neblina que les altera la cara, se les ve caminar en estos años con su humanidad auténtica. Un Pasarón erudito, «Pico de la Mirándola» de España, verdadero fenómeno pasmoso de memoria y de saber: un Sixto Moro elocuente, de imaginación brillante y de arrebato romántico, cuya oratoria deslumbraba al público: un Pepito Albornoz inteligente, pero vidrioso hasta el summum... Esto, en la casa de huéspedes de la calle de Carretas, adonde fué Jiménez a parar... Y luego, en otra casa de gran lujo, el general de los Reyes, hombre cordial, y apasionado y pródigo: su esposa, Guadalupe, brasileña, mujer de gran belleza y sumo hechizo, y su hija Natalia, niña, también de extraña hermosura, y de espontaneidad irreprimible...

Aun hay otros personajes, pero son secundarios en la acción. Salvo Natalia y Moro, sin embargo, también pudiera decirse que son secundarios todos. La obra es un montón de vidas o de retazos de vidas, y salvo Moro y Natalia y salvo contactos mínimos, cada personaje, en ella, vive su vida propia, independiente, al margen de los demás. En ella hay un drama infame: el ímpetu de Natalia la lleva a hacer un matrimonio absurdo, y a cometer el crimen del vitriolo con el marido canalla. Tiene el castigo terrible de su remordimiento inexorable, pero para el lector, que la quería, ya no tiene redención.

De Sixto Moro se opinaba así:

—Es Emilio Castelar... (2).

Y de Pasarón así:

---

(1) «Años de juventud del Doctor Angélico: (Nuevos papeles del Doctor Angel Jimémez.) Madrid. 1918.

(2) En su obra «La hija de Natalia»,el autor presenta juntos a Emilio Castelar y a Sixto Moro, en cena que Moro ofrece. Edic. de Madrid, 1927-30.

—Es Menéndez y Pelayo...

Palacio Valdés lo supo: supo que se juntaban estos nombres, y en el segundo caso, por lo menos, «tuvo un ligero pesar» (1). No obstante este pesar, es evidente, son muchas las semejanzas que acercan a Menéndez y Pelayo a José Luis Pasarón. Los dos de erudición maravillosa, y los dos de memoria incomparable: los dos soberbios bibliófilos, y los dos de alto nombre y «fama inmensa», ya en su misma juventud. Item más Pasarón escribía versos,—le hechizaba el «verso blanco», y asimismo el polígrafo asombroso gustaba del «verso blanco», y escribía versos también. Los dos por estos tiempos de la obra aspiraban a una cátedra, y si Menéndez Pelayo era en la realidad—por estos tiempos—«el primer estudiante» que contaba la Universidad Central, «el primer estudiante» en la novela se le llama a José Luis. Hoy, de Menéndez Pelayo se sabe que asfixió varios amores en su corazón de mozo: él entendía un deber sacrificarse a las dotes asombrosas que le reconocía todo el mundo, para llenar su misión: la ciencia, su novia única, y amor el de la ciencia, nada más. Y también Pasarón en la novela tiene este mismo concepto de su misión en la vida, y por amor a la ciencia sacrifica su amor de juventud. Por otra parte, Jiménez,—el Doctor «Angel Jiménez», coincidió en los estudios con Menéndez y Pelayo, y se trataron bastante; de este trato de este tiempo, surgió asimismo la amistad, tan larga, de Menéndez Pelayo con «Clarín»... Y a Pasarón conócelo Jiménez en una casa de huéspedes, y en una casa de huéspedes de la calle de Silva estuvo un tiempo el polígrafo pasmoso, (2) y en una casa de huéspedes de dicha calle de Silva, también hubo de estar por ese tiempo el auténtico doctor...

Las coincidencias, muchas... Y quizás puedan ser un nuevo ejemplo sin propósito nocivo de sus procedimientos de costum-

---

(1) Cruz Rueda. Ob. cit. 106.

(2) Calle de Silva, 7, primer piso. Miguel Artigas. «Menéndez y Pelayo». Santander, 1927, p. 54.

bre, pero hubiera convenido que el doctor se cuidase de evitarlas, porque en este caso, duelen...

LA PERSONALIDAD
DEL LITERATO

Luego, dos años más tarde, el discurso en la Academia. Fué la sesión en que leyó el discurso la del 12 de Diciembre de 1920, y estuvo catorce años, por lo tanto, después de su nombramiento, sin ocupar su sillón. Veneración a Pereda, que lo dejara vacante: respeto a la memoria bien querida del maestro montañés. A los dos los unieran fuertemente la admiración y el cariño, y Palacio Valdés quería olvidarse de los grandes temores que tenía de profanar su lugar.

El tema, Pereda al fin; Pereda, y el literato, y lo que representa el literato... El se había preguntado muchas veces qué era al cabo el literato y qué representaba el literato en la sociedad de entonces. Su discurso es su respuesta: el tema, dice, con razón sobrada, ofrece «vivo interés», y la respuesta al cabo es un resumen de su ideología artística. Asegura de Pereda que encarnaba plenamente todas las cualidades de la raza, y que su literatura sabía transfigurar todas las cosas con arte de maravilla. Fué un literato ante todo, nada más que un literato, y tuvo el poder, por ende, de sentir con hondura la belleza y el de hacerla revivir. El literato se distingue en esto; tiene entre los demás hombres la facultad de revelar belleza, y en otro aspecto, la de valorarla. Para ser digno de ella, sin embargo, precisa armonizar su obra y su vida. La gran obra de Pereda, y un Pereda sencillo, claro, humano, sin gran ambición de gloria... Está bien amar la gloria, pero sin pretenderla con recursos más de artificio que de arte... El empeño de ser original; el de imitar a los clásicos; el de escribir con exceso; el de aparentar vigor... Está bien amar la gloria, pero sin que caigamos en la hartura, y hay que creer lealmente, y que buscar en la vida la mo-

ralidad que esconde, y que saber ser poeta de una manera constante, y no sólo cuando hay inspiración... (1)

Era la doctrina propia que le dictó sus obras capitales. Y se la brindaba a todos, porque aplicada con alma, a él le hiciera magnífico y feliz...

LOS PARAISOS
DE ADAN

Después de esto, otra novela, la novela del autor. Sus años de niñez y adolescencia: una evocación caliente del rinconcito de Entralgo, cuando aún era la aldea bien amada que desconocía la mina y que esperaba del surco toda la bienandanza de sus hórreos; una resurrección enternecida del Avilés de su infancia, que se le clavó tanto en la memoria y en el alma tan adentro, que lo consideró toda su vida como su patria segunda; una estampa legítima de Oviedo, que semejaba arracimarse entonces en torno a la catedral...

En la adea, la casona, la bolera, la pradera... Los caballos arrogantes, las vacas mansas, los carneros pícaros... La pomarada nutrida, la velada bulliciosa, y la romería alegre... Todo paraiso puro, que al cabo se abandòna por la villa. Y en la villa, la calle de Galiana y la calle del Rivero... Y el Liceo y el teatro... Y la procesión de Mayo y la devoción del Cristo... Y D. Juan de la Cruz y D. Gregorio... Y las primeras lecturas, y los primeros estudios, y las primeras aventuras célebres... Luego las ferias famosas y los antruejos chillones. Luego, «Concesa y Armando», las rosas más tempranas del amor... Todo asimismo paraiso puro, que al cabo hay que dejar por la ciudad... Y en la ciudad, el humorismo típico y la burla

(1) Discursos leidos ante la R. Academia Española en la recepción del Excelentísimo Sr. D. A. P. V. el día 12 de diciembre de 1920, Madrid, 1920. El de contestación fué de Sellés. Vid. acerca del tema del discurso del ilustre novelista, José M. Roca Franquesa, «Palacio Valdés: técnica novelística y credo estético». Publicación del «I. D. E. A.» Oviedo, 1951.

ingeniosísima, el romanticismo ardiente y la política brava, las amiguitas preciosas y los amores ingenuos, las clases del Instituto y el Club de los sacamuelas... Y en la ciudad, sobre todo, Leopoldo y Tomás, dos estudiantes... Si no toda paraiso, también en la ciudad encontró Armando repajos de paraiso. Cuando salió de Oviedo hacia la Corte, él se acordaba de Adán (1).

Esta «novela» es por ende un libro delicioso de memorias, que impone de contino la sonrisa, desde el principio hasta el fin. Es a la vez un libro de detalles, generalmente minúsculos. Nada de empresas sublimes ni heroicidades titánicas; la vida de un pequeñuelo hasta que llega a hacerse adolescente, narrada con un arte sutilísimo que sabe encantarlo todo, porque esta vez aprovechó recuerdos de sus tiempos más lejanos, que eran ya de por sí, como recuerdos, poesía y dilección.

Son también los que se encuentran en la novela siguiente (2), que publicó el autor años más tarde. Pero éstos ya no se ligan de manera tan directa a la vida del autor; atañen otra vez a sus amigos; dicen las aventuras lastimosas por que pasó Sixto Moro, después que terminó el Dr. Jiménez sus «Años de juventud...» Hablan de la vilísima calumnia que cayó sobre su nombre, y de cómo le hundieron de consuno la pena y la enfermedad. Dicen la tragedia inmensa que sumió a Pérez de Vargas en el remordimiento más terrible y en el dolor más profundo, y hablan del triste malogro de la ilusión más clara del Doctor... En estos tres episodios, es la hija de Natalia, otra Natalia, la figura capital. Hermosa, como su madre, e impetuosa también, como su madre, al fallecer Sixto Moro, a quien debía el ser y el lujo, pero no una juiciosa providencia que la pusiera a resguardo de un porvenir de desdicha, Natalia halla un hogar que la recoge con un cariño entraña-

(1) «La novela de un novelista». (Escenas de la infancia y adolescencia). Madrid, 1921.

(2) «La Hija de Natalia», («Ultimos días del Doctor Angélico»). Madrid, 1924.

ble y con una gozosa esplendidez. En él, los Pérez de Vargas la tienen como hija propia, hasta que llega la tragedia al fin... Una pasión de locura en Martín Pérez de Vargas, que Natalia rechaza como un crimen, y un ímpetu de locura que hace a la pobre esposa suicidarse... Luego, Natalia que huye, se va a Francia, trabaja de institutriz... Y luego, el Dr. Jiménez, que cuando al cabo la encuentra, mata la ilusión que esconde y sofoca el amor que le dedica, para conseguir su enlace con un hombre que es bueno y que la adora... En esto, el Dr. Jiménez, también recuerda al capitán Ribot.

Son, pues, los que da este libro, nuevos «papeles» del Doctor Angélico, que completan en forma de novela sus «Años de juventud...» Según el autor escribe, cuentan sus «últimos días», pero sus «últimos días», los de meditación más apurada y pensamiento más claro, son sus primeros «papeles» los que los hacen ver en realidad. No existe en ellos narración ninguna que «protagonice» él; de todas ellas, no obstante, sin que se lo proponga ni lo advierta, el lector va sacando deducciones que le presentan al cabo con toda integridad y toda vida la figura del doctor. Son los primeros «papeles» los que dan su figura más completa, y consiguientemente más perfecta. Aquí su psicología, aquí su ideología, aquí su Fé. Un libro que no es novela, y que de un personaje que no actúa en episodio ninguno forja un carácter magnífico.

Novelas lo son en cambio los «papeles» posteriores, en que el doctor, sin ser protagonista, tiene participación. Lo que refieren, no obstante, se supone ocurrido antes del tiempo de los primeros «papeles». Vienen a ser la historia de los pasos que dió el doctor en el mundo, frente a experiencias extrañas, que hubieron de servir a su experiencia para alcanzar el camino hacia la comprensión y la bondad.

A lo largo del camino se le ve a veces que vacila aún. Su actitud ante el mal frecuentemente ni es franca ni es decisiva, y tiene condescendencias que están bastante lejanas del sentimiento, tan puro, y de la convicción, tan perentoria, que ha de demostrar al

fin. A lo largo del camino, es que se va formando poco a poco; más bien que marcha es subida la que su espíritu exige, porque quiere sentirse a cada aurora con un poco más de sol... La prueba de dolor que le entristece y la de sacrificio que le alegra, son las que le dan al cabo el pleno y superior conocimiento de toda felicidad...

LA NOVELA
DE LA MINA

En este otro libro suyo, cuenta el autor una historia de la que en el principio dice así

—Es de los tiempos modernos: parece en realidad de la Edad Media...

«Santa Rogelia» la llama, y es Rogelia una moza de la mina de belleza excepcional. La cercan las tentaciones y la quieren vencer las seducciones, pero es mujer de honradez. Sabe rechazarlas todas; prefiere la honradez y la fatiga a la ociosidad y al lujo. Máximo, minero bárbaro, de condición feroz e historia negra, se casa con ella al fin. Ella cree que el amor le ha reducido, que ha cambiado de conducta, que a la postre se quiere redimir... Y paga su error tremendo con una vida de angustia y con una presión de esclavitud. A él le hieren una noche, y va en busca del médico Rogelia, y lo conduce a su casa... El médico, D. Fernando, resulta ser un hombre generoso, y delicado, y cortés. Rogelia, que ya odia a Máximo, siente en su corazón este contraste, y deja paso al cariño, que comparte el doctor sin darse cuenta del peligro que supone... A Rogelia la avisa el señor cura... A Máximo, que la ofende, una moza de chigre le replica con esta revelación. Y máximo sigue al médico y le mete una bala por el hombro, y al guardia que se acerca a detenerle, de otra en el pecho lo mata. A D. Fernando cúidale Rogelia con abnegación tenaz. Y él renuncia a su cargo de las minas, en cuanto se siente fuerte para volver a Madrid... Todo esto ocurre en Sama, es de Langreo.

Y renuncia a su cargo D. Fernando, vuelve a Madrid, y llévase a Rogelia. De Madrid van a París; y ella aprende el francés y estudia mucho: incluso va a la Sorbona; incluso al poco tiempo habla el inglés... No satisfecha aún, también procura conocer el alemán... Y vuelven a Madrid, —la patria llama—, y en la gran casa en que viven, asiste D. Fernando a una monjita, hija de duque y marquesa, que ha abandonado el convento porque la vence la tisis... Cristobalina es un angel: cuando conoce a Rogelia, le entrega con candor todos los gozos de su intimidad piadosa, que es de dulzuras celestes, y sin que se dé cuenta hace el milagro de una resurrección espiritual. Rogelia lee el Evangelio; Rogelia se avergüenza, y reza, y gime... Y muere Cristobalina con ejemplaridad conmovedora, y le dice a Rogelia hermana suya, que la esperará en el cielo, y le pide una oración... Ella, Cristobalina, niña y ángel:

—Rogelia, ruega por mi...!

La reacción de Rogelia es una angustia infinita que la acara a su vida de pecado. Ve su abyección con terror: piensa en el fango que esconden una conducta que parece digna y un lujo que no merece, y siente el remordimiento que se le agarra al alma como un pulpo... Rogelia corre a la iglesia, busca un confesonario, y se arrodilla... La relación de sus culpas es una relación que vierte lágrimas...

Su propósito es firmísimo: tiene que romper con todo para volver a Dios con lealtad. Tiene que abandonar toda la dicha de que goza sin derecho, para ir atenta a procurar a Máximo confortación y socorro en su vida brutal de presidario que no sabe obedecer. Tiene que dejar la gloria, porque la empuja al infierno el haber comprendido de repente con claridad absoluta que ella también ha cometido un crimen que es necesario expiar. Renuncia, pues, al hijo y al amor. No más gozo, y no más lujo. Torna a ser la obrerita de otro tiempo que busca trabajo en Ceuta, y a la que ya no espantan los tormentos que la habrán de combatir... En la vida del presidio, Máximo áun es más cruel y más canalla que en la vida de la mina. Siempre que consigue verla, allí la vilipendia,

allí la injuria, allí pregona sus yerros, y allí pretende obligarla a que desnude sus carnes ante sus compañeros de abyección... Mientras está con él vive en martirio: cuando está lejos de él vive en calvario... Cuando está lejos de él la cercan lobos, hambrientos de su hermosura, y tiene que imponer a toda costa su dignidad y su fé. Y Máximo la maltrata; y una vez le da un golpe en la cabeza que la hace caer al suelo, y la patea con ira. Esto le costó a Rogelia veintipico de días de hospital. Aun le costó más a Máximo: a él le costó el calabozo, y el que se suspendiera de un barrote con un nudo corredizo, que puso fin a sus crímenes...

La tragedia termina de esta suerte. Rogelia vuelve a Madrid.

Abundan en esta obra las pinceladas violentas, y abundan los toques rudos. Lo que el autor presenta en este caso, es la Aldea, ya perdida, con la transformación desoladora que causó en ella la industria. Ya los caminitos, negros, los montes, negros, el ambiente negro... Las bocaminas son ojos que miran implacables al paisaje, llenándolo de obsesiones, y la felicidad del tiempo eglógico ha muerto entre las zozobras que le dió la navaja de «Plutón». El nombre del «Plutón» que arribó a Entralgo era Máximo también.

No ha sido buena la suerte de la mina asturiana en la novela, que cuando no pecó por el prejuicio, pecó por la vacuidad. La misma «André Corthis», que vino a España con el corazón al aire, sobre la mina asturiana sólo supo escribir una novela de sombras apretadísimas y de tipos patológicos. En Bufarrera, la mina: y allí D. Agustín, que es un maestro, y allí Santa, una joven, hija suya, inteligente y hermosa... Aurelio es un minero miserable, de entraña dura y de conducta inicua, que persigue a Santa en vano, y he aquí que D. Claudio, médico, va provisionalmente a Bufarrera y se enamora de Santa. Santa vive en dolor y en soledad: y el médico se enamora, y consigue meterle en sus tristezas un pedacito de ensueño...

D. Agustín le descubre qué él ha cometido un crimen,—cuando D. Claudio se la va a pedir. El se casara dos veces: él había tenido a Santa de la primera mujer: y él ahogara a la segunda en

Cangas, porque quería vivir para su hija de una manera exclusiva... Esta confesión absurda le lleva a esta deducción:

—Yo entiendo de mi hija, por lo tanto, que no debe ser dichosa..!

Pero el médico no cede, y el ensueño de Santa crece aún. La oposición del padre no consigue que ambos se dejen de ver. Se ven, y acuerdan fugarse, salir de Bafarrera, ir a otro ambiente... Y el padre que lo sabe baja a Arriondas, coge el tren, y viene a Oviedo. Aurelio está en Oviedo, y él lo busca... En Oviedo ve una calle junto a un jardín «plantado de palmeras», y con cafés numerosos, llenos de ruidos alegres y salpicados de luces. En esta calle tan rara, una orquesta de ciegos admirables toca la «Cantinerita...» Y el maestro busca a Aurelio, que es a la vez malvado y corajudo, y cuéntale lo que ocurre y vuelven a la mina, separados... D. Claudio, el médico, a poco, aparece deshecho entre las rocas, dicen que se despeñó... (1)

El cuadro, todo de nieblas, digno de un manicomio o de un presidio. «Santa Rogelia», en la primera parte, se encuentra muy cerca de él. Después el dramatismo continúa, pero las nieblas se encienden... Ha aparecido un ángel, en efecto: Cristobalina es un ángel, y tiende sobre todo un rumor de alas. La carne se purifica, y las pasiones se elevan; Rogelia se engrandece y se transforma, y se convierte el relato en un relato de leyenda de oro, todo de pureza y luz... No llega a «santa», no obstante, por un extraño olvido del autor. Antes de devolverla al hogar mismo que conociera sus culpas, el autor se olvidó del gran problema de su posición honrada. Lo abandonara manceba; y al pisarlo a su retorno, todavía no lo pisa como esposa...

---

(1) Victime expiatoire. (Les oeuvres libres. XXXV. París, 1924. André Corthis tiene un libro de peregrinaciones por España. Estuvo en Salamanca y en Toledo, en Santiago y en Asturias, y ama a España con plena devoción. Y es lástima que no vean los que escriben de la mina, la grandeza dramática que tiene, y la que tiene el minero.

ANDALUCIA
OTRA VEZ...

«Los Cármenes de Granada» (1) recuerdan también un viaje, con una exaltación de esta ciudad. Para enaltecer su historia, para decir su hermosura y para describir sus monumentos, en vez de hacer una guía, escribió D. Armando una novela, que se le daba mejor. Granada tenía hechizo para él: significaba un ensueño que se hubiera cuajado en un jardín... Para poder contar sus impresiones de deslumbramiento y de éxtasís, más que hablar él por sí mismo, prefirió crear bocas, varias bocas, que las dijeran en cánticos.

Cada palabra, un elogio, un estremecimiento, una emoción... Todo mira a Granada en la novela, y el protagonista auténtico, que le costó al autor seguramente mayores solicitudes, se pudiera creer que es la ciudad. Alfonso, el mozo poeta, que da su verso a los cármenes, y Ana María, la mocita cándida que áun no llegó a los quince años, son simplemente las sedas que permiten coser con toda industria las partes de un panegírico. Se quieren, mocita y mozo, él, sin hondura ninguna, ella con toda la hondura que su tierna inocencia da de sí. Se quieren mocita y mozo; pero a él le prende la garra de la belleza de Alicia, hija de un pintor mediocre, vicioso aventurero sin escrúpulos, y cuando encuentra de frente la oposición cerrada de su padre, hombre de honor y caballero de honra, quiere colgarse de un clavo... Le salva la Providencia, y contra toda oposición se casa; y muerto su padre a poco, y robado por su suegro, y vendido por su amigo, y engañado por su esposa, ya no halla Providencia que le salve cuando se cuelga otra vez.

Un drama en un jardín de idilio puro, es la parte novelesca, que tiene una importancia relativa. En esta parte las figuras viven, y Ana María, la niña, tan ruinmente olvidada por Alfonso, se hace

(1) «Los Cármenes de Granada». Madrid-1927.

adorar del lector; la otra parte, sin embargo, quizás en este caso importe más... Hace la novela lenta, pierde frecuentemente la medida, ahoga la acción a ratos... Pero el autor la concibió sin duda como un devocionario de Granada.

LOS CREDOS DEL ESCRITOR

Después, el «Testamento literario» recoge su pensamiento en relación con su arte, en relación con su vida, y en relación con su espíritu. (1) Lo cree el último don que hace a las gentes; ha querido contar todas sus joyas antes de cerrar los ojos.

Son estas las opiniones que acerca de los temas esenciales ha ido desparramando en sus artículos, sus prólogos, sus discursos. El presenta estos temas esenciales acarado al escritor. Su discurso de ingreso en la Academia le da aquí copiosas páginas. Y habla de la vocación; trata de la Metafísica; diserta sobre la Estética, sobre las influencias literarias, sobre el problema del plagio... Aun con el escritor ante los ojos, habla de la amistad, de la familia, de la higiene, de la gloria... Y es que expone a la vez su Credo artístico y su Credo espiritual.

Su Credo espiritual ya es todo puro, ya brilla todo de Fe. El, en su hora decisiva, cara a la cresta azul de lo inefable, también ha vislumbrado la promesa de un nuevo fulgor de aurora que rasgaba las nubes de oro y grana. Luego, volvió a las tinieblas; pero el recuerdo esplendente de este vivo relámpago de gloria ya nunca le abandonó. Su esperanza él la sostiene; su Fe él la vivifica. Y en sus momentos de angustia, cuando sentía la falta de consuelo, Palacio Valdés sabía que desde el cielo mismo, para dárselo, bajaba la Caridad...

Un libro suave, penetrante y hondo. Un libro de vejez que es un milagro que rebosa juventud.

---

(1) Madrid, 1929.

SINFONIA PASTORAL

No es frívola, no es simbólica, no es rara, esta acusación..? A Palacio Valdés, áun a estas horas, se le hace frecuentemente:

—Nunca le tuvo amor a su terruño..!

Pero y sus obras, entonces..!

Y a estas horas aún, se dice así:

—Sus obras..? Literatura..!

Era su ausencia constante, ni siquiera cortada en los veranos, cuando todos los viales del terruño son viales de paraíso, era su ausencia constante la que aun hoy fundamenta esta actitud. El le daba a la Corte sus inviernos, e iban sus meditaciones floreciendo sin descanso sobre los senderillos del Retiro, áun bajo los rigores de la nieve. En las fuerzas del estiaje, las hacia florecer con todo impulso sobre los senderillos de las landas, y tenía en Capbretón su paradero, su nidal, y su jardín... Así pasaban sus años de labor literaria indefectible, sin que le empujara a Asturias el menor sentimiento de nostalgia, ni le llamara de Asturias la menor emoción de intimidad...

—Y estos son hechos se dice.

Es cierto: son varios hechos: fué uno cada verano, a lo mejor...

Pero sus obras de Asturias son bastante más hechos todavía..!

LA EGLOGA
Y EL POEMA

Sus obras de Asturias, plenas, —las de pleno color, pleno sabor, plena consagración, pleno deliquio—, escritas íntegramente para satisfacer aspiraciones y responder a ansiedades que pesaban en sus horas como fatalidad espiritual, son «La aldea perdida», su poema y «Sinfonía pastoral», su égloga. Fué un homenaje la una; significó la otra un testamento... Dióse en granazón la una para culminación de su trabajo, y la otra se hizo violeta, a modo de remate de su vida... Fué en tiempos de apoteosis, cuando ya levantaba entre sus manos sus triunfos definitivos, cuando cogió en sus

recuerdos los de mayor armonía, los de mayor salsedumbre, y los de mayor saudade, para componer la ofrenda que reclamaba Asturias en su altar. Fué luego, en tiempos más firmes, ya doblada la cumbre hacia la hondura, cuando aun sus frases más leves revelaban entraña de plegaria, cuando cogió en sus recuerdos los de mayor lejanía, los de mayor inocencia, los de mayor honradez, para formarle a Asturias las estrofas del rezo definitivo. Dos obras, dos entregas, dos tributos... Una, la carta de amores, y la otra el breviario de añoranzas...

Y he aquí el fenómeno extraño: ninguna de las dos surgió en Asturias, bajo una higuera de huerto, junto a un camino de sebe, al pie de una casona de blasón. Las dos son agua clara, nieve limpia, cielo sutil e ingenuidad azul. Las dos son decantaciones de una Asturias vital, de fibra pura, sumida en la mansedumbre de su patriarcalismo generoso, que no fué invención piadosa de ciertos ambientes líricos, sino realidad caliente de ciertos siglos históricos... Las obras que surgieron en Asturias de manos de este escritor, no tienen esa virtud. Son «El Señorito Octavio», «El Idilio de un enfermo», «Marta y María», «José...» «José» se lee con cariño; dos de las otras tres se leen con pena... La escuela que imperaba por entonces, de la literatura hacía un espejo cuyo arte se limitaba a reflejar el camino con toda la posible perfección. Un palacio, y un corral; un jardincillo de rosas y una montaña de estiércol; un jilguero y una víbora... También en esta escuela era costumbre el dedicar a la víbora, al estiércol y a la cuadra, una atención morosa y complaciente, que los hacía subir al primer plano de valoración estética, e incluso alguna vez al primer plano de valoración moral. Un autor, cara a la vida, se dedicaba a recoger las cosas sin depuración ninguna, como si tuvieran todas ante los fueros del arte, ante los fueros del gusto, y ante los fueros del alma, déntico color, igual prestigio y la misma perspectiva...

Cuando escribió su poema sobre la aldea perdida, ya cambiara este autor de orientación. Eran además recuerdos los que iba a utilizar en esta obra, que ya había purificado con un largo reposo

en la penumbra. Entonces podía cribar, podía seleccionar, podía medir. Siempre él considerara la medida como norma esencial generadora de máximas perfecciones. Podía medir entonces forma y fondo, idea y expresión, vida y sentido, con complacencia pausada, buscando los materiales sobre cuya verdad ya había el recuerdo tendido su poesía. Así, sus obras de Asturias, escritas entre nosotros, son arte, bueno o malo, y nada más. Y así, sus obras de Asturias escritas fuera de Asturias, además de ser arte son amor.

No venía a Asturias él, no le hacía falta. Adonde quiera que fuese, llevaba lo mejor, lo más jugoso, y lo más típico de ella...

LA «NECESIDAD DEL ALMA»

«Sinfonía Pastoral».—Novela de costumbres campesinas. Dió Palacio Valdés esta obra suya, sin otro fin que el de salvar recuerdos que encantaban su vejez. En ella pintó escenarios que había cruzado numerosas veces en andanzas infantiles, fijó escenas que viera muchas veces, y representó personas con quienes estuviera muchas veces en íntima relación... Ya le ofrendara a su tierra un poema gentil de Iliada rústica: esta vez le ofreció un poema humilde de Geórgica caliente...

Puso él en esta Geórgica un delectación excepcional: se le ve que amontona los detalles, que saborea las frases, que toma todo el gusto a los conceptos, porque esta vez, más que nunca, escribe para sí, no para el público. Es necesidad del alma, no necesidad del arte, lo que hace que florezcan de este modo sus horas de ancianidad. Sabe que ya perdió pulso, sabe que ya no capta aunque las busque plenitudes de horizonte, sabe que ya no logra aunque las sueñe plenitudes de labor... Le es necesario, no obstante, recordar en voz alta, a campo abierto, para que se levanten a sus ojos, sobre los escenarios hechizados en que se abriera su infancia, todas las venturas idas, todos los esplendores apagados, todas

las cosas de belleza buena y de vitalidad generadora que casi exclusivamente le llenan el espíritu de luz...

LOS MODELOS NECESARIOS

Pero y en «Sinfonía Pastoral», que puso el autor de histórico..? Recuerda en ella su tierra con exactitud morosa, presenta en ella figuras de realidad indudable, recoge en ella costumbres que aun pueden encontrarse en actuación... A Palacio Valdés hacíanle falta modelos bien definidos,—lo mismo en caracteres que en paisajes—, para poder trabajar... Cuando en su intimidad hablaba de esto, daba él mismo el secreto cauteloso de gran parte de sus obras:

—Esta mujer fué Fulana... Este tipo era Zutano...

La generalidad de los lugares en que los localizaba, hacían un secreto a voces de este procedimiento del autor. Cuando Peseux-Richard escribió en Francia sobre Palacio Valdés, señaló varios nombres conocidos entre los que tomara D. Armando como modelos vivientes, para su «Marta y María». A D. Armando le llenó de asombro tamaña revelación:

—Es admirable...!—aseguraba él.—Yo no sé cómo pudo averiguarlo...!

Pudo, yendo a Avilés. Fué lo que hizo...

Lo mismo que las personas, tomaba D. Armando los sucesos que sirvieran a sus fines con toda la mayor fidelidad. También él cuando hablaba de este tema iba señalando casos:

—Esto le ocurrió a mi esposa... Esto le sucedió a un hermano mío... Esto le pasó a Clarín...

Esto de «Sinfonía Pastoral» le pasó a alguien en efecto..? Se advierte que el autor tiene el propósito de presentar su novela con el carácter de historia. Lo dice su manera de contar: lo dice su misma trama: lo dicen personajes tan ilustres como el Cardenal González, que mezcla en la narración... Varias de las figuras de la obra llevan un conocido nombre auténtico, lo mismo que los lu-

gares, y aun a veces lo mismo que las casas... No hay que fiarse mucho, sin embargo, de los procedimientos del autor. Da siempre observación, riqueza y vida de su copioso caudal; pero su misma costumbre de entregarse de lleno a los ambientes, le hace mezclar en el caudal copioso lo que vivió y lo que oyó, distinguiéndolo primero, y a veces confundiéndolo después. En este mismo libro, se da un caso...

EL CASO DE SINFOROSA

Sinforosa, es mocita que él retrata como graciosa y menuda. «Tenía bonitos ojos picarescos», y eran sus frases demasiado libres. A solas con Forín, en pleno campo, Sinforosa se expresa de esta suerte:

—Forín, si tú fueses otro, ahora podías hacer burla de mí...!

Forín responde con susto:

—No, boba, que darías voces...!

Y Sinforosa arguye, sonriendo:

—Pero no ves que estoy ronca...?

Este es un cuento popular astur, mejor que astur, español, y a él se aludió ya hace siglos en el «Vocabulario» de Correas. (1). Sin duda que D. Armando lo recogió en su pueblo como anécdota acabada de ocurrir, y se la aplicó a esta moza con la más absoluta buena fe. Es muy posible, asimismo, que «Sinfonía Pastoral», al cabo, sea también una anécdota contada, aunque su realidad esté tan cerca de la de la novela «Susarón», de José García Goy.

LA MEDICINA SEGURA

Es esto «Sinfonía Pastoral»: una niña gentil, de rostro suave, criada en todos los lujos y satisfecha en todos los caprichos, ve la vida como un cuento, y de su más menuda impertinencia y su más mínimo antojo, Angelina, la niña, hace una ley...

(1) Madrid. 1906. pág. 495.

Quirós, su padre, asturiano, fuera en su juventud hombre de lucha, que levantara en Cuba sus empresas con éxitos sorprendentes. Todos los pasos que daba, se los marcaba la suerte con una claridad de oro y de triunfo que nada podía apagar. Murióle pronto su esposa, y todas sus ternuras represadas en su actividad constante, se desbordaron encendidamente para envolver a Angelina en una fervorosa adoración. Tiene esta adoración los ojos de Argos, y ve que en Angelina va creciendo la frivolidad absurda, la arbitrariedad despótica, la desorientación peligrosísima... Su vida inútil, suntuosa, de desvanecimiento y futileza, va a la vez apagando sus colores, y corre la niña el riesgo de que la prenda en sus uñas un cazador de dotes y de incautas que en la obra se pinta así:

—Manrique era un «tiburón»...

Entre Angelina y Manrique señalaron el día de la boda, tras realizar la petición de mano, que ya pensaban hacer. Espantóse Quirós de estos amores, y complementó su angustia el diagnóstico de un médico, que encontró el organismo de Angelina cercano a la extenuación. Fray Ceferino González, ilustre cardenal, sabio filósofo, su amigo de la infancia de Villoria donde nacieran entrambos, dióle dos soluciones para el mal:

—A tu hija la curas, si tú quieres, con trabajo y con pobreza...

Quirós se fingió arruinado, mandó a Villoria a su hija, y se volvió a la Habana, solo y triste...

EL CUENTO DE HADAS
DEL SURCO...

Su hermano Juan le recogió a Angelina con tierna solicitud; era hombre agradecido, hermano bueno, y labrador sutil, su hermano Juan. Tenía mujer y dos hijos, Telesforo y Carmela, guapos mozos, y él fué a encontrar a Angelina, él la acompañó en el coche, él la instaló en su casa como reina... Los primeros momentos fueron duros... Había sido muy brusco, muy terrible, muy imprevisto,

muy grande el salto del palacio a la casita, de la opulencia a la ruina, de la gran capital a la aldehuela... Angelina se hallaba, de repente, sin preparación ninguna, frente a horizontes de color oscuro que nunca había pensado recorrer... Había, pues, que resignarse a la limitaeión y a la pobreza, a la monotonía y al trabajo, y en todo entró poco a poco, pero con absoluta decisión... Comió como los demás; madrugó; fué a la hierba; vió la cuadra... Escribióle a Manrique su desdicha con franqueza valerosa:

—Te dejo libre, pero si aun me quieres...

Y no recibió respuesta.

Leche, borona, jamón... Campo y mover el rastrillo, y componer la tenada, y manejar la azada ante el maíz... Todo eso, en Angelina, tan endeble, iba haciéndose salud. Con ello ganaba en peso, en prestancia y en carácter, a la vez que su espíritu se abría con ansiedades fogosas, a los paisajes más bellos, a las costumbres más sanas y a las personas más nobles... La siega, el «sallo», el paseo, la fiesta, la romería...

Y descubre un secreto de Carmela, prendada de un aldeano que tiene aspiración de señorito, y práctica de rufián. Angelina aconseja, cuida, guarda... Ella es amable con todos; baila en las romerías con los chicos y va en grupo con las mozas... Celestino, su primo, tiene novia, una jovencita alegre, corta de seso y larga de donaire. Este es amor de comedia, mientras que el de Carmela es de tragedia, y si la moza se salva, sólo es porque Angelina la defiende, y porque en una venganza, queda muerto una noche el señorito...

Y se adaptó Angelina plenamente a la vida campesina, y no ya por deber, por adhesión. Enamorábala el surco; encantábala el ganado; la entusiasmaba el amasar los panes, y le gustaba el arrojar el horno. Ganó veintidós kilos en un año con esta vida de esfuerzo, y aún halló otra labor en que ser útil en la casa de su tío.... Se la indicó su tío, medio en broma:

—Dale lecciones a Foro.

Y a la vez que le entraban las lecciones, entróle a Foro el amor;

un amor tímido, humilde, lleno de mansedumbre y de dulzura, y resignado a callar. Foro deja su novia, la sin seso, y se deja llevar sin resistencia de esta adoracion gozosa...

Y se la premia Angelina con esta confesión que se le escapa:

—Seré para tí, Forín...!

Así fué, fué para él, no obstante las astucias de Manrique. Cuando llega Quirós, vuelto de Cuba,—su fortuna aumentada hasta el absurdo, ya descubierto su juego,—Angelina le dijo su propósito... Quirós dió un salto y repitió dos veces:

—Pero qué barbaridad...!

Y en beneficio de todos, «fué», la barbaridad maravillosa...

* * *

Lo que sucede en «Susanón», es esto...

UNA EGLOGA
ENLA MONTAÑA

Esta mocita grácil y armoniosa encontró en el camino de su vida todas las comodidades, y no ve en derredor cosa ninguna que no tienda a sonreir... Síguela la bienandanza como una esclava gozosa, y todos los amores de su padre están mirando a sus ojos con luz de adivinación...

Manuel, su padre, leonés de raza, fuera en su juventud hombre de lucha, que abandonara el pueblecillo oculto de sus años infantiles, a la persecución de lontonanzas de actividad y conquista. Fué a la ciudad por el triunfo, y premió la ciudad su gran esfuerzo con fortuna y con prestigio. Murióle pronto su esposa, y ya no encontró más dichas, ni más delectaciones, ni más sueños, que los de ofrendar a Nieves una solicitud de providencia, que pudiera encenderle resplandores sobre sus rumbos futuros...

Pero Nieves, tan fina, se hace débil, decae en lozanía, pierde fuerza, en la enorme prisión de la ciudad. Hay que buscarle fra-

gancias, y que volverle colores, y que asegurarle impulsos, poniéndola en contacto por un tiempo con la naturaleza generosa de vallecillo y de cumbre, de barbechera y de haza, de bosque y de senderillo que le diera a su padre su vigor. Manuel no duda un instante...

Y se va a la montaña con su hija.

LA TRAMA DE LOS SUCESOS

Su pueblo le acoge bien: su pueblo se le entrega nuevamente con plena cordialidad. Puebla de Lillo es amable, su gente, buena, su paisaje, eglógico... Ya Nieves quiere a Marusa, ya siente afecto por Cundo, ya madruga, ya pasea, ya se interesa por todo, y ya comparte costumbres... Cuando Angelina apareció en Villoria, hizo esto mismo también. Ante todo, fué «a la hierba», ayudó a los segadores, y retornó a Villoria sobre el heno, en el carro repletísimo... Y Nieves, ante todo, fué «a la hierba», ayudó a los segadores, y en el carro repletísimo, volvió a Puebla de Lillo sobre el heno... En Villoria, guiaba Telesforo, luego, el amor de Angelina, y en la Puebla de Lillo guió Cundo, después, el amor de Nieves...

Sigue la romería para entrambas, y las complicaciones para entrambas... Marusa, —como Carmela—, quiere a un mozo rufián, tipo brumoso, que regresara de América, y que era simplemente un aldeano con fueros de señorito. Nieves cuida a Marusa con cariño y la aconseja con lástima. No responde el mocito a esta pasión; no la merece tampoco... Quien quiere a Marusa es Cundo, que a la arrogancia, a la fuerza, a la juventud del cuerpo, junta en el alma valores de virilidad enérgica y de maravillosa sencillez. No le atiende Marusa sin embargo, y muere de pesadumbre cuando en una venganza traicionera queda muerto el señorito...

Nieves se adapta de lleno al blando rusticismo del lugar. Ya la encanta aquella vida, y le interesa el ganado, y la seduce el paisaje, y la entretiene la gente... Un galán de ciudad quiere captarla,

enamorado sin duda, y en carta que le manda se lo dice...

Ella tiene un ternerillo al que mima con terneza, y es Cundo quien la lleva diariamente el pasto que le ha de dar... Así se ven diariamente, y así dejan crecer sus sentimientos sin que siquiera lo noten... Los nota Nieves de pronto, cuando le llega la carta del galán de ciudad que la enamora, con una declaración. Es ella quien habla entonces; ella quien corre a su padre, y ella quien le responde a su pregunta:

—Pero y el tuyo quien...?

—El mío, Cundo...!

«Quirós dió un salto» cuando oyó a Angelina, dice Palacio Valdés.

—Manuel dió un salto al escuchar a Nieves,—asegura José Goy.

No importó: en los dos casos hubo boda (1).

* * *

Estas coincidencias generales no establecen, no obstante, entre ambos libros, la menor similitud. Hay demasiada fronda en «Susarón; Goy se preocupó principalmente del paisaje y del terruño, del cuadro y de la costumbre, y es su libro una orgía descriptiva, de gran color con frecuencia, pero siempre también de gran exceso, en la que se diluyen las figuras a cada paso que dan. En Palacio Valdés no ocurre así: hay de terruño y paisaje, como hay de costumbre y cuadro, la cantidad necesaria para que en vez de ahogar a las figuras, les presten el relieve imprescindible. En «Susarón» todo es selva, y en «Sinfonía Pastoral», vergel. Y es vieja la novela de la niña que va a buscar energías en la honda intimidad con el terruño, y que las bebe, y las gusta, y las convierte en sustancia, y las transforma en carácter...

Este es un cañamazo popular; nadie se lo roba a nadie, hace ya mucho tiempo que es de todos. Aun al tejer las escenas, en escenarios idénticos, con personajes idénticos, con horizontes idén-

(1) «Susarón»-Astorga-1920.

VIII

Inesperadamente pensaba entonces Juana de aquella visita. Era un domingo. Las calles de la ciudad estaban llenas de gente que marchaba en dirección de los grandes paseos del Retiro. Decidida, la Hundona Juana negó sin decir de ello apenas nada esta última carrera y se encontró pronto entre los restos jardines.

Las palabras del cardenal marchaban en su oído. — "Paciencia y trabajo con lo que tan larga necesita". Jamás había pensado en los educativos remedios. Como la mayoría de la humana tribu su vida había imaginado que la felicidad en este mundo consistía en gozar comodidad y placer. Y sin embargo el mismo era un ejemplo de lo contrario porque prudente gozó de todos los deleites que le proporcionaba apenas probaba ninguno; como la mayoría más ordinaria, vestía modestamente, casi nunca mostraba en sus cosas, no daba a los teatros ni a las tanguerías. Entonces qué? Los millones de reales le reservaban lo mismo podían vivir con el sueldo de un modesto empleado. No obstante el no se creía desgraciado, ni se lo había creído nunca en medio de su duro e interesante trabajo allí en la isla de Cuba. No me abrume porque no tiene sangre para

Una página del manuscrito de «Sinfonía Pastoral»

ticos, y sobre el mismo fondo de costumbres, usos y psicologías, es muy posible el contacto con desconocimiento de la obra que las dió primeramente. En «El Hogar y la Moda», a poco de publicada la novela de Angelina, salvando algunos detalles, refirió una mujer un caso idéntico, que afirmaba que era el propio. (1) Admitiendo, sin embargo, que hay contactos inquietantes, los de la «Sinfonía pastoral» no podrán implicar más importancia que la de una cualquiera sugerencia de suma debilidad. Pudo el autor, en efecto, haber leido «Susarón» de Goy... Pero si lo leyó, salvó el asunto...

LA MUJER Y LA POLITICA

Y pensaba el autor dejar la pluma en un perpetuo descanso después de «Sinfonía Pastoral». No era nuevo este propósito; ya lo había formulado varias veces después de otras varias obras, pero sin decisión tan resoluta que lo llegase a cumplir. Su discurso en la Academia venía a considerar como un estorbo para un literato auténtico el afán de vivir de lo que escribe. El tósigo que inficiona las letras contemporáneas, no es más que el del dinero, según él. El escribir, por lo tanto, que debe ser un deleite, para que no precise resignarse a claudicación ninguna, hay que buscar que vaya acompañado de alguna profesión que valga el pan... Esto lo comentó Martínez Sierra con una frase aguzada:

—Es una suerte ser rico..!

Palacio Valdés fué rico; siempre tuvo a sus pies hacienda próspera; rico o no es indudable, sin embargo, que el hecho de que su vida dependa solamente de su pluma, arrastra al escritor frecuentemente a supeditar su obra al apetito del público, y a prescindir del esfuerzo de aquilatar calidades para favorecer la cantidad. Pa-

(1) Núm. 901. «A grandes males, grandes remedios», por XXX, 5 de enero de 1932.

lacio Valdés fué rico, pudo así trabajar a gusto suyo, bajo la «moda», en un tiempo, pero por convicción, no por ganancia. Lo de ser jornalero de la pluma no rezó nunca con él. Pudo así trabajar a gusto suyo, para satisfacer ansias muy hondas e imperativos muy fuertes, siempre de vocación, nunca de cálculo. Los goces de su obra, de este modo, —goces de creación, goces de método, y goces de armonía y goces de arte, también se hicieron condición precisa de su mismo bienestar. Manolita, la esposa, decía de él:

—Escribe por egoismo...!

El se reía con gana, pero reconocía que era cierto:

—Sí, bien, en efecto, es cierto, yo confieso que escribo para mí...!

Por eso no acababa de rendirse a las solicitudes perentorias de su ancianidad valiente. Del escribir hiciera una costumbre, ya no la podía cortar. Erale necesario cuando mozo, y había adquirido demasiado empuje, le dominaba de viejo. Cuando escribió sus memorias, —las que llamó más tarde justamente «novela de un novelista», —hablaba de ellas con pena:

—Serán mi última empresa literaria, que no he de publicar yo. Se las pienso dejar a Manolita a título de obra póstuma...

Las publicó, no fué así. Sus años, en el entonces, andaban por los setenta; aun continuó escribiendo otros diez más.

* * *

Y habló en su «Testamento literario» de una poetisa ilustre; habló para apoyar sus opiniones de que el gobierno del mundo debiera encomendarse a las mujeres (1). En «Los papeles del Doctor Angélico», ya él tratara ampliamente esta cuestión. Todo un extenso capítulo de los papeles famosos, presenta los argumentos en que apoyaba su tesis y con que replicaba a sus tertulios, la poetisa ilustre susodicha, doña Carmen Salazar. Ella alegaba razones; y el autor ha querido confirmarlas en las verdades que di-

(1) «Testamento literario», pág. 153.

cen, dedicándoles un libro que sólo contiene ejemplos—todos autenticados por la historia—desde el principio hasta el fin (1). Es una colección de biografías de mujeres gobernantes que alcanzaron altísimos prestigios, que salvaron a sus pueblos de situaciones caóticas, y que les dieron firmeza, responsabilidad y granazón. Doña Isabel I de Castilla; Doña María de Molina; Doña Isabel I de Inglaterra; Doña Margarita de Austria... Siguen los nombres insignes, bajo cuyo mandato se forjaron grandezas excepcionales y prosperidades sumas, y que unos más y otros menos, unos con más virtud y otros con menos, y unos con más pasión y otros con menos, hicieron un factor de bienandanza, de ecuanimidad y de orden, del arte de gobernar...

A las pruebas de esta clase, lá réplica es sabida, dice así:

—El arte de esas mujeres se redujo a bien poco, sin embargo: se redujo a buscar hombres que gobernasen por ellas...

Y en algunos casos, si; pero también sin duda este talento es una cosa admirable. De todos modos, D. Armando entiende como una cuestión de tiempo el que sea la mujer quien determine los rumbos de la política.

—Al tiempo...!—dice él.

Y dice bien.

LA POESIA DE SIEMPRE

Luego, otro libro aún, «Tiempos felices» (2). Son narraciones breves, cuentos ágiles, todos alrededor de un mismo tema, el tema del casamiento. «Cómo se casó Tejero», «Cómo se casó Pedraja», «Cómo se casó Montejo», «Cómo se casó Izaguirre», «Có

(1) «El gobierno de las mujeres». («Ensayo histórico de política femenina».) Madrid. 1931. El capítulo que trata de esta misma cuestión en «Los papeles...» también se titula así.

(2) «Tiempos felices». («Escenas de la época esponsalicia»). Madrid 1933.

mo se casó Laplana», «Cómo se casó Taulet...» Es el libro de cómo se casaron los amigos del autor. La habilidad que supone es verdaderamente excepcional. Ya idilios o ya comedias, es todo de historias suaves, generalmente de apacible encanto y de grácil sencillez. Siempre vencen en ellas las mujeres, cualquiera que sea su medio, y al par que historias son apologías.

Después, otro libro, en fin. Lo tituló el autor «Album de un viejo» (1). Una colección de artículos, o una colección de crónicas... Aunque ello se insinúa en la portada, no son autobiografía. Son los pensamientos últimos y las confidencias últimas que entregó a las cuartillas el autor. Tienen hondura también; anotan observaciones que miran al infinito desde las pequeñeces del momento...

La muerte ya estaba cerca. Este sí fué libro póstumo. La muerte ya estaba cerca, y el autor lo cerró con esta frase de suma sabiduría:

—Sólo en la Caridad no existe engaño...

Después, ya no escribió más. Después ya se quedó a esperar a Dios.

El había comprendido la medida como la esencia del arte, e incluso había llegado a señalarla como la esencia del mundo, de acuerdo con filósofos de antaño. Medida en todo—pregonaba él.—Es necesaria la medida en todo, hasta en la felicidad...!

Le agradaba encontrar en todas partes miradas de simpatía y palabras de cariño. Contra la futileza y la miseria de las grandes vanidades, tenía medida también. La vacuidad de la gloria...! La fatuidad de la fama...! La necedad del orgullo...! Sobre la nadería de estas cosas, él mismo contaba anécdotas que de haberse envanecido con su reputación de novelista, hubieran sido lecciones que le hubieran movido a meditar... Tenía un gran admirador; era

(1) «Album de un viejo». («Segunda parte de la Novela de un novelista»). Obra póstuma, Madrid, 1941.

este de fortuna y de entusiasmo, quiso hacerle un homenaje....

—Pues sí, D. Armando, sí...! Abriré un Bar lujosísimo, y le pondré su nombre, y será un éxito... Ve V. quizás en ello inconveniente...?

Y D. Armando:

—Ninguno!

El Bar fué un éxito enorme. Y al cabo de los meses, en un viaje, encontró D. Armando un caballero de conversación amena y de cordialidad excepcional. Hablaron de muchas cosas y se entendieron asombrosamente. Al llegar a Madrid se despidieron y se dijeron sus nombres:

—Bueno, señor, tanto gusto, crea V. que he tenido tanto gusto... Pedro Muñoz, de tal sitio...

Y D. Armando repitió la fórmula:

—Yo también... En tal sitio... V. me manda... Palacio Valdés, Armando...

Y la voz del señor se hinchó de gozo:

—Hombre, Palacio Valdés..! Digo, Palacio Valdés..! No sabe lo que me alegro, con lo que deseaba conocerle..!

—Entonces V...

—Pues claro..! El mejor parroquiano de su Bar..!

E iba a una lechería D. Armando después de la media tarde a tomar su buen vaso, de merienda. Le conoció un amigo de la casa, y dijo quien era al dueño:

—Hola, buena clientela, buena, buena..!

—A quién aludes?

—A ese...! Ese, Palacio Valdés! Como quien dice, nadie, casi nadie, nuestro mejor novelista...!

Y el dueño, que era hombre fino, fué a la tarde siguiente a don Armando para consolarle así:

—Ya sé quien es V., ya me lo han dicho, nuestro mejor novelista...

—Hombre, yo...!

—Nada, hombre, nada...! No le dé a V. vergüenza, eso no importa! Hoy cada uno es cada uno, y se gana la vida como puede..! (1).

Y Palacio Valdés, recuerda a Dickens, piensa que lo que hace al hombre es la sensibilidad. La lección resumida de sus obras se expresa en cuatro palabras:

—Alegraos y sed buenos..!

Ser bueno ya equivale a estar alegre, aunque aflija el dolor al corazón. La bondad esparce estrellas por donde quiera que pasa, y se convierte en ternura para todas las cosas de la vida que están cerca de llorar... A veces, en sus principios, escondió entre sus páginas tormentos de confusión e inquietud. Fué esto un error de su tiempo, más que un error de su espíritu, y en las páginas siguientes, ya no puso otra cosa que aguas limpias y que nubes rutilantes, que senderitos musgosos y que horizontes dorados, que la honradez serena de su vida y que el azul brillante de su alma... En las páginas siguientes, ya no puso otra cosa que el deseo de predisponer al bien... Ayudan en las fatigas: dan paz en las postraciones: vierten polvillo de lumbre, y hacen que también queramos que cuando agite el viento nuestra jarcias y arda sobre nosotros nuestra estrella, también nos puedan decir:

—Alegraos, alegraos, porque también vosotros fuistéis buenos..!

Como el capitán Ribot...

Como Palacio Valdés.

* * *

Calle de Maldonado, 25. Madrid en la tempestad. Ya era tan viejecito D. Armando..! Ya había alzado una vida tan intensa, en

(1) Asenjo y Torres del Alamo—Mil y una anécdotas—Madrid, 1.ª parte, 1940-155.

sus manos y en su alma..! Ya tenía tantos años sobre sí..! Yba bien larga la guerra, y aún estaba pegado a su rincón. Angustia del desfile de «brigadas», de ejércitos y de turbas..! Pavor de la visión obsesionante de la destrucción contínua, acompañada de explosiones locas y de estrépitos rabiosos. ! Tortura de la espera irredimible, que en horas de desenfreno puede traer la muerte a cada paso..!

Pegado a su rincón veía las horas con Manolita a su vera, sin posibilidad de defenderse contra la angustia y el hambre. Tenían una sobrinita que les corría a llevar de vez en cuando un mínimum de alimento, logrado con vivísimo peligro, tras de muchísimas buscas. A veces, no era el de ellos, era el suyo, el que les corría a llevar...! Los crímenes de la guerra que bajaban derechos al abismo, tenían este contrapeso de las sublimidades de la guerra, que iban derechas a Dios...! Y al fin la sobrinita dijo un día a un puñado de personas, unidas por el cariño y por la admiración a D. Armando:

—Por Dios no me lo abandonen...! Yo tengo otros amores que me llaman, he de acudir a otra parte, pero, ay, no me lo abandonen, ustedes que le quieren de verdad...!

Y luego, a los viejecitos:

—Tíos, llegó el momento del adiós...!

Y después del adiós, esta inquietud:

—Dios mío, que será de ellos...!

Eso, que pasaron hambre, que sufrieron abandono, que entró la consunción en D. Armando con rapidez extremosa y que hubo que pedirle a un Sanatorio una chispa de esperanza. Entre las privaciones y los años le impidieron recogerla...

Fuera, bramaba el terror; a cada paso, la expresión de angustia y el alarido de espanto; a cada paso el silbo de la bala y la explosión de la bomba. El sonreía, dolorosamente. Vagaba por los ensueños que le hicieran la vida más feliz. Las dos aldeas perdidas, con toda su riqueza de añoranzas de pródiga dulcedumbre... Esta aldea francesa de los pinos, con sus noviecitas tristes y con sus madres dolientes, con su jardín de rosaleda y sombra y su casita

de cristal y luz... Esta aldea de Asturias, tan amada, con sus cumbreras tan verdes y con sus prados tan ricos, con su arboleda tan densa y con su río tan puro, y con Nolo, y con Jacinto, y con Demetria, y con Flora, en compenetración incontenible de efusividad gozosa... Dulzura de escaño viejo; brisa de sabor eclógico; risa de ingenuidad acariciante...

Y quizás D. Armando dijo así:

—Dame, Señor, que acaben mis nostalgias...!

Y en esto, llegó «Plutón...» (1)

(1) D. Armando murió en el Sanatorio del Dr. D. Vital Aza el 29 de enero, año 1938.